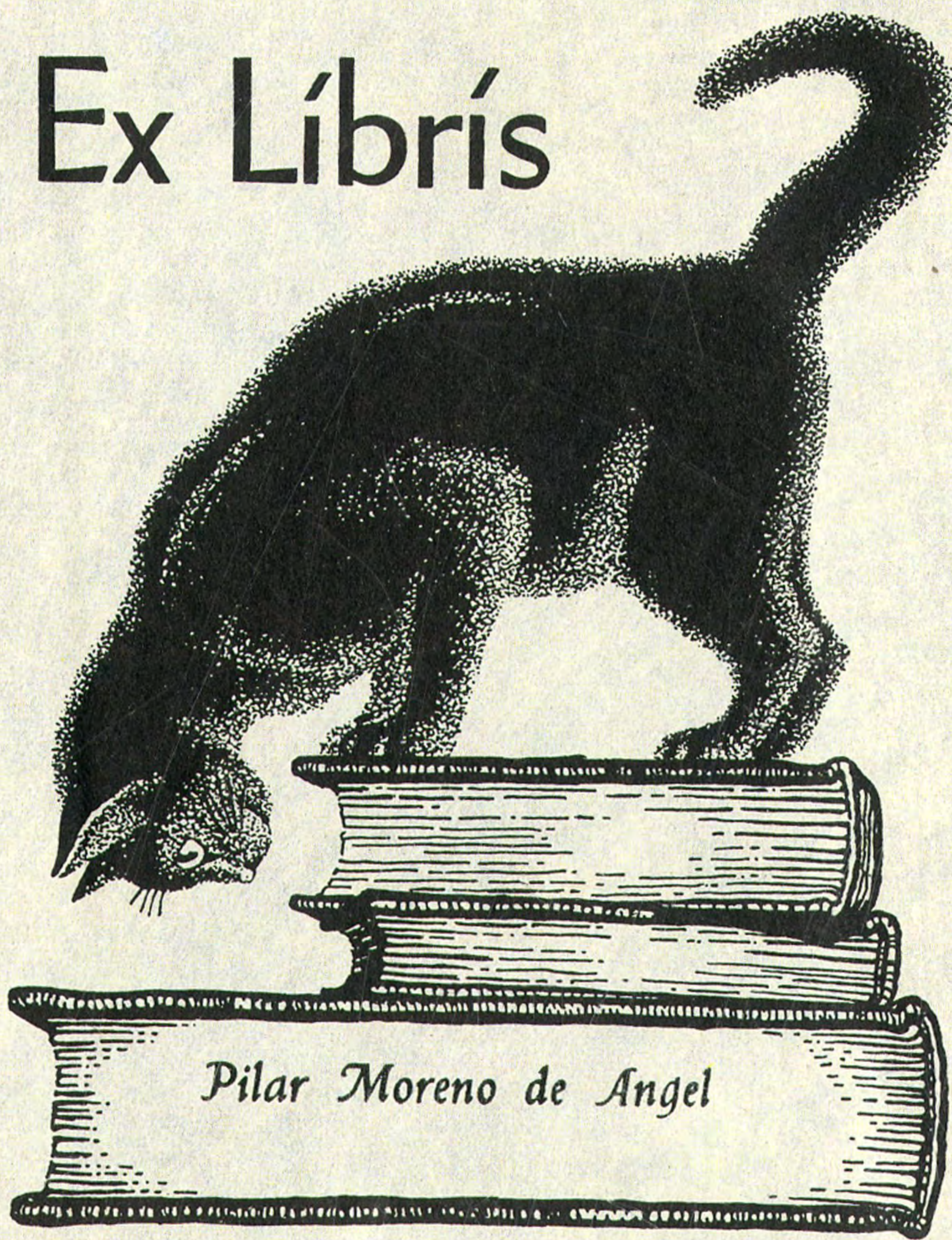




Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel



EL ZARCO

Ab. García Valencia

NOVELA POR

TOMAS CARRASQUILLA

EDICIONES COLOMBIA
MCMXXV

El Zarcó

I

El humo ha charolado las paredes, las vigas, el interior del techo y el cuero de res que le preserva de las chispas. Cual adornos hieráticos de un rito fúnebre, ha colgado aquí y acullá, con ayuda de las arañas, mechones y esponjas, encajes y urdimbres, todos esos caprichos del hollín, a veces oscilantes, a veces petrificados. Dijérase que el dios Fuego, en sus arcanos, provee él mismo los paramentos de su culto. ¡Cuán bella y consoladora resulta su llama en ese fondo de negruras!

Las vestales de aquel altar han suspendido, de palitroques y garabatos, cuencos de calabazo, cañutos de guadua, canastos de bejuco, y, de allá del rejo ennegrecido, el indispensable "coco de mono", esa olla que forjó Naturaleza para desafiar a los siglos y preservarle la sal de Dios al hambriento proletario.

El embarrado tabique deja en claro la parte superior, y, por entre los estantillos, se amontonan manojos resecos de eneldo, de culantro, de manzanillón y de otras yerbas. En los aparadores, de varas amarradas, alternan los trastos de coco y de totumo, con los de barro y de madera; unos tablones, sobre hor-

quetas, forman el banco, en el ángulo lo más despejado del templo; el lar campea en el propio suelo, y casi al centro, entre su cerco de piedras y los mojones que sostienen los cacharros laboradores.

Como es sábado, día de muchas y diversas ocupaciones, aquello arde como una gloria; Casimira una pobrecita, rota del labio superior y de paladar no muy sana, va y viene del fogón a las piedras de moler y de las piedras al fogón: corre ella con el ramo de las carisecas de esa casa, tan famosas y disputadas. Pegadita a la candela se acucilla la señá Rumalda, en los afanes de las hojaldras. No bien saca de los moldes una tanda y la ordena en la pulquérrima batea, torna al romper de huevos, al batir y revolver, en esa cuyabra zaragozana, esa enorme mediacalabaza en que ella cifra su crédito y su fama. Clásicas son en Tambogrande las hojaldras de la señá Rumalda. Ya trasciende su olor, cocina afuera, revuelto con el de la manzanilla, que tapiza el patio, y con el de las malvarrosas y los girasoles, que en galanías tropicales bordan cercos y talanqueras. Entre tanto, un ollón maestro exhala sus bahos acres; son las quíntoras y las achiras, que se cuecen, para la venta del siguiente día.

Son las tres de una tarde soleada. Por el platanar que circunda la casa, por el seto de maguey que alinda la propiedad con el camino real, se oyen retozos de toches y cucaracheros; por la vera discurre todo el serrallo, alborotando con sus cacareos, bajo la vigilancia del sultán; y entre los guayabales de atrás, lanzan las guacharacas sus estridentes algara-bías. El San Félix corre al frente, a veinte metros de la casa, medio dormido en la explanada, bajo las

frondas de dragos y de guaduales, de sarros y de carates.

Mano Higinić, jefe de la casa, viejo macizo y achaparrado, de calva y barba sampedreñas, termina el arreglo de sus tercios de maíz y de fríjoles, de papas y de arracachas, en el corredor que da al camino. Apoyada la pierna en un tercio, caladas las antiparras de cuerno, tuerce cabuya, sobre la desnuda canilla, mientras les reza a las Benditas Animas; pues es de saberse, desde ahora, que Mano Higinić es chiflado por las Benditas Animas.

Una voz timbrada desgrana, adentro, con afinación y en aire de "monos", esta coplilla:

**Cuando no tenía perros
con gatos me fui a cazar:
cogí la pava, la guacharaca;
cogí el perico y el pavo real.**

—¡On tás, enemigo malo?—grita la señá Rumalda.

—Aquí en el chorro.

—¿Qui hubo del azafrán?

—L'estoy lavando. Jue que lo truje muy entierro.

—¿Vos? Mojándote en el chorro, bien acalorao. Salí d'aí, embelequero.

A poco comparece el personaje. Es San Miguel Arcángel, un San Miguel sin alas, de once años, todo roto y astroso. Será mucho decir que sean calzones y camisa los trapajos que medio cubren aquel cuerpecillo, recio y escultural. Viene muy remangado de brazos y de piernas; trae al cinto cuchillejo

envainado; terciada una chácara de cuero; los bucles derramándosele de un sombrerillo de caña medio deshecho; trae, otrosí, un envoltorio de hojas, y una penca seca de plátano.

—Aquí está, madre Rumalda—anuncia entre satisfecho y vacilante.—Cuando más habrán cinco medios. Hoy taba muy descaso.

—Vos que nu hicites la diligencia, por buscar cera y popos pa los capadores. Apuesto que eso sí trujites bastante.

—Sí truje, madre Rumalda, porque topé a la mano. Pero lo qu'era azafrán no se vía por ninguna parte: tuve qui'andar tua la cañada; y, puaá, muy altísimo, vide unas matas, entre el carrizo. Me gané con mucho trabajo, por unas piedras, y arranqué éste. Nu'había más.

—Qu'iba a haber! Harto te dije que no jueras al tal convite: que después no tenías tiempo pa buscar nada.

—Mi taita me dijo que juera, madre Rumalda. Pregúntele y verá.

—Tante tu taita! El dice que sí a todo lo que vos querás.

—Pero vea: ai voy a compartir, bien compartido, pa ver si ajusto tres riales.

Y va poniendo y contando, sobre el banco, las rojas raíces, hasta completar doce montoncillos. Quito aquí, pongo allá, logra igualarlos. A la belleza y perfección de las manos une la gracia y la delicadeza en el modo de manejarlas.

—Repáre, madre Rumalda,—exclama, con los ojos radiantes y afuéra los dientes ratonescos.—Vea qué cuartilos pa más buenos: hasta medios parecen.

Voy a amarrarlos flojitos, pa que no se achiquiten.

Y va sacando guasquillas de penca. Atado el primer haz, le muestra y vocea triunfante.

—Vea, madre Rumalda, que no se los pueden reca-tiar. Nian la hermana del señor Cura, qu' es tan perecida.

—Con tal que te queden todos asina de buenos...

—Pes ai los verá.

Pronto los ve muy competentes, y bien arreglados en el canasto, pero dice regañona:

—Apuesto que no me conseguites el palo pal pa-raguas.

—Ai se lo truje, madre Rumalda, muy macizo y muy derecho. Y le saqué muy bien la punta y l'hice zanja pa que no se zafe el paraguas; le torcí cabuya. Párese y verá.

En un periquete trae todo, clava el palo en medio del patio, le atrinca el cabo de aquella cúpula de fula azulina, que ha resistido tantas intemperies.

—Asómese, madre Rumalda. Manqui'haga el ventarrón del domingo no se quiebra el palo; y, si le tumba el paraguas, será desbaratao.

—Sí quedó bueno,—aprueba la vieja.—Valga la verdá. Pero vos sos por quebrarme los ojos. Como sos vos de adulante..... Pa ver si no te cobro todas las que habís hecho esta semana. No tan solamente rompites los calzones y t'echates cocas con el Tadeo Murcia, sino qu'hicites otras picardías. Te parece que yo no sé? Yo tengo un pajarito que todo me lo cuenta.

—Voy a guardar el paraguas, pa decile.

Sale, y, tornando al punto, agrega:

—Ya sé cuál jue el pajarito: jue el Patimocho.

Quizque tan amigo, y viene a meteme en mal con vusté! Peso va ese grandulazo a l'escuela: pa contar todo y meter levas. ¿Y qué jue lo que le contó, madre Rumalda?

—¿No sabes?

—Pes las mentiras d'ese ¿cómu-hago yo pa sabe-las?

—Mucha mentira jue que entre vos y el caifás de mi compadre Cleto, pintaron el Maestro Avelino en la paré; mucha mentira que les metió sus buenos lapos. ¿No ti ha dicho tu taita que hay que respetar los mayores? ¿No ti ha dicho que es pecaio aruñar paré? ¿No ti ha dicho que no te juntés con malas compañías? Pues sabé y entendé qui hoy no güelés, ni la media tarde, ni raspao de natilla ni la preba de las hojaldras. Este es el castigo que te doy, pa cobrátelas todas juntas.

Juan de la Rosa se sienta, como abrumado con la injusticia, y luégo, murmura quejumbroso:

—Soy tan de malas que hasta vusté se pone cosa-ria con yo. Cuanto le igo, madre Rumalda, es que yo no pinté al Maestro Avelino: jue Heraclio. Cuanto l'hice jue agrandale los ramales de la pretina y'eso porque estaban muy chiquitos; pero lo que jue la cara y el cuerpo, todo lo pintó él. Ni tampoco me ajunté con Heraclio: yo no vide cuando lo pintó. Ni tampoco aruñé paré: eso jue con carbón y pasito. El Maestro mandó borrar el viejo, y no quedó ni seña de aruñao: quedó algo sucio, y'eso porque la paré es blanquiada.

—Vos siempre salís inocente de todo. Y el agarrón con Tadeo, y la rompida de los calzones, ¿también son mentiras?

—Son verdá, madre Rumalda. Caso lo niego....? Pero vea: los calzones jue que Casimira les puso un remiendo que se soplabá pa fuera, que ni juey; y un muchacho lo jaló muy duro, y por eso se abrió el uraco. Mi verdá que asina jue, madre Rumalda. Pelié con Tadeo, porque ese me tiene mucha tema, y es muy afrentoso con yo. El me llama "caremuñeca"; me llama "ojos de sabaleta"; me llama "cachumbetas"; él dice que yo no sé tocar capador; y que me pongo creído cuando salgo de monarcillo: qu'eso quisqu'es pa los muchachos placeños; pero no pa yo que soy un triste campestre.

—Enidia e le iene, or onito, ese eróstico — interrumpe Casimira, con su articulación de boqueta.

—No lo cargue de mesas, mana Casimira, que se pone pior.

—A erdá, atrona!

—¡Yo caso me cargo! Es que vusté no cree, madre Rumalda, que ese Tadeo me aborrece mucho: él quisque ha dicho pu ai que yo quisque soy un botao. Pero a yo no me lu ha sostenido en mi cara. Porque ven qui a uno se li han muerto los padrecitos, lo quieren sorrostriquiar y golver chamarra e trabajo.

Al niño se le saltan las lágrimas. No necesita de tanto para aplacar a la señá Rumalda. Ya le pesa este castigo, que por mandato de su conciencia e indicación de su marido, le quiere imponer al chicuelo. Buena cuenta irían a darle a Dios de esta crianza, con tantos cosentimientos tan perjudiciales; pero con esa criatura ¿qué iban a hacer? Pasando de un salto, de la forzada severidad al franco mimo, le dice entrañable:

—Tan bobito, mi zarco, que se pone a hacer caso

a ese lengüilargo. ¿Qué va a saber ese perverso de vusté, si nosotros no semos di aquí? Ponga sus cocas de güevo, asina como a vusté le gusta, pa echarle el batido. Vea: aquí en este campito no se le quedan. Y después se come un raspao.

Tú que lo dijiste. El rapaz salta, y poniendo en el rescoldo hasta seis cascarones, se entrega a las delicias de aquella asada que él se ha inventado. De pronto, dice:

—Oh, madre Rumalda, ¿mis padrecitos eran monos y zarcos como yo?

—No se ponga, m'hijito, a averiguar esas ociosidades: los chiquitos no tienen pa qué sabelo todo.

—Pero, dígame tan siquiera eso, no más. Sí eran monos y zarcos, ¿nu es cierto?

—No serían?

—A yo me parece que la mona era mi madrequita. ¿Ella era la hija de vusté y mi taita, go era mi padrecito?

—Cuando sia grande lo sabará todo. Agora pa qué? Con que sepa que vusté es Juan de la Rosa Mira, con eso tiene.

—Antós era mi padrecito el hijo de vusté.

Va sacando, con una brizna de leña, los asados; se los come y dice voluble:

—Si viera, madre Rumalda, toito lo que me he aprendido estos días. Desamíneme en dotrina, si quiere. Ya me pasaron a pizarra; ya encomencé a silabar; ya sé mucho d'echar cuentas. Y vea, madre Rumalda, pu ai l'he visto echando un montón de rayas en un papel pa apuntar los güevos y los quesitos, y nu hay pa qué echar tantísimas. Míre: pa

apuntar doce se pone, primero, un uno y, después, un dos, y ya está.

—Esa si no me la trago, Zarquito: uno y dos son tres; y, entonces, los nueve que quedan faltando ¿cómo van a quedar apuntaos? El maestro no l'iba a enseñar esas bobadas. Vusté no atendió.

—Mi verdá, madre Rumalda, qui asin'es. Es qu'eso es algo trabajoso: cuando el guelva a decir, yu atiendo bien, y después, le cuento.

—Es que vusté, m'hijito, lo que no sean ociosidades le cuesta trabajo aprender. Ya ve: en tanto tiempo, y tuavía no sabe arrancar arracachas.

—Tanté arracachas! Es que pa eso se necesita mucho talento, y yo'stoy tuavía muy chiquito pa tenerlo. Si uno cova lejos, nu arranca la mata; y, si cova cerca, se trueza el güevo. Eso pa mi taita, que sabe ónde pone el recatón.

Echele. Uanito, a écima e echó antier.

—Se l'echo, madre Rumalda? Nu es oración, ni mienta los santos, sino un relato muy bueno pa decir. Me lu enseñó Patimocho, que se lu aprendió a ño Lucas, un viejito ciego, que viene a las fiestas de la Patrona. Antier se lu eché a mana Casimira, cuando juimos a cazar el nido de la gallina que se remonta, y a ella le pareció muy bonita.

—Ucho, atrona.

—Algotra ociosidá. Peru echala. Casualmente que ya acabé.

—Así que me tambe mi raspao.

Con el último bocado se planta, y... a recitar tocan:

“Fue don Alonso de Lugo
muy galán y enamorado,
sedutor y saltatapias
por más que juera casao.
Una noche borrascosa
cayó centella en la plaza,
y descubrió a don Alonso
quí andaba en pérfila caza.
Dando gueltas y regueltas
en pos de más aventuras,
estuvo arriba y abajo
por esas calles oscuras.
Al tornar para su casa
le atajan dos embozaos:

“Paso”—dijo—“al caballero
si es que no estáis apostaos”.
La respuesta que le dieron
fueron veinte puñaladas:
trece don Hernán de Toro,
siete su criado Escaladas.
Uno y otro lo escupieron
y entre los dos lo arrastraron
hasta el joyo de un aljibe
y con piedras lo taparon.
En vez de cruz le pusieron
un varal con un letrero
que a lo lejos pregonaba:

“Nada recés, pasajero,
ante esta tumba oprobioso:
que aquí yace un condenao.
No murió de tabardillo,
ni de dolor de costao,

sino de cruel embestida
que le dio un toro corniao,
que el que burla a toro bravo
en su asta será ensartao”.

—Y’está.

—Virgen de los Siete Dolores—clama la vieja, entre pasmada y colérica.—¡Qué cabeza la d’esta criatura! Pero bien lo dije: una ociosidá. Hasta cosa mala será esa vagamundería.

—Nó, madre Rumalda; si no tiene ajos ni palabras feas, ni dichos. Nu es cierto, mana Casimira?

—E va ener!

—Oigan el convite—grita El Zarco, y se dispara hasta el camino.

II

Trajina, en efecto, hacia el pueblo, una recua de veintitantas bestias, con rastras larguísimas de leña: guíanla, entre gritos y azotes, hasta diez gañanes; la precede el párroco, caballero en su mulita pava. Es la leña para los tejares de la iglesia en obra.

Al llegar a la casa hace a la caravana señal de detención, y manda:

“A ver ma Higinio: cuídeme estos alféreces, que se han lucido. Cuéntelos: a hojaldra por cabeza; y grandecitos los troncos de natilla”.

Corre ño Higinio y abre el ventanillo del tenducho, que, a guisa de camarín de santo, se emplaza en un ángulo de la sala. El Zarco vuela con el taburete, el Cura echa pie en tierra y se recuesta. Obsequiados los alféreces, les dice:

—Bueno, muchachos: yo me quedo, un momento, con ma Higinio. Encarren la leña, lo mismo que los otros dos viajes, con harto fundamento; y que Dios y la Patrona les paguen”.

Es el Padre Colmenares, el protector de la familia. En terrenos suyos y merced a sus auxilios pecuniarios, se estableció Mano Higinio en Tambogran-

de. Solía venir por esos lados, desde su pueblo de Volcanes, a compras y rescate de víveres, para una empresa minera y por cuenta de un su patrón. Como el párroco lo notara, a más de muy devoto, harto acucioso y concienzudo en sus comisiones, le propuso se viniera al pueblo, a trabajar en su compañía. Así lo hizo y, en once años, dándole al cura buenas cuentas y mejores utilidades, ha conseguido los siguientes haberes:

Monte para leñas y rocerías; hato de ganado en tierra propia; bestias de carga; solar con cuarto en el pueblo, para los domingos y fiestas religiosas; y la posesión donde habita en los alrededores del lugar, en una vega feraz de San Félix, a las vertientes del riachuelo Trinitacita, donde ha plantado esas huer-tas, esas plataneras y esos arados que Dios bendice.

Dejó en su pueblo cuatro hijas y dos hijos, casa-dos y dispersos por la montaña. Las tres chiquiti-nas que trajo consigo, las “puso en estado”, una tras otra, apenas espigaditas. El viudo Caliche, un vie-jorro muy malaley, alzó con la mayor, y dos de sus hijos con las restantes. Los tres viven en la juris-dicción. Siete años há que mano Higinio y mana Ru-malda, se han quedado con el mero Zarco. Mientras más solos, más trabajan. “Estos viejos se matan (di-cen en el pueblo), para enriquecer los siete yernos. ¡Será por tan buenas fichas que son los Caliches!”.

El párraco vive encantado con este par de patriar-cas, a quienes siempre pone como ejemplo. Más que la devoción a las Animas, del viejo, admira a Ru-malda “el haber hecho un cristiano de la pobre Ca-simira”. En verdad que es obra piadosa, si las hay.

Casimira era enantes, uno de esos seres que so-

bran en la vida. Noción precisa de su origen nunca la tuvo. Su apellido lo ha ignorado siempre. Sus recuerdos no le dan ninguna luz. Apenas sí hace memoria de sus primeras impresiones: se le figura que fue en las cocinas de una empresa minera donde se iniciara su existencia consciente. De ahí arranca su éxodo de dolores y persecuciones. Gentes que la remedan y la burlan; granujas que la insultan y la apedrean; rechazos donde quiera que solicita. Como es fea, defectuosa y repugnante, nadie la quiere ni para bien ni para mal.

Bohemia de la miseria envuelta en un zurcido de harapos, como una oruga en su capullo, mendiga por todas partes, duerme donde la coge la noche, prende candela donde puede: sufre hambre, desnudeces, intemperies. Merodea, como los roedores, por rosas y sembrados.

Hurtándole mazorcas en la troje, la sorprende, una mañana, señó Higinio. No le era desconocida: varias veces le había dado grano, plátanos o raíces. Al sorprenderla in fraganti, ella se postra consternada; con su articulación aflictiva le llora su desamparo. Las entrañas del campesino se conmueven. ¿Cómo podía haber, en la vida, seres con hambre y sin un techo? Le da mazorcas, le da frisoles; le ofrece un rincón en su casa, donde dormir. Así entra a la familia. También la conocía la señá Rumalda. Al observarla de cerca, repara que está limpio aquel "cotón" cuya tela primitiva se ha confundido con los remiendos y las marañas; que las greñas parecen asentadas; que en aquel espejo de la miseria se nota aseo y cuidado. Pregúntala qué sabe hacer. Fuera de sacar basura y de prender el fogón, todo lo ignora.

Pero, si la admitía a su lado, ella aprendería de todo. ¿Cómo dejar entregada a su suerte a la infeliz?

Pronto ve su caridad premiada. Casimira se endilga en todo con mucha prontitud y mucho esmero. La protectora se impone con espanto, de que su protegida, si tiene muchas supersticiones, carece, en absoluto, de sentido y de idea religiosos. Marido y mujer se dan a la tarea de adoctrinarla y prepararla para la confesión y comunión.

Juan de la Rosa, que apenas tiene cuatro años, corre desde entonces por su cuenta.

La paria cree sonar. Ella con pan a discreción, con cama, con ropas cuya tela se conoce; ella entre dos personas que la consideran y la enseñan; ella encargada de aquel niño que no parece cosa de este mundo, ¿cuándo ni cómo lo soñara? Aquel corazón, hasta entonces herido y rechazado, se desborda. El atrón, la atrona y Uanito, son para ella seres sobrenaturales. El niño sobre todo.

Su ternura alcanza para el ganado y las bestias de carga, para Zorro, el perro negro; para Palomo, el gato blanco; para las gallinas, para los gorrones hogareños y hasta para los sembrados y enseres de la casa.

Curioso es el cuadro que ofrece aquella ama tan fea y defectuosa, con su saya de fula, su camisa de lienzo gordo y su montera, y aquel niño de marfil, con pelo de oro y ojos de zafiro. No es cariño; es adoración. Lo pasea hasta el pueblo; le sahuma las ropas con albahaca; lo lava y lo perfuma con agua de romero; lo adorna con flores como a un ídolo. Lo ciñe a su pecho con transporte; pero nunca lo besa;

su instinto le dice que tanta ventura no es para sus labios.

Señá Pacha, la madre de Patimocho, va a Rumalda y la aterra: le asegura que Casimira va a hacer mal de ojo a la criatura. Marido y mujer corren al párroco en consulta. No tan sólo les quita el recelo, sino que al domingo siguiente truena en el púlpito contra esa superstición, tan socorrida entre el pueblo.

Hé aquí a Casimira elevada a la categoría de persona; héla en misión altísima, bajo la égida del párroco infalible.

El comparte con ella el amor a Juan de la Rosa: es él quien le ha confirmado con el apodo de El Zarco, por el cual se le conoce en el pueblo. A medida que el niño crece y le nota los alcances y el carácter, más le interesa y le preocupa. Teme, a veces, que una criatura tan bella, tan inteligente y tan dulce, se la lleve Dios, antes de que la vida la pervierta; teme, si no, que salga un zonzo o un perdido. Ha logrado del maestro de escuela lo reciba cuatro días en la semana; pues, como quiere que salga de carga y silla, a un mismo tiempo, excluye el viernes, para que acompañe a Mano Higinio hasta la roza, y el sábado, para que ayude, en todos los menesteres, a la familia labradora. Pretende, además, enseñarle, en cuanto sepa leer, todos los latinejos para ayudar a misa, a fin de tenerlo, como acólito, en los días de repicar recio; pretende, si no sale muy tremendo, educarlo para el coro; en fin, que, si no fuera una falta de caridad quitárselo a los viejos, ya se habría alzado con El Zarco, aunque las malas lenguas mururasen lo que les diera la gana.

Recostado, como hemos dicho, en el asiento de cuero con refuerzos de rejo, se está el padre Colmenares, resopla que resopla, por ver de aliviarse de aquel bochorno.

—¡Pobres caminantes con ese sofoco! Pero siquiera sacamos buen jornal.

—Hoy sí le ha rendido el convite, mi padrecito, con los tres viajaos.

—Rinde siempre ma Higinio, así con alféreces y con rastras. Y aunque nó: siquiera les quité el moquito que habían cogido. Que vayan revueltos mozos y mozas, a convites de arena, piedra y adobe, no me opongo: es aquí mismo y a la vista de Dios y de todo el mundo. Pero que se me vayan al monte, con fiambre y traguito para abrir gana, y se pongan a hacer brujitos, en parejitas aparte, no me cuela.

—Y qué se hizo el Zarco?

—Pues él que se jue con los del convite, quizque a devolver las tres bestias. Ella güelven solas; pero él por horquetiase en la yegua y hacela correr.

—¿Ha estado formal?

—Ni an sé qué le diga, mi padrecito. El es muy dócil, no conoce la pereza, y nos ayuda mucho; pero es de lo más peliador y ardiloso en la escuela. Es que ese muchachito no cabe en el pellejo. Yo ni an lo regaño, porque como es tan zalamero y tiene tanta liturgia, me enreda y salgo abaju el paso. Le aseguro que me tiene muy pordebajiao.

—Viejo con muchachito se jumentiza, ma Higinio.

—Asin'es. ¿Qué juera de yo y Rumalda, sin esta criatura?

—Si yo estoy lo mismo—repuso el Cura riéndose—. Cuando lo veo de monarcillo, con la cruz alta,

me emboba: me parece un ángel o un santico, ¡y la cara que pone tan puesta en razón!

—Si le oyera, mi padrecito, una oración, como décima, qu'iaprendido. ¡Es la cosa más preciosa!

—Vea, ma Higinio: no eche en saco roto lo del testamento. Usted y yo ya estamos muy patoniados: nos paña el mal de la muerte, y, ya postrados, no hacemos nada en fundamento. Vea que esto del Zarco es cosa de conciencia.

—Sí, mi padrecito, en eso estoy pensando.

—Pero no lo demore, hombre. Ya sabe que aquí no se lo hacen de servir. Tiene que irse a la cabecera del Circuito. Yo se lo recomiendo a Carvajal, que es muy buen abogado, y le escribo todo, bien claro y bien patente, para que él le redacte la cosa en toda regla. Es cuestión de tres o cuatro días. Pero, ¡eso sí!, que no vayan a olerlo sus yernos: son capaces de atacarlo en el camino y de traerlo amarrado de pata y mano. Usted, como es tan justo, ma Higinio, no sabe qué casta de pájaros son los Caliches.

Allá viene el Zarco, bebiéndose los vientos en la Alazana; síguenle los dos mulos, y el viejo Zorro, con tamaña lengua afuera. Desenjalma y guarda las bestias en un santiamén. Pronto sale con este recado:

—Señor Cura: le manda decir mi madre Rumalda que no ha salido a recebilo, porque está muy tiznada enteramente; que hay cacao con Jamaica del que le gusta a su mercé, y cariseca caliente y quesito fresco, pa que tome la media tarde.

—Decile que con mucho gusto; pero que sea en el coco con pata de cacho.

El chicuelo corre feliz: saca, hasta el corredor la mesa, tendida de mantelillo con mucho azul de Prusia y muchos laboreos de hilo rojo. Trae, luego, el agasajo, en platos florones de pedernal, y el agua, en un vaso, de cristal verdoso, con la efigie en relieve de "La Emperatriz Eugenia". ¡Oh trascendencia de poder y la belleza! La hirviente copa, negra y lustrosa, exhala vahos de Jamaica que ni un zahumerio.

—Andá traéte el capador y el cuatrigo—manda el Cura al primer trago—para que me toqués y me cantés, mientras me tomo mi cacao.

—Si ya no surrunguea en el cuatrigo—indica mano Higinio—. Si pu ai se consiguió una vigüela.

Juan de la Rosa, aparece con los tres instrumentos; se apoya en un banco, y registra aquí y aprieta allá.

—Hecháme primero la oración que dizque aprendiste.

Vihuela en mano, se endereza, se engalla y dice:

“En subiendo la pendiente
me topé con san Vicente
y como es él buen doliente
de todo fiel penitente
me puso cruz en la frente
porque el diablo no me tienta
ni de noche ni de día
ni en mi postrera agonía.
San Martín tan gran señor
partió el manto de color
le dio al pobre lo mejor
y él se quedó con lo pior
para que todos partamos

lo que entre todos tengamos.
San Cristóbal en la puerta
de su capilla desierta
viéndose tan olvidado
le ruega muy humillado
a la monja del perdón
que le rece la oración
siquiera del peregrino.
Cuando Jesucristo vino
al altar todo llagado
con un puño muy labrado
acudió la Magalena
“tate, tate, Magalena
no me vengas a limpiar
manque te mate el pesar
y tan gran favor no mi hagas:
que estas son las cinco llagas
que tengo de parecer
y mi sangre ha de correr
por el grande y por el chico
por el pobre y por el rico
por toda la cristiandad
en toda la eternidad”.
Amén.
Quien rezare esta oración
en viernes que haiga ayunado
sacará una alma de penas
y la suya del pecado.
Quien la sepa y no la enseñe
quien l'oiga y no la retenga
el d'ál'juicio saberá
lo que esia oración contenga”.

—Precioso, Zarco!—exclama el Cura, realmente entusiasmado.—Hasta con unción — sabés echarla. ¿Quién te la enseñó?

—Ña Eustaquia, la hermana de Patimocho.

Toma la vihuela. Aquí de aquellas manos que se mueven con el sortilegio de la gracia. Rasga que rasgarás, con gran oído, y esa voz afilada y limpiada de niño, entona el bunde en boga, principiando por el estribillo, cual se usa entonces:

“Ay Pacha.

Caminá vamonos, ole Pacha.

Caminá vamonos, ole Pacha

A la tierra onde nacimos

Allí sólo se nos abre

El hermoso porvenir”.

Vienen, luégo, las coplas, a cual más rendida.

—Cántame, ahora, “La Micaela”, toda entera, aunque se caliente mana Rumalda.

Es mandato. Pues a cumplirlo. Floreos iniciales van y viene, y, a cierto rasgo, el ritornelo:

“Pimienta y clavos

azúcar y canela

no se le comprende

el mal a Micaela”.

Todo aquel relato, en coplillas maliciosas e intencionadas, con todos sus quiebro, suspensiones y efectos, lo ensarta el Zarco con el desenfado de la inocencia. El Cura ríe como un bendito.

En seguida emboca el caramillo, que ha fabricado

con sus manos prestigiosas: y aquel héroe virgiliano saca y saca dulzuras y tristezas de los cañutos pastoriles. Modula "La Guariconga", La Garibaldina" y "El Beso", primer strauss que vino a la montaña.

La primitiva Casimira se estremece hasta las vértebras, al oírle a su niño esas músicas del cielo. Arranca, coge y corta, allá en la huerta, cuantas frutas y yerbas le parecen vendibles. Y hasta los tomates y los ajos le huelen a gloria. ¡Qué dicha tan grande era la vida!

El Cura, en cuanto el niño cesa, saca su chuspa de seda carmesí, corre una de las argollas de plata, y apartando una moneda de ocho reales, le dice:

—Llévale a tu madre, para que se pague lo que se comieron los alféreces; que muchas gracias por la media tarde; que estaba exquisita Y vos, guardate la devuelta, en premio.

—Dios se lo pague a su mercé y me lo corone de gloria.

Ido el párroco, corre a encerrar los terneros, para el ordeño del siguiente día; corre a contar las gallinas, en la trepada al gallinero, y a quitar el palo para librarlas de chuchas y comadrejas.

El Angelus que suena, y ma Higinio que cierra. Desde la puerta de la cocina lo entona, reverente: en seguida, el rosario de la Virgen; luégo, el de las Animas; y tras la última chocolatada, a las delicias del sueño campesino.

III

Entre el rumor del río, el currucutú del cárabo, el clarín de los gallos y el reclamo de los pajarillos amorosos, se hace sentir el burro, como el tonto en toda reunión. Hedores de fecundación emana la madre tierra, las frondas se estremecen, se borran las estrellas; sino que Venus matutina semeja un cometa.

A su lumbre se encaminan mano Higinio y El Zarco, hacia el pueblo. Guían nueve bestias, con el cargamento de víveres. Mientras tanto, mana Rumalda corta, en "la jardinera", azucenas, nardos y claveles, para la ofrenda dominical al Santísimo.

Cuando el sacristán va a abrir la puerta de la iglesia, ya espera en el atrio el devoto matrimonio. Ese Angelus, rezado en plena iglesia, les exalta más los fervores. Cuando el párroco acude, encuentra a la vieja pegada a la reja del confesionario y al viejo rodeándolo. Comulgan a la primera tanda de campesinos; y salen al desayuno, para tornar a la iglesia a "misa primera". Entre ésta y la mayor, llegan las tres hijas, con sus maridos y la tribu de nietos. Todos se congregan en aquel cuarto, entre la balumba de tercios, cuencos y canastos. Casimira lle-

ga con los quesitos, cuajados esa mañana, y corre a comprar el mondongo, las empanadas y los tamales. Este almuerzo dominical, con tanta chillería, tanto coroto y ajetreo, más parece batalla que reunión de familia. Tan sólo las bestias pacen tranquilas, en el corral enorme, la hierba fresca que ha levantado en la semana.

Antes que dejen para "misa mayor", está en su puesto, consagrado por el uso, el grupo promiscuo de ma Higinio. Es allá arriba, junto al presbiterio, donde oigan todo, como Dios manda. Chicos y grandes se postran, boca en tierra, mientras alzan. En las misas de gala y renovación, mana Rumalda y Casimira cometen no pocas irreverencias, por contemplar al Zarco, con el faldellín rojo y el roquete labrado.

Es él muy cariñoso y juguetón con los chiquitines de sus tías, a quienes sólo ve los domingos; pero, en éste, no ha podido hacerles las fiestas de costumbre, porque ha encontrado en ellas, especialmetne en Anselma, una hostilidad tan manifiesta que El Zarco ha huído intimidado, a armarle en la plaza el puesto y el ingente paraguas a madre Rumalda.

Sustituídos los merinos míseros por el avío de regencia morada, el pañolón de trapo y el delantal de calamaco, se acomoda la vieja en su banqueta, bajo el dombo azulenco. El gran rosario, de cruz y paternoster de oro y pajuelas de plata, que siempre lleva como un pectoral indispensable, alterna, en esta hora de las transacciones, con la chuspa de lana abigarrada, donde guarda los medios y los cuartillos para las devueltas, y lo que vaya cayendo de las ventas. Entre ella, Casimira y El Zarco, van combinando, sobre el tendido de encerados, cocos con

canastos, bateas con totumas, manojos con montones. El bateón de natilla, aliñada con hojas de naranjo, campea capital, con su cuchillo clavado en el centro, rodeado de paños bordados que dan prestigio a las hojaldras y carisecas. El Zarco tiene grande inventiva para estas presentaciones comerciales. Con los últimos perfiles, corre al puesto de su taita, para ver en qué le sirve; y luégo, se va a contemplar los tendidos de cachivaches y a tañer el caramillo, aquí y allá, no tanto por lucir sus habilidades cuanto por recláme. Pero este domingo está de malas: muchos chicos le rodean, todos le admiran la hechura del instrumento y hasta su arte para tocarlo; mas no le encargan tan siquiera uno, por más que se ofrezca a enseñarles todas las piezas que sabe.

Sintiéndose tan en desuso, váse en busca de consuelos; y compra un medio de colaciones, esas bolitas de azúcar, encanto de los niños aldeanos. Corre al cuarto, para obsequiar con ellas a los chiquitines. Sólo está Anselma, con dos de los suyos. No bien ve que ofrece a la niña un par, color de rosa, barbota colérica: "Quitá de aquí, sangre perro, no me le des tus porquerías a mi muchacha. Siempre verán a est'intruso de adulante".

El Zarco sale tragándose las lágrimas; siente en las entrañas el clavo de la humillación. ¿Qué le había hecho él a su tía Anselma? Alcanza a ver a Patimocho, y, sin rencor por las acusaciones ante madre Rumalda, corre a él, y le regala seis colaciones; y se va a admirar los calicantos del templo en construcción. Sentados en un carro de ladrillos, se dan al departir, sobre asuntos escolares, y Patimocho larga la vena de su cháchara.

Fermín Chalarcones es un mulatillo de quince años, enredista, festero y maleante. Rajando leña se voló el dedo grande del pie derecho, y de ahí le viene el apodo. Amén de aleluyas y embustes, sabe todo el repertorio de Pedro Rimales, de Tío Conejo y del Patojo; y por esas sapiencias e invenciones es muy solicitado no sólo por la chiquillería, sino también, por los mayores.

Patimocho ensarta y ensarta; mas, ni por esas, se anima Juan de la Rosa. De pronto y muy fuéa de tiesto, murmura allá con cierta solemnidad:

—Ole, Fermín: vos, que sabés tanta cosa, decíme qué es ser uno intruso.

—¿Intruso? ¿Y sos tan pendejo que no sabés? Pes intruso es uno.... que se zampa a las casas pa estorbar.

—Antonces es un dicho muy afrentoso—repone El Zarco muy afligido.

—¿Y jue que alguno te dijo intruso?

—Sí, ole, Fermín.

—¿Y no le metites una trompada? Vos si sos el más gallina.

—No jue muchacho.

—¿Quién, pues? Decíme que yo no cuento.

—¿Pa qué?

—Si no me contas, te grito “intruso”, delante la gente.

Fue mi tía Anselma. Pero no le contés a ninguno.

—Ah. Ya sé por qué te dijo. Como vos sos botao....

—Yo no soy botao, Fermín—replica llorando—; soy güerfano, porque mis padrecitos se murieron: mi madre Rumalda me contó.

—Ella por embotellate. Sí sos botao.

—Míre, Fermincito, por la Virgen. No me diga asina tan maluco. Yo jamás le digo a usted Patimochito.

—Si me das más colaciones, no te digo.

—Tomálas (abriendo la chacarita), y te doy, también, un medio, si no me volvés a decir nunca.

Saca la chuspita de lana, regalo de Casimira. Fermín abre tamaños ojos.

—Si me das esa peseta, no te vuelvo a decir nunca y le pego al que te diga. Por mi palabra.

—Un rial le doy, no puedo darle más.

—La peseta, Zarco. Si nó, te digo, y cuento que te la robates.

El Zarco llora; pero, al fin, dice:

—Tomála, pues. Pero se compromete a no decime.

—Por esta santa cruz (cruzando el pulgar y el índice), que me trague la tierra si te vuelvo a decir.

Hecho el pacto, salen del recinto de los trabajos. Mas El Zarco no ataja el llanto. Con la punta de la mulerita dominguera, se enjuga aquellos ojos, más azules y fulgurantes con el riego de lágrimas.

Andareguea, por ahí sin acordarse del caramillo; sin asomar por los puestos de taita y madre; sin buscar a Casimira para ayudarla en las compras; sin acudir al cuarto, en busca de cacao, que, en tales días, hace las veces de comida.

A las tres, hora en que terminan las ventas, tocan a trisagio. A él se va y se une a la familia. Como de costumbre, se queda, con los viejos y Casimira, para hacer la novena de las Animas, ante el altar de la Virgen del Carmen, un armatoste negro constelado de calaveras con dos Animas pintadas y

recortadas en tabla, las manos en los hombros, cruzados los brazos sobre el seno, bizcas y flacuchentas de puro padecer. Silencioso y retraído ayuda en todas las diligencias de la vuelta. Siempre torna muy decidor, con las impresiones recibidas; pero en este domingo, que tan fausto debiera resultarle, con el regalo del señor Cura, están sus labios pegados y sus ojos al suelo. Lo más doloroso era no haberles traído siquiera seis colaciones, a su madre y a Casimira.

Cuando están en la cocina, en la fritanga del tocino y del solomo de marrano, para aquella cena magna del domingo, se sienta en el banco, todo engerido y amilanado; y la vieja le dice mientras fríe:

—Ahí te veo enfermo, con dolor de estomago. Apuesto que jué que te jartates en porquerías todo lo que te dio el señor Cura. Este golotón! ¡Será por tantos hambres que pasa!... A ver: sacá la chuspa.

El chico sólo replica con llanto.

—Eso jué. Por eso no asomates las narices por allá, en tuel santo día: por estar enguyendo que ni una longaniza. Bien podés llorar aí: mañana llorarás más, porque te voy a empetacar una pucha de aguadulce con picapica, pa qu'echés ese asiento. Antes no se muere del tiro, este enemigomalo. Y yo que soy tan boba, que le dejé toda la plata. Decí, si quiera, que jue lo que te jartates.

—Ni an un medio entero de colaciones—gimotea agachado. Mi verdá, madre Rumalda.

—No vengás a empiorar la cosa, metiéndome tus mentiras. Mostrá a ver la plata.

Silencio y llanto.

—Decí, siquiera, almártaga; decí qué porquerías te comites.

—Eso no más, madre Rumalda,—articula al cabo, entre gemidos.—¡Y no me quedó más que... ¡un mero medio! Gi! Gi! Jué que le tuve que pagar a Fermín una peseta..... pa que no me dijera.... una cosa.

—¿Qué cosa? Decí a ver.

—Una cosa.... muy maluca.

—Iga, Uanito,—suplica Casimira.

—Eso que dijo Tadeo: quizque soy botao.

Y se emperra a gritos.

Es aquello tan hondo y tan sincero que señá Rumalda suspende la fritanga, se alza, y yéndose al chico, lo abraza y le enjuga el llanto con el delantal.

—No ve?—le dice con voz demudada. — Si juera obediente no se habría juntao con ese Patimocho, tan perverso (tornando al fogón). Todos son cuentos de ese maluco, por robale los dos riales. Y vusté qu'es tan pendejito que se pone a creele. Ahora le paña esa canguerejera, pa quitale todo lo que le vea. Ya sabe: nunca jamás se vuelve a juntar con ése; huígale como a perro bravo. Cuando pase por la casa y esté en la puerta, no volté a verlo.

—Jué que yo jui a preguntale un dicho, que me dijo mi tía Anselma. Como él sabe tanto.

—Un dicho? Será parecer suyo, Zarquito.

—No es parecer, madre Rumalda, ni es por hacerle cuentos: yo le jui a dar colaciones a la niña; y por eso me rumbó del cuarto y me dijo sangreperro y intruso. Ya ve, intruso: que soy un zampao aquí, pa

estorbarles (llorando de nuevo); siempre será que soy botao.

Los sollozos no le dejan proseguir.

—¡Qué botao va a ser vusté, m'hijito! Es que Anselma cuando está asina.... medio enfermosa, se pone muy canóniga. Verá que de aquí a unos días lo vuelve a querer.

—Es tema que me han cogido, sin yo habeles hecho nada. Mi tía Isidora también dijo, de yo, una cosa muy afrentosa. Yo oí, dende el corredor, cuando estaba arrinconando las enjalmas.

—Oiría ai cualquier cosa y le pareció cosa mala. Es que vusté, Zarquito, es tan sofístico enteramente....

—De verdá, madre Rumalda: ai taban en la tarima, conversando las tres; y oí que mi tía Isidora dijo, muy brava: "No he bajao a casa, por no ver a ese consentido". Ya ve, pues: tán como mis tíos, que todos tres me hacen mala cara. Yo no los he güelto a saludar, porque me da miedo.

Mano Higinio encarra leña, junto a la puerta. La mujer lo interpela:

—Oíle las cosas a este muchachito!

—Ya oí, m'hija. Entrípaos que Dios nos manda, en castigo e nuestras culpas.

—Asina será Higinio. Pero siempre me parece que se han güelto muy malucas. No jué eso lo que yo y vusté les enseñámos.

—Asín'es, m'hija; pero ¿qué van a hacer, las pobres, si sus maridos les inculcan esas maldades?

—Siempre es de malucas, que son. Gervasio es el más ríspido y el más pior de los tres, y ya ve que Fidelina nada malo le ha cogido.

—Es que si todos juéramos como Fidelina ¿pa qué más dicha?

—Ella sí no tiene pica con yo,—interviene El Zarco menos lacrimoso—, ni me ha dicho cosas afrentosas, ni mi hace mala cara, ni me arrempuja cuando se topa con yo.

—Vusté, Zarquito,—le dice el viejo, con aire de caricia,—tampoco menesta que ellas y los Caliches lo quieran: vusté tiene con yo y su madre, y con mana Casimira.

El cuitado se va consolando, y el viejo se va aflijiendo. Apenas sí prueba la fritanga. Para solomos está él! A la desazón por lo del Zarco, se une la infausta nueva que le ha dado Caliche padre, marido de Anselma. Le han entregado la casa, que tenían arrendada, y se quedan en el pueblo no sólo mientras nace el nuevo fruto de bendición y pasa la cuarentena, sino por largo tiempo; y pronto se vendría también Gervasio. Venían a espiarlo, a enredarlo, a amenazarlo, para no dejarle hacer el testamento. Este pueblo de Tambogrande había sido su dicha al par que su desgracia: aquí había conseguido bienes y la protección del señor Cura; pero, sin comerlo ni beberlo, había metido sus tres hijas entre un nido de culebras.

Todos los recelos que de algún tiempo acá le vienen inspirando sus yernos tambograndeños, todos los sinsabores que le han proporcionado, se le ennegrecen y amontonan, ahora, al conexionarlos con El Zarco y el testamento.

No sin razón: los Caliches tienen historia tenebrosa. Por herencia les viene, al decir de los viejos del lugar, el ser muy impávidos y astutos para apropiar-

se lo que no les pertenece. El viejo Simeón militó con el Gobierno, en la guerra pasada; peleó en "El Cascajo"; pero no trajo heridas sino bestias. A mayor abundamiento, no pueden vivir sin enemigos ni rencores; su mala entraña necesita en qué emplearse. En fin, según el párroco, descienden, por cruzamiento, de Caifás y Judas Iscariote.

Queriendo agrandar una finca, le armaron pleito, por linderos a Plácido Bohórquez, un convecino inofensivo y pacífico. Parece que no les surtía el tal pleito y que temieron hasta verse condenados en costas. Un día está Plácido en su roza; y, de pronto, oye un tiro y un zumbido junto a su sombrero. A poco, otro, que le "pasa raspando". No le queda duda: es a él a quien pajarean. Tiéndese en el suelo; y se arrastra a una cañada enmalezada, donde permanece hasta la noche. Pone el denuncia; pero en denuncia se queda.

Sobreviene, a esas, uno de estos inviernos diluviales, tan largos en estas serranías; las aguas vienen por los montes; el San Félix se desborda por las explanadas. Bohórquez vive al otro lado del río, no lejos del "Puente Real". Cualesquiera que fuesen sus ocupaciones en el pueblo, torna siempre a su casa al "golpe de oración". Una noche, oscura y lluviosa, no aparece. Su mujer y sus hijos madrugan a averiguar. Hasta las seis lo habían visto en el pueblo y... nada más. Al día siguiente encuentran el cadáver, incrustado en un arenal a donde lo había arrojado la creciente.

¿Cómo pudo ahogarse, al pasar ese puente, adonde las aguas nunca suben? ¿Crimen o suicidio? La viuda, en su desesperación, acusa a los Caliches.

Pero, fuese temor, compadrazgo o desidia, las autoridades no se mueven, por más que el pueblo todo esté de acuerdo con la viuda.

El Cura fluctúa en terrible conflicto. ¿Cómo promover una investigación judicial? ¿Cómo no promoverla? Si por ella resultare crimen de los Caliches, lanzaría a la miseria, talvez al deshonor, a tres mujeres virtuosas y a muchos inocentes; arrojaría un borrón en aquel par de viejos ejemplares y les proporcionaría muchísimas amarguras.

No puede dormir; y en sus insomnios, se le aclara la hipótesis: no había sido uno solo el criminal. Bóhórquez, joven y esforzado, se hubiera defendido. Los Caliches o sus agentes, en gavilla, habían asaltado al infeliz, en el propio puente; le habían dado de garrotazos; y muerto o aturdido, le habían arrojado al río. Supone, por otra parte, que nada se descubriría: si todos sospechaban, nadie había visto nada. Probarían que, a tales horas, estaban los Caliches en sus casas, quietos y sosegados. No le vinieran a él con esas paparruchas de coartadas: sabía, por el confesionario, tantas cosas. Pide al Espíritu Santo le ilumine; y.... guarda silencio. No había tampoco por qué pretender compartir con Dios el atributo de la Justicia: Dios sabría. Es su consigna desde este momento no atender ni adelantar ningún comentario; y se hace el desentendido con todo el mundo y más con ma Higinio.

El pobre viejo pasa, en el ínterin, de los terrores al llanto. Por datos que ignora el público, por cabos que va atando, tiene por cierta la criminalidad de su yerno. Sabe Dios las tormentas que se levantan en esa conciencia de bienaventurado. Por tres domingos no sa-

ca venta al mercado y sólo va al pueblo a sus deberes religiosos. Tal se siente que no quiere que lo vean: se le antoja que van a leerle en la cara lo que pasa en el corazón. Ni a su mujer misma quisiera confiarle nada; mas ella, juzgando por la suya, adivina la procesión que le anda por dentro; y, por no tocarle asunto tan horrible, se hace también la ignorante. El viejo enferma materialmente: le viene fiebre y tal desate de nervios, que le baila la cabeza como a perlático. No le valen ni la purga de jalapa y calomel, ni vahos aromáticos o hediondos, ni parches calientes en el cogote. Temiendo que pierda la cabeza, manda ella una de seis libras de "cera de Castilla", al Señor Caído de Hatogrande, con cuatro velas de a libra, comunión de ambos y muchísimos rezos. Cristo la oye, y ma Higinio sigue más rezandero y más devoto de Las Animas.

Desde antes de la tragedia se viene formando en el pueblo un gamonalismo hartó antipático y azaroso. Encabézanlo los Caliches y el tinterillo Olegario Cañas; tienen por aliados y testaferros a tres o cuatro matones de la Calle Abajo, uno de ellos recién salido del presidio.

Cañas es el tipo clásico del rábula urdemales de parroquia. Por dirección o actuación maneja toda la maquinaria oficial del Municipio, Cabildo y Corregimientos inclusive. El Alcalde, si no un monterilla arbitrario, es un calzonazos, compadre y paniaguado de los Caliches.

Después de la tragedia, el gamonalismo aquel se va imponiendo: en una fracción han sido apaleados dos enemigos de los Caliches; varias bestias se han

perdido de sus dehesas; y los matones lanzan amenazas contra "los placeños y los lambones".

Los magnates de Tambogrande, que son gente de paz y de trabajo, nada oponen al círculo amenazante, por más que prevean las consecuencias, sino que el Cura reúne a los Arias, Timonedas y Naos, les pinta el caso y les propone, primero: pagar, entre todos, un sobresueldo al señor Alcalde, a fin de traer un forastero y de canela; segundo: proponerse, de común acuerdo, hacerle el vacío al tal Cañas, para ver si se larga a "jeder lejos"; y tercero: ir don Justo Timoneda en persona, a hablar con el señor Prefecto y a conseguir el nuevo Alcalde.

Tal se hace. Blas Jiménez, un marinillo bien bragado, mete al círculo en cintura; Cañas no interviene ya en las oficinas; los Caliches tragan hiel pero amainan; los guapetones se callan.

De todo esto hace cuatro años; y, ahora, con motivo del testamento, se le quiere revivir a mano Higinio lo que por siempre quisiera olvidar. En su angustia desea lo que tanto ha temido: que resulten los padres del Zarco y se lo lleven. Preferible era eso a dejarlo en poder de los Calichhes. Pide a las Animas que, si no parecen los tales padres, le concedan a él y a Rumalda vida suficiente para ver al muchacho hombre hecho y derecho.

Simeón, el viejo esposo de Anselma, y Gervasio, el de Fidelina, están con los suegros que no saben dónde ponerlos de puro cariñosos y atentos. No pasa día sin que vayan a verlos. Anselma da a luz; y, el día del bateo, convidan a los viejos a chocolate remediano con "panocha de temprano".

Rumalda se excusa; pero ma Higinio no se atreve

a desatenderlos. Ahí están los tres Caliches y las dos mujeres: eso es con todo y mesa tendida, bandejada de bizcochuelos y dulce de papaya. Apenas se sientan, dice Isidora:

—¿No sabe, taita, las cosas que andan diciendo?

—¿Qué será, hija?

—Pues que vusté quizque va a hacer testamento y a dejárselo casi todo al Zarco. Nosotros no hemos creído, porque eso no tiene pies ni cabeza. Es que la gente compone tanto.

—Sí, hija—repone el viejo un tanto confuso.—La gente dice hasta misa, dende que haiga quién se las oiga.... Y dígame Gervasio.... ¿pareció por fin el macho envolatao?

Como los tres trabajan con mulas, quiere lanzarlos al tema profesional; mas ninguno de los tres está por arrierías en tan solemne ocasión.

¡Qué amargo era ese cacao remediano! Parece que le pican avispas. Y, como tiene que "hacer unas vueltecitas", se despide de sus anfitriones y se va derecho al Cura.

Previas meditaciones, convienen en que debe esperar la primera ausencia simultánea de los tres. Gervasio irá pronto a Nare a sacarle carga al comercio de Medellín: y el viejo y Restituto no tardarán en llevar víveres a las minas de Remedios. Probable era la coincidencia de los viajes. Aprovecharía esta ocasión para ir a la cabecera del Circuito, aunque Anselma e Isidora cabiloseasen a su antojo. Y no lo olvidara: el albacea debía ser Justo Timoneda, que, a más de mozo, era muy concienzudo, servicial y entendido en leyes.

Al domingo siguiente no son Anselma e Isidoro las

que mortifican al Zarco: es Fidelina, la magnánima.

Fuéra de la rama del viejo Simeón, todos están en el cuarto dominguero. La madre sirve el almuerzo, y, la hija, viendo la ración que le pone al Zarco, exclama con cierta risilla:

—Dito sea mi Dios! Cuando mi mama estaba muy bizarra con nosotras, nos daba dos cucharadas de mondongo, una empanada cuando más y una masita de bollo: y a este zarcucio, ¡fíjate Isidora!, le sirve que ni a un pión. ¡Valiente tripa!

—Pues será porque lo gana como pión—replica la señá Rumalda—; usté bien sabe que este muchachito trabaja y nos ayuda lo mismo que un grande.

—¡Sí, pú! Ese se le ve. Bien dicen que vusté y mi taita se han güelto chochos con este botao.

El Zarco se alza del asiento, presa del espanto: los ojos se le arrasan; hace gestos, por no gritar; y huye a la desbandada.

—Ai me lo tiene pues: se jué sin almorzar. Si eso era lo que quería, debe estar muy contenta.

—Por hacele el mimo, mama, es que lo tienen perdido. No he visto un botao más de buenas.

—¡Vuelta con el botao! A vusté no le costa que sea botao. Botao es el que tiran por ai pa que alguno se lo tope y lo recoja si le da su gana; y ni vusté ni nadie se ha topao a Juan de la Rosa. Y aunque asina juera, ese no es modo pa desinar a ningún cristiano, contrimás a una criatura inocente, que no le ha hecho mal a vusté ni a naide.

—Cuidado como va y se le cae algún pedazo a ese consentido...

—Ni lo negro de l'uña; él se queda como es: Juan

de la Rosa Mira, porque asina se llama, pa cuando se le güelva a ocurrir. A la que se le cae el pedazo es a vusté.

—¿A mí? ¿Por qué gracia?

—¿Le parece muy bonito venir a mostrarnos la mal'entraña y a cometer faltas delante de los mayores y de estos chiquitos inocentes? ¡Valiente ejemplo ta dando!

—Es que vusté, mama...

—No me levante la voz—interrumpe autoritaria—ni venga a ponenos cartilla ni a faltanos al respeto a yo y a su taita. Si ya no la mandamos, siempre tiene obligación de respetanos. Y vea una cosa, compadre Gervasio: si esta ha de golver aquí a humillar a ese muchachito, a pecar ella y a haceme pecar a yo, es mejor que no la treiga.

—Esas son cuentas de ustedes dos—contesta el yerno, agrio y zahareño—: blancas son, y ustedes se entenderán.

—Asina no nos entendemos, compadre.

—¿De modo y es que me rumba?—salta la hija.

—No la rumbo; mas, sin embargo, tampoco la atajo. Pues me largo, agora mesmo! (alza al niño de brazos y toma al otro de la mano).

—Cuando se largó!

—Camine, Gervasio, con los otros; que, onde no cabe la mujer, no cabe el marido ni caben los hijos.

—Espéreme, siquiera, un momentico, que acaben el almuerzo.

A poco salen con los tres retoños; Restituto e Isidora los imitan; señá Rumalda se asoma a la puer-

ta; pero no ve al Zarco por parte alguna; Casimira sale a buscarlo, y.... tampoco.

—Ahí tiene, pues, m'hijo, a su santa. Ya la vido bien vista!

—Cállese la boca, m'hijita.

¡Cómo me tenía esa indina de engaño! Me ha dejado sin alientos! Perra cujiada será; pero nos enterró la lezna hasta las cachas.

—Lo que es a yo, m'hizo perder mi comunión.

—Hasta yo, aquí callao mi boca, la haberé perdido. Recemos un auto de contrición, por sí go por nó.

Y se arrodillan, rezan, cierran y salen a misa de renovación. Fidelina y los dos chiquitines no están en el grupo; por ahí los ven muy aparte. Ni rezar pueden con las desazones. Al salir la procesión observan que el monago de la cruz alta tiene los ojos hinchados de llorar.

IV

Cavila que más cavilarás, atiza el fogón, se sofoca, sopla con un cuero y bate el fondo de lejía, revuelta con residuos negruzcos. Conforme fuera el lunes sería la semana, y aquel lunes, del enemigo malo, nada bueno prometía. La saca del jabón se iba a perder, sin remedio, porque Higinio se había dejado engañar por el condenado del carnicero, con esos chicharrones sin pizca de sebo. Esto era lo de menos, sino que Higinio no había pegado los ojos en toda la santa noche: y ni la madrugada a salar, ni la brega con el ganado le había abierto la gana de almorzar, a él que era tan galgo y tan garoso. En lugar de ir por leña, como pensaba, se había ganado al zarco; e Higinio, en el zarco, era hombre perdido. ¡Valiéranla los clavos de Cristo! Si se ponía como la otra vez y le agarraba la tembladera y el causón alto, era ella la que iba a enloquecerse.

Incurriendo estaría en algún pecado bien grande: tenía rabia hasta con el señor Cura. Por su embeleco de haberle conmutado la promesa al Señor Caído, del Hatogrande, le estaría amagando a Higinio el mal de la cabeza. Cierto que habían enviado al Hatogrande el valor de la cera; cierto que habían

cumplido, ante el Nazareno de la iglesia del lugar la entrada de rodillas y todos los demás requisitos; pero, aunque el señor Cura fuera muy santo y muy sabido, ¿valdría eso, en otra parte y ante otro Cristo, bien parado en su nicho? Nunca le había colado la tal conmutación: mas ¿cómo iba ella a ponerle cartilla al señor Cura, y alegatos a su marido?

Verdad, también, que ella y su viejo no tenían tiempo ni para rascarse la cabeza: cuando no caía en cama la una hija, caía la otra, si no todas de una vez: cuando pasaba el sarampión, venía la tos ferina; cuando no eran siembras eran cogiendas; cuando no pajareo, desgrane; y, luégo, la huerta y la lida con los animales y el trabajo de las ventas y el arreglo de la ropa y las vueltas de la casa. Y todo para comerlo crudo!

Hasta cierto era lo que les repetía mana Pacha: en vez de descansar, se mataban, ya tan viejorros, para dejarles los bienes a indinos y desagradecidos. Pues iba a dejar de ser boba: el que viniera atrás, que arriara, o que se fregara.

Casimira llega con la batea de ropa lavada y la tiende en las talanqueras. No bien termina, le dice mana Rumalda:

—Ahí le entrego, desde ahora, este maldito jabón, salga go no salga la saca. Con tal que yo no lo güelva a ver en esa paila!... Y arrímese ya l'olleta; y haga el cacaíto bien sabroso; y ásesese unos biches, a ver si a Higinio le güeneas. Yo me voy, porque hoy no estoy ni pa tacos de escopeta.

—Ayase anquila, atrona.

Mana Rumalda resopla, sacude faldamenta y delantal, se anuda de nuevo el pañuelo cubrecabeza,

por ver si disipa las negras ideas y puede aparentar lo que no siente. Con mucha cautela entra en la sala y atizba hacia el zarzo. Cubre éste la mitad de la pieza, del lado del tenducho. A su borde está recostado un palo, con muescas equidistantes de corte triungular, que sirve de escalera.

—Ole, Higinio: ya se ganó allá?—vocea, fingiéndose la zalamera.—No se haga el dormido. Y si está dormido, recuerde.

—Es que estoy rezando, m'hija.

—Vusté no está rezando nada, m'hijito: vusté está pendejiando, con ideas malucas. Baje, para que nos tomemos el cacao. Debe tener un yelo de agonía, porque casi no almorzó. Ai le guardé su pedazo de costilla, del sancocho, pa que se la ruña bien a gusto.

—Qué le parece, m'hija, que ni an ganas tengo.

—¿Ni an ganas? Tése ai cubando! Baje, go me gano y lo jalo de las patas.

Apoyando el pie en el primer corte, trepa, palo arriba, con agilidad de muchacha.

—Camine, el querido—agrega, apenas lo determina en la penumbra y entre la montonera de enjalmas y trastajos. No se quede ai metido en esos aparejos que hasta garrapatas se le pegan. Camine, m'hijo! Si se recoleta ai, más duro lo paña la cobardía. Ya viene Juan de la Rosa. Oígale el capador. Ya salió Zorro a topalo.

¿Qué ha de hacer el esposo a tales reclamos? El Zarco surge, con el perro, tañendo "La Guariconga".

—No vamos a esa cocina, que hay mucho jumero, y ese jabón ta güeliendo muy maluco. Mana Casimira,—grita desde la puerta—treiga l'olleta p'acá.

Saca la mesita al pedazo del corredor interior, que deja libre la despensa. La tolda enmarañada de un corta-picos, cuelga de la solera y bota hacia el sol sus parasoles hiperbólicos. Los viejos se asientan y toman en un mismo coco, trago él y trago ella, cebando del hirviente cacharro; bate que bate, a cada cebo, con el molinillo de raíz. El Zarco, a dedo pelado, se ataruga con el migote de arepa, plátano y quesito. Zorro y Palomo, en busca de los relieves, los rodean, muy amigos y compañeros. Los gorriones, introducidos y aprovechados, acuden a las harinas que les riega el chicuelo, mientras coge de las patas a su astuto enemigo. El viejo sonríe a la escena. Volados los pajarillos, recobra el gato su libertad; y El Zarco sale, para la escuela, a carrera tendida.

—¡Cita la criatura!—quejumbrea el viejo.—Siquiera se le pasó la aflicción! Lo que más me duele es que sean mis hijas las que atormentan a este inocente, que le duelen las cosas lo mismo que a un grande.

—No piense en eso, m'hijo—ruega la esposa afanada.—Camine yo le muestro las pepineras, pa que vea todo lo cargadas qu'están.

Entran al huerto, por la puertecilla de troncos. Son los dominios de Casimira y su verjel cerrado. Los matorrales de pepinos, ajíes y tomates los tiene sostenidos por barbacoas; en las éras de cebollas, bordeadas de orégano, culantro y perejil, no hay una yerba; la chamiza protectora preserva todo de gallinazos y gallinas; barridos están los senderos; y, arrimados a los cercos, lozanear la borraja y el romero, el toronjil y la mejorana, la sanguinaria y la achicoria.

Átrás, allende el cercado, invaden a sus anchas la ruda y el ajenjo, la malva y la yerbabuena; medran, a su antojo, el eneldo y el limoncillo; levantan los achirales sus penachos purpuríneos, y la "flor de muerto" salpica de puntos de oro aquellas variedades del verde infinito. Avanzan huerta adentro. De un lado del sendero alzan las habas su follaje descolorido y su florecilla de medioluto; del otro ostentan las arvejas su próximo parentesco con el doncenón aristocrático. Los lulos decorativos derrochan, por las demarcaciones, el capricho de sus hojas, la gentileza de sus cogollos, la felpa argentada, el terciopelo verde-loro y aquellas bolas de escarlata, veladas con el tul de su peluza. Más allá, el plátano curva las hojas en avenidas umbrías y sostiene, sobre horcones, los racimos que le agobian. Luégo, hasta los confines, se dilata el reino unido de la arracacha y la mafafa, de la papa y de la yuca, de la caña morada y de la criolla. ¡Oh, tierra bendecida de Tambogrande!

Los viejos, alabando la Señor, suben a una colina, vestida de gramalote, que empalma la huerta con el barranco interior que la amuralla. En su corte, casi vertical, tremolan sus airones el rabo de zorro y el carrizo, se enreda la batatilla con los morales, urden las charrascas, blanquea la salvia, se encumbra el chilco y se ríe el sietecuero de los jardines cultivados.

Los propietarios se recrean: su labranza, toda entera, se divisa desde el morrillo. Es como una esquadra. El lado de la Trinitacita, tan plano como el del río, más extenso y todo arado, es una pompa: por la urdimbre rastrera de la victoria y la ahuyama,

del calabazo y la batata, se empina el maizal, cual ordenada hueste palatina, en fiestas áulicas. Flexibles garbean las cimeras de sus espigas, y se desmelenan en bucles el filote de la mazorca. Por las Mercedes será la cosecha. Más abajo realzan el ángulo hileras de procerosos chachafritos, que riegan el suelo con la púrpura de sus pétalos; y grupos de guadua, que lanzan hasta la vía sus palmares. Naranjos y cidros, limos y limones, duraznos y chirimoyos, aguacates y cerezos, cuadran la rinconada. Arrimado al costado izquierdo de la casa y al trincho de piedra del camino, se emplaza el paralelogramo de la jardinera. Ciérralo hacia adentro una palizada, que entraba los bejucos del jazmín y fortalece los troncos del astromelio.

La casa, de techo pajizo y corredores de teja, se esconde entre el ramaje como un nido. Dos palomas se cortejan, en la guía del caballete, y destacan sus siluetas cándidas en la lejanía de la cordillera. Hacia acá, separada a discreta distancia, levanta la cocina su holocausto.

Desde la altura divisan todas las escenas de los corrales, que aquende el vallado del camino, extienden sus basuras y exhalan sus vapores, al costado derecho de la vivienda. En los zurroneos palomarios, que cuelgan del alero, se sienten muchos revuelos e inquietudes; las cluecas loquean a una con las polladas y escarban el suelo arlequinesco; el sátrapa genitor, plantado en sus remos prepotentes, la cola en arco, erguida la testa coronada, cumple dondequiera su misión excelsa; las odaliscas más caseras se acogen bajo la proyección vertical de aquel disco providente del gallinero, mientras los dos cerdos, ba-

jo sus ranchos de helecho, lamentan los rigores de la canícula y la argolla ominosa de sus hocicos.

El Padre Sol se prodiga esplendoroso para sazonar los frutos de esa región privilegiada, embellecer la tierra y henchir los corazones de nobles regocijos.

Mano Higinio contempla el cielo inmaculado, y dice:

—Allá'stará el Señor viendo toitas las cosas malas qu'stamos haciendo (suspira). ¡Con tal que no nos deje morir en pecado!

—¡Ave María, m'hijo! Hasta malo será pensar en eso. Quien l'oiga dirá que vusté es, enteramente, un pecador muy empedernido.

—Pes hasta seré, m'hija. ¿Qué sabemos?

—No, m'hijito, por Dios. Ni an lo diga. Si es cierto que, en ocasiones, es muy poco conforme con estas moliendas de los yernos y estos dichos de las hijas; pero ¡ai no se confiesa y comulga cad'ocho días? Yo no sé qu'es lo que le pasa a vusté. Ya ve, todos los beneficios que nos hace mi Dios; ya ve esta finca, y esta fertilidá y tanto animal y ganaos, solos y en compañía, y terrenos con agregaos, y rozas, y los rialitos que nos tiene el señor Cura, y cabal salú pa trabajar; ya ve este Zarquito, tan querido, que nos trujo las güenas, y esta santa de Casimira, tan fiel y tan baquiana pa toda laya de oficios; y vusté, volviéndose ai un acobardao y atembándose, que ni un tuntuniento, por cosas que vusté nu'ha hecho ni ha pensado hacer en su vida. Acuérdese cuando vivíamos en Agualinda, con familia chiquita, con unos patrones tan trabajosos y malostratos, y sin tener, ni tan siquiera, una triste gallina ni

una cuarta de tierra pa sembrar una mat'e col. Acuérdese que almorzábamos aguanegra, con espuma de leche, y que, tan solamente, comíamos la merita mazamorra. Y, mas sin embargo, vusté no se acobardaba.

—Sí, m'hijita: asin'es: éramos unos pobrecitos malcomidos y sin ropita que ponenos; pero no teníamos a los Caliches ni estas hijas pautadas con ellos, ni estos enredos tan calientes con Juan de la Rosa.

—Pero si todo lo va arreglar a concencia, ¿por qué se pone asina? ¿No ve que eso es hasta desconfiar de la Divina Providencia? Y a esas pergüétanas no les haga caso: son calenturas que no les duran. Yo, ayer me sofoqué con la Fidelina, porque me cogió despensionada y de boca: pero, agora qu'stoy ya prevenida, he de tener el gusto de no contestale una palabra, haiga lo que hubiera. Manque vusté no repare en flores, camine pa que vea la jardinera; pa que vea las cosas que mi Dios hace pa que se alegren sus criaturas. Camine, que antes me ayuda a regala.

Y, tomándole por un molledo, lo levanta y lo conduce, cogido, hasta la casa.

Pasan por "el aposento", única entrada al jardín cerrado.

En verdad que hay de qué alegrarse en el Señor. Le alaban desde su alto trincho estas orquídeas peregrinas de la montaña espesa. Las "americanas" desmelenan, hasta el suelo, sus gráciles bejucos vestidos de estrellas aúreas con lunarcillos negros y extraños pistilos; el "Cucarrón" y la "Calavera" suspenden de sus raíces debajo del copo de las grandes hojas, los gajos verdinegros o amarfilados de esas flores misteriosas e intrigadoras que parecen de ám-

bar, a puntos de tinta china y cortadas a tijeras; mientras la "yedra de San Juan" exhibe los colores, los caprichos y la magia de Flora Intertropical.

Cuán humildes, si muy hermosos, resultan, ante estos prodigios selváticos, los claveles y los geranios, los tulipanes y alelíes, y todas esas galas caseras, que cubren los surcos asimétricos. Castilla, Alejandría y Jericó se glorifican en sus representantes a este congreso de belleza; que no hay como las flores para ilustrar a los pueblos. ¿Quién mienta al Malabar y al Cabo, si no es por sus jazmines?

Un hilo de la Trinitacita, después de recorrer una acequia, de saltar por un tubo de guadua, junto a la cocina, corre, por recto cauce de piedras, atraviesa el jardín, sale al camino, para caer en el San Félix. Ambos viejos toman sendas cuencas de calabazo, que para el riego mantiene ahí la señá Rumalda, y se dan a chorrear a diestro y siniestro, sin que él admire todo lo que ella deseara.

—Acuéstese, un momentico, m'hijo — suplica, en tornando a la alcoba—; vea que anoche se desveló. Yo le cierro las puertas, pa qu'eché su buena tonga.

—¿Vusté ta loca, m'hija? ¿Cómo me voy a acostar, al sol mediodía, sin estar de cama? Ni porque yo jue-
ra un negro comido de la pereza. Aunque no'stoy hoy pa trabajar ni tengo, tampoco, much'urgencia, no tengo por qué meterme de ocioso. Hasta mal ejemplo le doy al Zarquito, si me topa roncando. Camine vamos a rezar.

—Bueno, m'hijo. Pero que no sea muy largo. Yo he reparao que, cuando reza mucho, se pone como aburrido.

—Parecer suyo, m'hija. Recemos, no más, los siete padrenuestros del Carmen.

Entrase ella al cuarto de Casimira, contiguo al tenducho. Bajo la cama, de vara en tierra, están muy doblados los costales; saca dos, y los tiende, en el suelo, de tierra apisonada, de la sala; ambos se arrojan frente al cancel del aposento, que más que división, es un altar.

Sobre la puerta corre, de pared a pared, una tabla, a manera de repisa; ancha tira bordada de cruces y ringorangos, colorados y violetas, la paramenta a guisa de paño de iglesia; en el centro sobresaliendo la altura del cancel, preside "La Carmela" insigne, legada a ma Higinio por un su abuelo, que la encargara, en tiempos del Rey, al mismo Quito. Dos veces se ha autorretocado, y, ahora, se ve muy patente una ánima a punto de alcanzar el escapulario libertador. El dorado y florecido marco se encaja en una como alacena, y, al abrirse, aparece San Juan de la Cruz, en un ala, y Santa Teresa, en la otra; él, en actitud orante; ella, de bonete y pluma en mano. Abierto está el retablo, en este mes dichoso de su fiesta, y guardado al pie, "el esquiloncito de las ánimas"; de lado y lado, cromos y grabados de tosco marco; la Virgen de la Cueva Santa; la Divina Pastora, San Roque, San Antonio y, de bulto, muy chiquitina y decorada, la gloriosa Santa Bárbara, patrona de Tambo grande, con su palma en la siniestra y una centella en la diestra. Repulgos de ramo bendito, espigones de cardo, manojos de inmortal "botón de oro", "botón de plata", y de cualquier espartillo inmarcesible, engalanan el santerío.

Mano Higinio se persigna, pone los brazos en cruz,

entorna los ojos, y principia desde "Abre, Señor mis labios", y va largando los versos conmemorativos de los ofrecimientos, en sonsonete gemebundo. Su mujer le observa aquella cara bíblica y dolorida, y más se inquieta. Según avanza, acentúa el clamoreo. En terminando, dice:

—No se le olvide, m'hija, que el jueves principia el novenario, pa que adorne bien bonito. El mayordomo de la iglesia quedó de mandame las velas desde mañana. Hay que convidar a todo el que se pueda.

—Si a yo no se me olvida. Y qué le parece, m'hijo: desde ayer toi porque se aplique la medida de la cabeza del Señor Caído del Hatogrande. No es porque esté enfermo; pero siempre es bueno, por si le amagare ese achaque di hace días.

—Superior, m'hija! Aplíquemela, a ver si se huyenta esta tribulación tan insulsa, que me está colando.

Corre la vieja al cuarto, se cala las antiparras, abre el ingente arcón de roble, y, del baulito donde guardan las escrituras, las patentes y hermandades, y cierto papel importantísimo, saca, previa santiguada, un lío con cintillos, en trapo aceitado: son las sacras medidas. Las abre, escoge una, la estudia, le añade cuerda a los extremos; y, vieras, luégo al punto, a ma Higinio recostado en su taburete, diademada la calva con el hiladillo, cual un sacerdote druídico, con su ínfula. Zorro, que duerme en el escaño, abre los ojos y le contempla: mana Rumualda augura:

—Verá que di'aquí a la noche se recobra. Y vea: hace días que'stoy pensando que, si le güelve el mal,

pende de no haber pagado la promesa al Señor Caído, allá mesmo en el Hatogrande y a conforme yo se la mandé. Eso, hecho aquí quién sabe si no habrá valido, aunque asina lo haiga dispuesto el señor Cura! Si otros juéramos, iríamos a pagala conform'es, en pasando la fiesta de La Carmela. ¿Por qué no vamos, m'hijo? Tenemos modo: no hay, agora, enfermos; no tenemos ningún otro inconveniente. ¡Echémonos esa, ole Higinio! Antes llevamos a Juan de la Rosa, y busté se distrae. Todo no ha de ser echar la jiel y los hígados, pa dejale a estas hijas, pautadas con esos jaitos.

—Qué te parece, m'hijita, qu'ello más bien sería conveniente, pero agora nunca sería fácil.

—Ya sé lo que va a decime—apara la mujer—: no hay tal roza ni tal casa. Casimira, con ese fundamento, nos cuida los animales y el arado, ordeña y nos hace todos los oficios. Eustaquia y ño Chalarcones, con tal que les dé buen cacao, la acompañan por la noche. La roza la pajarean los muchachos de Hilarión. Dende esta semana les damos las hilachas y una gorra, que tengo por ái, pa que armen el viejo del espanto. ¡Si ellos se mueren por rumbar honda y berriar en la roza! Se les da too los días dulce, arepas y quesito; y ái me los tiene en bunde.

—Pues bueno, m'hija. Vamonós, si le parece. Pero a yo no me meta en arreglos y güeltas: que no tenga más que ensillar, montala y montame.

—Yo hago todo, m'hijo.

Y sigue exponiendo y halagando, cada vez más entusiasmada. El viejo guarda silencio, se rasca la corona calva, y, de pronto, se alza del asiento y exclama como inspirado:

—Qué te parece, m'hija, que me viene una ventolera.

—¿Qué será Higinio? (alarmándose).

—Pes matar dos pájaros de la misma pedrada: nos vamos el lunes, y, después de cumplir la promesa en el Hatogrande, ganámos a la Villa, a la fiesta del Carmen. Yo siempre he amalayado esta dicha; pero, primero no teníamos recursos; y, después, con tanto oficio....

—¿No es por gorjear, ole?—pregunta, estudiándolo.

—De verdá, m'hijita: agusal de güevo perdido que se acabe de perder. Por unas dos semanas que dejemos de trabajar, no hemos de morinos di hambre. Vusté no conoce la Villa; y ya le he contaos los templos y las imágenes y las cosas, pa más lindas, que hay que ver allá y comu es de preciosa la fiesta de la Virgen. No he güelto a vela dende mediano, cuando mi agüelita Guadalupe me asentó en l'Hermandá. Allá pagamos los jornales y compramos, di una vez los hábitos pa que nos amortajen, y escapularios nuevos. Antes asentamos al Zarquito en la Hermandá, pa que le coja, dende agora, más cariño a La Carmela, y se haga bien devoto de las Benditas Animas. Mándele hacer mañana mesmo la ropita que meneste. Sí, m'hijita: no nos muramos sin danos algún gusto en la vida y dáselo al muchachito, que bien lo merece. La Carmela no si'ha de enfadar porque la dejemos aquí, por buscar la grande, allá onde tiene su templo y sus monjitas y el asiento de su Santísima Hermandá. La novena no se la interrumpimos con el viaje: en las posadas la hacemos y en la Villa la acabamos. Yo recomiendo al Maestro Aveli-

no pa que venga con los escueliantes a seguila aquí. La misa siempre me la canta el señor Cura y siempre me lleva La Carmela en procesión. Eustaquia la arregla, en su anda, como toos los años; arregla en l'iglesia la mesa pa ponela, y l'engalana el puente, con el arco. Yo reonomiendo a los Marines, que son Hermanos de la Virgen y de mucho fundamento, pa que me la carguen en la procesión y me la güelvan a traer. Sí, m'hijita: nos vamos, precisadamente.

—Pero qué tanta dicha, m'hijo!

—Mucha. Y va a conocer mi tierra de Copacabana, onde yo nací, y a la Patrona, la Virgen del Tránsito, que le he dicho. Allá verá un'imagen bien patente y bien preciosa. Y qué te parece, m'hija, ya ve que a yo no me daba naíta de gana de golver a ver mi pueblo, por no topame allá sin naide de la casa; pero, dende hace días, me van colando ganitas. Será por ir a deshacer los pasos. Y vea otra cosa, m'hija: allá en la Villa vamos a conocer a ese doctor Berrios, tan valiente, que ha resultao tan baquiano pal gobierno y que golvió a juntar, en el convento de la Virgen, las monjitas que echaron ajuera esos zurriagueros, tentados del Enemigo Malo.

Y se pasea y da vueltas y sale hasta el camino, con otra cara.

¡Higinio con estas, a tales horas, con toda la pereza que siempre le ha tenido a los viajes? Y Rumalda no acaba de admirarse. ¡Qué milagro! Consultaría con el señor Cura, para ver si su hombre podía llevar, a toda hora, la medida de la cabeza. Y no era el Señor Caído solo: La Carmela le había ayudado. Clava en el cuadro la mirada, junta las manos y ex-

clama transportada: "Te luciste, queridita de mi vida!".

La cazuela canta triunfante en la cocina; efluvios de yerbas fritas se difunden; en el puente de La Trinitacita suena el caramillo; Zorro salta del escaño, con la cola en rosca. Perro y rapaz entran con mil retozos y locuras: el viejo ha dado la buena nueva. Casimira sale y hace señas; los tres acuden: los tres a una, acometen, con el pedazo de arepa de todo el maíz, aquel par de huevos, ahogados en el charco ardiente de un platoncillo de naranjo. Viene, después, la frijolada, y, por último, las postreras leches, en sus medias calabacillas, y las totumas de mazamorra, con sus cucharas de palo.

Es la una.

Con el último bocado salen al pueblo a contarle todo al señor Cura y a sacar, en la tienda de don Justo Timoneda, las ropas para los ajuares del Zarco. Se exime a éste de la sesión escolar de esa tarde venturosa.

El milagro continúa, cada vez más patente: el señor Cura aprueba, felicita y autoriza la llevada perpetua de la medida; don Justo, no se diga! Es uno de los magnates del lugar y sostiene su nombre con mucho garbo; tiene compañía de ganado con mano Higinio, y ve en él, lo mismo que el párroco, un caso raro de buena fe y de mejor conciencia. En la tienda está con él, cuando entran los campesinos, doña Josefita, su mujer, bondadosísima matrona, grande amiga y admiradora del Zarco.

Ambos los instruyen, les informan sobre hoteles y posadas, les ofrecen desde dinero hasta peón, fondos en La Villa, avíos de montar... de todo. La maestra

Antonia, sastra infantil, que viste la chiquillería de los gamonales, es llamada al punto. Hará todo, con sus nietas y su nuera, en el término perentorio.

Con los afanes del viaje no prepara mana Rumalda las ventas dominicales, y, mientras el viejo duerme tranquilo con su medida puesta y su resolución gallarda, la vieja y el niño se desvelan. El domingo comete ella mil calaveradas: le compra al Zarco rosario de cuentas gordas con engaste repulgado de acero, y Medalla Milagrosa, muy plateada: le compra carriel, bordado en angeo, con perro de relieve, buen monte y cargaderas de vistosos floriloquios; le compra bufanda de lana, tejida a mano, combinada de blanco y rojo, en forma de chuspa y con borlas de gusanos en las puntas.

Fidelina, que ha cantado la palinodia, se arrepiente al ver aquello, de haberse arrepentido.

A las cuatro de la mañana siguiente, salen de la finca. Va mana Rumalda, caballera en su jamelgo rabicano y trochador, en que hace sus excursiones por la montaña para visitar a sus hijas. Lleva sombrero enfundado, fundón flamente de marsella negra y capa volandera de merino, con solapa de pana azul de cielo. Monta mano Higinio el mulo pavo de don Justo; sacudido y golpeante el carrelón de vaqueta con pintorrajos negros; las espuelas, de rodaja magna, resonando; flotando la ruana pastusa a listones azules; la medida, bajo el pañuelo rabo de gallo; y encima, muy atarugado, el castor con funda impermeable. El Zarco, con el flux nuevo de diablofuerte, los arreos propios y los avíos ajenos, se mira y remira la bufanda, ensayando mil posturas en Pergeño, el caballejo negro del último Timoneda.

Llevan, otrosí, "peón de estribo", con maleta y mochilón henchido de comestibles.

No han pasado de las goteras del pueblo, cuando sienten, hacia atrás, el trajín de un jinete y una voz que les grita:

—Sacramento el altar, compadres!

—¡Por siempre sea alabado y bendito!

Es Restituto, el marido de Isidora. Se explica: a última hora ha resuelto viaje a La Villa, al arreglo de una saca de carga desde el río; y aprovecha la ocasión para acompañarlos en toda la correría y ayudarles siquiera a ver las bestias, que en La Villa daban mucha lidia.

La vieja huele el tocino: "Cucaracha en la postre-ra", se llamaba eso; no había tal carga ni tal ayuda. Todo era por vigilarlos, a ver si iban a hacer el testamento. Cavilosos y sofísticos del diablo! Pero imposible que el Señor Caído y La Carmela se fueran a deslucir a última hora!

No lo parece: Restituto viene tan festivo que hasta para el intruso tiene amabilidad y charla:

—Conque de mucho viaje pa La Villa, hombre Zarco? Pues prevenite, porque en ese cañón vas a sudar hasta el tútano.

V

Son las ocho de la mañana del martes siguiente. Los viejos acaban de cumplir la promesa y se han provisto de nuevas medidas con varias docenas de los hiladillos salvadores, que han de librar de las asechanzas de la locura el amenazado cerebro de ma Higinio. Aún les corren las lágrimas de aquella emoción sacratísima que, como huracán los ramajes, ha sacudido sus almas de creyentes. Como quien paga intereses por deudas atrasadas, se les ha ocurrido, en el rapto de adoración, agregarle a la promesa algo así como una despedida. En ello están, a tales horas. El adelante, ella atrás, se arrastran de hinojos, cirio en mano, en torno de la urna que guarda la imagen milagrosa, visitada por tantos peregrinos. A cada vuelta, besan el suelo y alzan la vista, para ver de grabar en su memoria, hasta su muerte, el cruentísimo cuerpo derribado, los ojos mortuosos, las muñecas desolladas, el rostro cárdeno, las espaldas y las rodillas en carne viva y hasta la zoga y la columna tinta en sangre.

El Zarco, arrodillado frente a la urna, siente uno como pavor religioso ante aquellas prácticas que jamás se imaginara. La misma efigie le inspira cier-

02 TOMAS CARRASQUILLA
to miedo. El entusiasmo por las palmas de corozo, los mangos y los pomales, toda la impresión de la tierra caliente y del cañón bendecido del Aburrá, se le van convirtiendo en estreñas melancolías. Restituto, que ha asistido a lo esencial, los espera en el atrio fumando su tabaco. Al fin se alzan los viejos, fatigados y sudorosos, ponen los cirios en los candelabros y, haciendo reverencias, vueltos hacia el Cristo, salen por una de las puertas laterales, como desvanecidos en un ensueño.

Hatogrande era en ese entonces una aldea arcadiana; la iglesia, originaria de la población, se destacaba en el centro de la plaza, con su huertecillo atrás y sus cipreses. Aunque insignificante por su construcción, guardaba la poesía del pasado y la historia del lugar; pero este viento antitradicionalista, que sopla en Antioquia, de algún tiempo acá, destruyó el templo en perfecto buen estado.

A las dos de aquella tarde caldeada, parte la caravana de la tierra nativa de ma Higinio, después de él verter algunas lágrimas y de visitar los cuatro la admirada Virgen del Tránsito. Antes de las cinco, divisan desde Bermejál la soñada Villa de la Candelaria.

—Véala, m'hija.

—¿Y eso qué lay'e pueblo, es, pues? Eso parece un monte, mesmamente.

No mentía: todas esas barriadas circundantes eran en el año de gracia de 1866, dilatadas y espesas arboledas. Apenas sí sobresalía del bosque la torre de la iglesia mayor y la blanca espadaña de San Juan de Dios. La de San José no era entonces para tanto; la puntiaguda de La Cruz no se distingue, a

lo lejos, por su negrura; las otras tres de aquellos tiempos piadosos, jamás se han alzado a mayores.

Toman por El Camellón, única entrada por el Norte, en ese entonces. Al pasar a la vera del "Cementerio de los Ricos", lo ven abierto y con mucha gente. No es posible dejar a tantas ánimas sin un padrenuestro. Restituto y el peón se quedan a la vela de las bestias, porque "en La Villa le roban a uno hasta la lengua, si espabila". El viejo y el rapaz se cue-
lan. Quédase ella en la puerta con más curiosidad que devoción; pero no se aguanta un segundo. Renca y todo, avanza hasta el centro, con su capa y su sombrero, para ver de cerca eso tan grande e imponente, que blanquea entre cipreses. "¿Sería esa la sepultura de algún cristiano go alguna iglesita go algún altar?" El viejo le explica y ella repone des-
concertada: "Hasta pa que los entierren son confiscados estos ricos de La Villa. ¡Virgen Santa! Hasta talanqueras de jierro ponen pa que no los pisen".

El se arrodilla; ella contempla en pie aquel colmenar de bóvedas, los cipreses y la torrecilla del humilladero. El Zarco, entretanto, trasiega por una galería; admira lápidas; y, aunque apenas junta las letras, hace que lee con aires de turista observador. Comprende que al lado opuesto dan sepultura a un rico, y acude a ver. Qué admiración ante aquel ataúd, en figura de tronco, forrado con trapo y galones iguales a los del ornamento de ánimas de Tambogrande; qué sorpresa al ver que lo destapan y que aparece el difunto, tan galán y con guantes; más qué espanto cuando le echan paladas de cal hasta taparlo. Y, luégo, tantas señoras, tantísimos señores, como en día de renovación, y con cadenas de oro. ¿Se-

rían sombreros esos tarros negros que llevaban en la mano? Ah, cosas las de La Villa!

En esos días de julio, que tienen trece horas, es aún muy claro cuando entran en la ciudad. Al pasar por los grupos de esquinas y zaguanes, mana Rumalda da las buenas tardes.

—Aquí no si usa saludar, comadre,—advierete el yerno—. Se van a reír de vusté.

—¿No si usa? Imposible que sian tan faltos de crianza.

Llegan a la casa de doña Mercedes Salazar, donde dejan bestias y avíos, y siguen hasta el hotel de don Joaquín Escobar, a quien vienen muy recomendados por don Justo Timoneda. La vieja llega “como pasada por un mayal”; y, en cuanto le señalan la pieza, toma cama.

El Zarco viene muy advertido de que en esta enormidad de La Villa se pierden las gentes hasta de día; pero, no bien come, se asoma a la esquina, y no resiste a la tentación. Mas, ¿por dónde cogería? Los pocos faroles que en aquel entonces alumbraban el centro, no se han prendido; con el foco lunar le basta y sobra a la villa monástica. Divisa, allá no muy lejos, una torre; pero no se atreve a avanzar. Con la inconsciencia infantil y su natural despejo, no siente el encogimiento del aldeano que debuta en ciudad. En las puertas hay grupos de señoras, sentadas en banquetas; en la esquina, tertulia de señores, presidida por don Joaquín, recostado en su silla frailería; en la calle y andenes, travesuras de rapaces, chillando, prendiendo “fósforos de cera de la fábrica del Diablo”, tirándose con lo que topan,

tumbándose unos a otros. El Zarco se pára a observar.

—Vean a este mono de bufanda—salta uno.

—Vendeme los cachumbos—chacotea una morenilla muy endiablada.

—Caso los truje pa la venta, niña (muy festivo y pillín). Mas sin embargo, si busté los quiere, treiga las tijeras.

La réplica sugiere, y héteme al Zarco rodeado. Entre hostiles y divertidos, los examinan y reportean. El da cuenta de todo muy despercudido. Su figura, su gracia, su mismo hospedaje, van ganando los corazones, a pesar del atalaje pueblerino. La morena le sacude el abultado carriel, y dice, fingiendo mucha admiración:

—Usté trujo mucha plata, Juan de la Rosa.

—Tan siquiera tres pesos completos, ajuntando lo que me dieron el señor Cura y doña Josefita y mana Casimira y lo que yo tenía en la alcancía.

Tres pesos! Oh, prestigio fascinador del dinero! El Zarco se encumbra.

—Trujo más—exclama la rapaza, burletera.—Hasta cartuchos de pesos trujería. El carriel le pesa mucho.

—Es el pañuelo, niña, y el capador, y cera, y otras cosas ái.

De examen en examen, llega a sacar el caramillo y a tañer "La Cachumbona" y "La Pisa". Don Joaquín, que es un viejo campechano y jovial, manda que se acerque, pide pieza y cárame a Juan de la Rosa en el Tabor. Mano Higinio, que está en la puerta, le hace señas. El viejo manda; el niño suplica;

don Joaquín se entera, y, llamando a un negrito, paje del hotel, le ordena.

—Andá, Castor, acompaña al monito a dar una vuelta por aí, y mostráله todo. Déjelo ir, compadre Mira, que nada le sucede.

—Pero es ñor don Joaquín, que tuavía nu hemos hecho la novena.

—Que l'haga mañana dos veces. Déjelo que vaya conociendo.

No se dejan repetir la orden. Salen como viejos amigos, cual un pacto del Congo y de Georgia. Llegan al puente de Palacé, que eran unas vigas con travesaños de tablas. Quebrada en la mitad de la Villa? Cosa más rara e inusitada. En el caserón, esquina nordeste de la plaza, de un solo piso en ese entonces, se oye música. ¿Qué sería? Castor explica. ¿Piano? No lo había oído mentar siquiera. Ambos se pegan a la celosía, y algo entrevén. Tanto se embelesa el caramillero, que no quiere ver desde allí lo que le indica el negro. ¿Qué Gobernación, ni qué "Casa de las Monjas", ni qué Iglesia Mayor! No está sino para aquella serenata de "La Castañera". ¿Qué tan bueno sería eso, tocado a dedazos, lo mismo que el melodio de su pueblo! Y qué tanto sabría esa señora. Si él pudiera retener esos sonos, cómo los sacaría de lindos en sus popos. Y silba, por ver de seguir el aire.

Cesa el piano, y prosiguen. Sólo la pila, con sus dos tazones, sus "cuatro diablos", y sus ocho chorros, le sacan de la obsesión castañeril. Y cómo brilla, al fulgor de aquella luna, el salto pujante del pináculo. Recorren el redor de la plaza para admirar los balcones y la fachada del templo. Más que

los edificios, le maravillan las bombas que cuelgan de las soleras, los vidrios de las puertas, las campanillas de los trasportones y los tantanes de hierro. Estas cosas, unas de mano con bola, otras de rosca con mascarón, esotras de lagartijo, le fascinan... Castor le explica el uso, y El Zarco, aunque con maña, no prescinde de hacerlas golpear. Ante la "Botica de Peña", le espera otro pasmo. "Mismamente una ringlera, hecha con los candeleros de la iglesia de Tambogrande"! Es la barandilla de cristal del mostrador. Otro pasmo, ante la casa de "Tres altos" las pelotas de cristal, a dos colores, con que rematan los balaústres de esquinas y divisiones; las botijas de porcelana floreada, que oscilan, cual incensarios, desde las últimas tribunas; las canastas de grandes cuentas, suspendidas del interior de los dinteles; las pantallas, con luces, de una araña, que desde el lado frontero se divisa; el aspecto todo de aquella fábrica, que El Zarco tiene por ciclópea, se le antoja, más que morada de seres humanos, un tabernáculo engalanado para Cuarenta horas, mucho más hermoso que el de la iglesia de su pueblo, cuando lo adornaban doña Ambrosia, Eustaquia y la chata Miranda.

Aunque diversa a las anteriores, siente otra admiración ante el frontispicio de la Vera-Cruz y sus pilastras complementarias que pasaron a la historia. Eran de la misma piedra que la torre, y, dándole unidad a toda la construcción, demarcaban la esquinera plazoleta. Aquello tan negro, tan lamoso, tan enyerbado, trunco aquí, rajado allá, le infunde temores. Tan viejo y tan triste se le hace, que le

da como lástima y ganas de rezar por las benditas ánimas, lo mismo que su taita.

En efecto, aquel recinto toledano era tan miedoso que la Sociedad de Mejoras Públicas, en su estética y sabiduría, tuvo a bien despejarlo y echó a tierra las pilastras, para que la gente no se espantase. Lo malo fue que, en su reemplazo, levantó un busto pavoroso y rodinesco: la última mueca del héroe del Bárbula.

El cicerone le cuenta de la cercana confitería de Basor, y allá se van. El forastero compra cuartillo de colaciones y cuartillo de paciencias, que comparte con el gran Castor. Con tal refuerzo bajan hasta San Benito. Otro piano y otro éxtasis. Suben luego por San Juan de Dios y Carabobo, hasta el Convento. De clausuras místicas no tenía ni mínima noticia, y aquella manzana murada, que no tiene por tres lados ni un triste ventanuco, le inspira, también, algo melancólico y religioso. Qué tan particulares y queridas eran las monjitas, siempre encerradas con la Virgen! ¡Quién pudiera verlas! Serían tan lindas como la Santa Bárbara, patrona de su pueblo. Tal vez llevarían corona de plata y aritos largos columpiándose.

Su iglesia y su plazoleta, entonces con pilastras, a hilo con la calle, nada le hubiesen sugerido, a no saber que ahí dentro estaba la Carmela grande, madre de todas las Carmelas chiquitas, de quien iba a ser cofrade desde el siguiente día. Ahí le reza, si quiera uno de los siete padrenuestros, aquel de la "terrible lanzada", cuyo ofrecimiento se le hace tan patético.

Nada le dice la Plazuela de San Roque, ni tál le

parece; mas, al llegar a la cuadra del Comercio, experimenta el pasmo de los pasmos. "Esta es la India matando el tigre. Es toda de fierro", enseña el negrillo, orgulloso de su saber y de las maravillas de su tierra natal.

Destácase, en su repisa, entre dos puertas, no sé si por ornato o por avisos de comercio. Lo último, acaso: los géneros de esa casa la llevaban, entonces, en su etiqueta. Entre la india, el caballo y la fiera, no sabe con cuál quedarse. ¡Cómo sabían estos herberos de la Villa!

Esta reproducción de La Amazona de Cánova, luce aún, por ahí en algún almacén de lujos masculinos; pero le han retirado los honores de la etiqueta.

Si todo esto era de noche y en la calle, ¡cómo habría de ser en pleno día, y dentro de las iglesias? ¡Cómo serían aquellos santos y aquellos ciriales? ¡Cómo aquellos monarcillos y aquellas renovaciones? Hacen planes: al día siguiente, en cuanto hubiesen despachado sus respectivas diligencias, lo llevaría Castor a conocer esto y aquello y lo de más allá.

Hace rato que han doblado las ocho en la iglesia Mayor y mana Rumalda es presa de la angustia. Valiérale La Carmela con las determinaciones de don Joaquín! Juan de la Rosa no se habría perdido, "en este laberinto"; pero acaso le habrían robado el carrriel y la bufanda. Y ¡quién sabía si ese negrito tan zalamero y dientes de quesito, era buena compañía?

Cuando llegan se levanta la tertulia de don Joaquín, discurren por la calle, señores y señoras muy principales; ellos, de sombrero de copa; ellas, como unos paraguas, tumbando niños con la armazón de la crinolina.

El Zarco lleva su reprimenda con todo y pellizcos; y.... a rezar la novena, el grandísimo vagamundo, y a prepararse para madrugar a confesar y comulgar, a fin de asentarse en la Hermandad. ¡Buen principio: Mataperriando, calle arriba y calle abajo, hasta media noche, en esta Villa tan peligrosa!

Son las nueve, y, aunque a ella le parece tardísimo, emprende la novena; pero ¿de dónde devoción con ese molimiento y ese sofoco? Sueño, menos: mientras ma Higinio y El Zarco roncan, como bienaventurados, ella, suda que suda la gota gorda, se revuelve en el rincón de aquella cama, que se le hace más extraña que la de Hatogrande. ¡Qué horribles eran las posadas y qué infernal el calor de la Villa de la Candelaria! Y qué picazones más condenadas! Pues ¿y ese enemigo de la puerta? Si la cerraban, se asarían, “que ni arepas al rescoldo”; si la dejaban abierta, cualquiera vendría a robarles, si no era que se colasen los murciélagos a chuparlos, o a picarlos algún gusano barbadindio, o uno de estos de pollo tan medrosos. Horrible era la tierra caliente, aunque hubiese tanto árbol, tanta caña y tanta estancia. No había, para vivir, como esas sus verdaderas frescas de Tambogrande.

Y ¡qué pulguero más cabeciduro y canónigo! Hasta alacranes ponzoñosos y brujas malinas cundirán en esta Villa. Bien se lo había pensado ella: la comida de aquí tenía que hacerle daño, precisadamente. Ese ajiaco, con tanto gordo, y esa presa tan compuesta, que les habían servido, los sentía enteritos, en la propia boca del estómago, con todo y ese azafrán tan colorado. Y venir a ver: tanto potaje y cuidados, para salirles con unas uñas de arepas y no po-

nerles postrera. ¿Dónde se ha visto comida sin postrera? Cosas más particulares las de esta Villa. Con tal que no se fuera a enfermar... Pero imposible que el Señor Caído y La Carmela salieran con esas, a estas horas, porque hasta Restituto le había alcanzado el milagro. Cómo había estado de formal y de cariñoso en todo el viaje! Si no sabía cómo ponerlos a ella y a Higinio. Y ¡cómo mimaba a Juan de la Rosa! Tal vez ni a vigiarlos habría venido: ella era, también, medio sofística, en ocasiones. El se había ido a otra posada, más barata; pero les había prometido acompañarlos y ayudarles en todo. Estaba inconocible el yerno.

El patrón y la patrona del hotel, a cual más formal y más sin orgullo. No les habían sentado en esa mesa, con tanto huésped de tono. Pediría que les siguieran sirviendo en el cuarto, porque viejos sin dientes mascaban muy feo y ni ella ni Higinio sabían el manejo de tal tenedor ni cortar con garbo. Si tenían su buen avío, con sus tres pañadoras finas, era para cuando iba el señor Cura, a comer el frijol verde con tocino y la guagua sudada; pero lo que era ellos, no habían usado, en su vida, esos embelecos, ni aun cuando estuvieron en la mayoría de las minas de "El Criadero"; pero allá verían al Zarco: "ya lo vía en la mesa, entre tanto blanco, echando jierro a dos manos, lo mesmito que el señor Cura, porque ese sí era la criatura más entendida y más tremenda". Hasta en eso le salía lo blanco de su familia. ¡Pobrecito su Zarco! Con tal que esos taitas tentados no se lo fuesen a llevar antes de que ella e Higinio muriesen. Si tal pasaba, que le abriesen al viejo la sepultura. Pero el Señor no había de

permitirlo. Ya, desde Hatogrande y Copacabana, le venía haciendo la petición; y puesto que Dios concedía cuanto se le pidiese, a quien entrase por vez primera en cualquier templo, mal podía negárselo a ella, que había entrado en dos e iba a entrar en siete. ¿Qué no se alcanzaría con nueve peticiones? Y no era mal pedido, estaba cierta: después de la salud de Higinio, del arrepentimiento y enmienda de sus yernos Caliches y de sus hijas pactadas, ¿qué otra cosa podría desear que tener a Juan de la Rosa, mientras viviesen? El pobre Higinio, como era tan fatalista, vivía siempre con este susto encima. ¡Pobre su viejo, tan querendón y tan corazón de pollo! Pero, milagro como este...

Le toca la cabeza y le arregla el hiladillo milagroso.

Interin, pasa por la del Zarco, como una película de todas sus nuevas impresiones, en un mundo fantástico de penas y de goces indecibles. De pronto se derrumba por un despeñadero, y, antes de caer en tenebrosa empelunca, da un grito y despierta, presa del espanto.

—¿Qu'es, mi Zarquito, por la Virgen?

—Taba soñando.... ái bobadas, algo miedosas.

—Sosiéguese y repase las cinco cosas y desamínese, pa qui'haga una confesión muy bien hecha.

Ni por esas despierta ma Higinio.

No ha menester el chico que le ordenen el examen: desde antes de dormirse, se le insinuaba un caso de conciencia, y, ahora, al despertar, se le precisa categórico. Castor no es buena compañía: dice palabras feas y echa ajos, como Patimocho; y, como Patimocho, cuenta cosas malas. ¿Qué hacer? Si calla,

peca: si habla, no lo dejan salir con él, y no acaba de conocer la Villa. Reza, suplica, implora, y, de pronto, le manda La Carmela la gran luz. ¿Serían obsequios? ¿Sería un real o todo junto? En fin, no incurriría.

Un silbo agudo y luégo otro, y después otro llegan hasta ellos, en el silencio de la noche. A ambos les parece cosa insólita y fatídica. ¿Qué misterios tan impresionadores los de la Villa!

Mas no se comunican sus temores; y, al fin y al cabo, logran dormirse.

Cuando las madrugadoras cocineras se levantan, ya vuelven de la alberca los tres campesinos, muy lavados y peinados. El Zarco estrena el flux blanco de dril: la señá Rumalda se envuelve en sus merinos míseros y se ata con el chumbe esa saya, que sólo en la iglesia ha de tapar los broncos pies. Ma Higinio se ataca los prehistóricos pantalones de paño de San Fernando, desenfunda el sombrero, se arregla la medida y el pañuelo cabecero; y, con la ruena consabida, terciado el carrielón, suelta la blanca camisa, que betea el azul de Prusia, se pone en carácter urbano y en atalaje de renovación.

No bien las fámulas les abren, se lanzan, todavía oscuro, por esas calles de Dios, cuya yerba refresca el rocío. Tal cuál obrero, tal cuál sirvienta. Los serenos velan, en esta hora suprema de los rateros, y El Zarco y la vieja se instruyen en lo del silbo pavoroso. Admírase ella de ver todas las casas todavía cerradas. ¿Cómo harían para trabajar estos villanos, si dormían hasta tales horas? Llegan a la plaza. La vieja se maravilla. Ninguno de los que vi-

vían en esas balconadas se iba a salvar. ¡Cómo gozarán estos ricachones!

Restituto se les une; y, como no confesarían antes de las seis, determinan dar, antes, una vuelta. Lejanos, cercanos, aquí, allá, se oyen cantos de gallos y algarabía de pájaros; soplan ráfagas de perfumes; aún alumbran las estrellas; mas por las cumbres de Santa Elena no despunta ningún albor. Andando, andando van hasta la quinta de don Juan Uribe, que entonces remataba la carrera. ¡Virgen santa, qué casa! El jardinero, que barre a tales horas, les da permiso de entrar hasta la escalinata. Ya relumbran aquel par de enormes bolas que decoran la baranda, en las que se veían las caras más feas que en una cuchara. ¡Lástima que no se hubieran usado, en ese entonces, las bolas de la felicidad! Mana Rumalda se lela. Lo que era en esa finca no se salvarían ni los gatos. El Angelus los saca del éxtasis. ¡Qué dicha saludar a la Virgen entre esos perfumes y en aquella jardinera! Y se postran de rodillas en el empedrado de la avenida, junto a la fuente. El Zarco, disipado, por el “muñeco que gomita bocarriba”, ni reza ni se acuerda de la confesión.

Al salir, sienten un ruido verdaderamente azaroso; una fila va avanzando, entre hombres armados; el retintín se acentúa; al chico y a la vieja se les enfría el cuerpo.

—¡Y eso qué contiene, m'hijo?

—Esos son los presidiarios, que los llevan a trabajar en los caminos.

—¡Citos de mi vida, los infelices penaos! Hasta haberá ái casaos y con familia.

—Y ¿por qué los llevan, taita Higinió, maniaos, con jierro y con esas cadenas y ese tolete cargao?

Como ni el suegro ni el yerno contestan, la vieja murmura vacilante:

—Haberán robao... go, tal vez... matao algún cristiano. Quién sabe, Zarquito! Ya ve, pues, pa que le pida a mi Diso lo libre de una mala hora.

¡Qué espanto el de aquella criatura!

La primera noción del crimen y su castigo entra como un puñal en su conciencia; y él, tan comentador y comunicativo, no agrega una palabra sobre el asunto, y habla, ya muy instruído, de la enormidad de Medellín. A la vieja, por lo que columbra, se le hace Babilonia inconmensurable.

La capital del entonces Estado Soberano de Antioquia era, en aquella época, una población de quince mil habitantes, con todo y sus fracciones. Carabobo y Ayacucho, las dos vías más largas que la cruzan y de las cuales páрте la novísima división, medían: seis cuadras la carrera y diez la calle. Tenía, como las patas de una araña y con edificación muy dispersa, el ondulado "Camellón de la Asomadera", La Alameda y La Quebrada Arriba, como salidas a los cuatro vientos; como colateral, la calle de Guarne, un poco más cuajada que los camellones; y, como aditamento, el largo y caprichoso Niguateral, destruído en partes y en otras embebido en la actual edificación. Al redor de estas vías y de sus términos, sólo existían conatos infelices de calles. Todo esto que trepa y se disemina circunvalando del Norte al Oriente; el Carretero que se alarga atrevido por su planicie; Guayaquil que se desparrama arriba y abajo, por la suya; el Parque de Bolívar; todos estos barrios que

hoy avanzan por doquiera, estaban en la mente de Dios. Varias quintas, que se ha ido tragando la población, quedaban en pleno despoblado, muy distantes del casco urbano. El río sólo tenía el puente de Colombia y la Santa Elena el "Puente de Arco", el de "La Toma", y los de palitroques de Junín y Palacé. A pesar del comején progresista, había aún muchas casas coloniales, con su portalón y sus ventanas de fierro las señoriales; con puertas y ventanillos de mala muerte, las restantes.

Al tenor de las habitaciones, el mobiliario y los enseres. En las de tono, arañas enormes, espejos enormes, cromografías enormes; sofás que llenaban un testero; mesas de patas rectas y a torno. Camas descomunales de columnas, cielo con plegadillo radiado y altas como pulpitos, eran el orgullo de las señoras, con sus damascos de madroños y caireles, con sus holandas de bordados y encajes. En el comedor campeaba el armatoste para la vajilla y para el par de tinajones, que decoraban, por todo el barro, con pétalos pegados con agua; en un clavo se colgaba el jarro de picos, de la pura hojalata. En los patios, cantaba el surtidor, entre mirtos y granados, icacos y pluma de la reina.

Las casas de medio tono eran el reino de los asientos de cuero, con guadamacil o sin él, de los tarimones tendidos con tapetes o vestidos con zaraza, de esterillas al pie de los grandes muebles, de los caracoles marinos cuñando las puertas, de las mesillas ramplonas con bagatelas peseteras, del mesón redondo para el centro, con su cubierta vistosa, el álbum de fotografías, la caja de música o el chisme de flores de papel y flechas de cañabrava. En todas, mu-

cho santos y retrato al óleo, a quienes la Santa Inquisición del Modernismo ha mandado al desván, a los asilos y a la hoguera.

Si todavía nos quejamos de la simplicidad de nuestras costumbres, ¿cuáles no serían en aquellos tiempos, medio patriarcales? Rarísima era la casa visitada por extraños, y tan contadas las diversiones sociales, que un baile hacía época; en "El Coliseo", echaban, de vez en cuándo, comediones de aficionados; y sólo en el año a que nos referimos, vino a la tierruca la segunda "Compañía Española". Se hacían paseos vespertinos o dominicales, por círculos casi de familia. Las señoras del cogollo iban a bañarse al río, en atalajes casi hogareños, y volvían con el cabello suelto. Nunca faltaban, en cada calle y cada tarde, tertulias de señoritas en los portones, muy acomodadas, adentro y afuera, en asientos bajos; y allí se reunían las vecinas más admiradas. Los pobres pretendientes tenían que amar de lejos y decirlo todo con ojos muy moderados, porque una niña en coloquios, ventaneos y señas, no era entonces concebible.

De clubs y casinos, no se tenía noticia. Escasas y medio desdorosas eran las cantinas, y no abundaban los billares, aunque no faltasen timbas clandestinas. No se conocían vehículos rodables, y la diosa de Cíteres cuando más tendría por ahí alguna humilde capilleja. Así es que los mozos de rumbo y los pepitos, disfrutaban del sol de la juventud montando sus corceles, paseando por La Quebrada Arriba, amando en secreto y casándose en público, y todo ello sin el riego trasfigurante del licor, sin los ensueños del libro.

La chiquillería tremenda, vestida con desperdicios

de los mayores, merced a los inventos maternos, se iba por tandas a bañarse al río, a darse los atracones de guayabas y naranjas, a diablear por los ejidos, al juego de corozos o a la elevada de las cometas. Las rapazas hacían comiditas los domingos y celebraban, con mucha pompa e invitaciones, el matrimonio de la muñeca Fulana con Zutano, el de la vecina.

Los cachacos rompían levita y sombrero de copa, a toda hora, y, los domingos, pantalones de galón bordado a mano, chaleco de terciopelo de flores y camisa de rizo o bordaduras.

Las damas, como siempre, se pirraban por la moda. Claro que antaño vendría hartó más atrasada que hogaño. Como las mujeres modisteras son las únicas que desobedecen al clero, llevaban, en ese entonces, aquella moda escandalosa y maldecida que dio origen a sermones arrebatados, a levantamientos de penitentes en el confesionario, a expulsiones en colegios y cofradías, a bundes y canciones populares.

Y vaya una muestra, con esta caña en retahila:

**“De los usos que han venido
la crinolina es la tapa;
se quedaron en palotes
la cotilla y la solapa.
Por más que sea prohibido,
es un uso que conviene,
la que no tenga hormadoras,
con la crinolina tiene.
Y si aprovechan los rejos,
los bejucos y varillas
y amazones de paraguas,
quitasoles y sombrillas.**

**Pero la legislatura
de clérigos determina
que es por siempre maldecida
la que tenga crinolina".**

Así y todo, las gastaban estas señoras, que no había acerca que les diera espacio: apenas sí cabían por los zaguanes. Y qué modo de encumbrarse aquéllo, atrás y adelante, al pasar por estrechuras. Pero hasta esa abominación, inventada por el mismo diablo, tenía su lado moral y restrictivo: en el baile quedaba el galán a vara y media de la dama, y sólo la punta de los dedos alcanzaba al talle codiciado.

Con este aparato del Segundo Imperio, derivación del tontillo del siglo de Luis XIV, vinieron aquí los pañolones de punta redonda, a estilo de capa, y vinieron las resonancias medio heréticas de las glorias itálicas; una puntadilla, muy complicada y muy en boga entonces, se llamaba Garibaldi; Garibaldi, la blusa roja y englobada que llevaban las bellas, a imagen y semejanza de la del héroe antipapista; Garibaldina era el nombre de una polka muy afamada; y el solferino heroico, conmemorante de la sangrienta batalla, escandalizaba por todas partes, pues toda mujer que se estimaba en algo, tenía de ostentar su poco de solferino. Esto no se oponía a que todas usasen, para calle y diario, telas de humilde algodón y pañolones llamativos de lanilla.

Como remotas derivaciones de Lancaster o de Simón Rodríguez, no escaseaban escuelas y colegios, públicos y privados, para ambos sexos; mas de pedagogía, propiamente tál, se ignoraba hasta el nombre.

A más de la imprenta del Estado, existía la de Bal-

cázar; a más de la "Gaceta Oficial", salía a luz "El Pueblo", semanario político literario. En cuanto a bibliotecas y difusión de libros, no eran tan raras, dada la época.

Tal era, física y moralmente, la metrópoli que tanto admiraba a la señá Rumalda.

Después de reconciliar los viejos y de confesarse El Zarco, en la Iglesia Mayor, se van a comulgar al Carmen, escudados por Restituto. Por el novenario, las misas son cantadas, está la iglesia de media gala y destapado el hondo camarín de la Virgen fundadora.

Ahí aparece, entronizada y gloriosa, con El Niño en el brazo izquierdo, el doble escapulario en la derecha, el rostro pálido y compasivo, humildes los ojos y en tirabuzones el cabello, bajo la imperial corona. Viste, como sus Hermanos, el modesto hábito de estameña oscura, con su tira pectoral y sus insignias. Hasta seis de sus grandes servidores, la adoran de hinojos a sus pies: a la diestra, los santos, las santas a la izquierda. El conjunto resulta seductor y armónico.

Contemplar los viejos la Carmela de las Carmelas y largarse en llanto, es todo uno. Después de él volverla a ver, después de ella conocerla, de rezarle los dos las preces de su Hermandad, de pedirle favores especiales, ¿qué mayor dicha esperaban en la tierra?

Mientras los viejos levantan las oblaciones de sus lágrimas, Restituto logra salirse y El Zarco se distrae con la estructura y ornato del altísimo tabernáculo, con el ingente sagrario de plata, con los altares tan labrados y dorados, con las pinturas murales, con tanta imagen, y, más que con todo, con el arcángel

apocalíptico, que se empina, en un solo pie, rígido y fantástico, embocada la trompeta espantable, sobre el tornavoz del púlpito. "¡Cómo sería de linda la pieza que estaba tocando, en esa chirimía de oro!" Tampoco le dejan rezar los caballos de Santiago y de San Jorge, que blanquean, muy briosos y crinados, allá entre las complicaciones de sus enormes lienzos y de sus marcos de arte prolijo y amanerado.

Al Zarco le parece un sueño tanto oro, tanta policromía, tantísimos ornatos y relieves. ¿Quién haría todo eso? Plateros, carpinteros o lo que fuese, eran unos calientes estos artesanos de La Villa.

No engañaba al Zarco su instinto artístico: el interior de aquella iglesia era un documento arqueológico de lo más precioso. Todo el carácter, todo el misterio, toda la filosofía del arte cristiano hispánico, campeaba allí, en conjunto y en detalle, con la estabilidad de sus dorados, el simbolismo de sus pinturas y la solidez de sus construcciones. Era aquello un lujoso complemento al blasón con que ilustrara la madre patria a su leal e hidalga Villa de la Candelaria.

Pero aquí nos aterran las antiguallas: nuestro presente nos lo explicamos sin el pasado; nuestra historia no nos importa; aquí no vienen a mandarnos los muertos; lo modernísimo es nuestro lema, y... santas pascuas.

Todo aquel vejestorio, que se conservaba como abuela millonaria, lo modernizamos, y que aquello es. Por fuéera, nos quedó lo mismo que una trilladora de café, símbolo de nuestro progreso regional. La cal niveladora e igualitaria borró los pintorrajos interiores

de los muros; el tabernáculo, con todos sus camarines, columnas y cornisones, lo vendimos como leña. En su reemplazo, pusimos un altarico moderado, allá de un gótico no muy genuino, ciertamente, pero muy en boga en la ciudad modernizante. Verdadera obra de carpintería, no la desvirtuamos con pinturas ni dorados. ¿Cómo cubrir aquel camino precioso, aquel indioviejo peregrino, aquel pulimento de luna veneciana?

Jorge y Santiago fueron a templar a los zarzos del monasterio con todo y sus caballos, su dragón y su morisma. La Virgen española, que sólo una vez, por conflictos gravísimos de guerra, la sacaron del camarín, para llevarla en procesión, fue confinada al convento del Poblado; sus adláteres, dispersos en cortijos y caseríos. Eufrasia y Eufrosina, ¿dónde os escondieron? ¿A qué rincón te relegaron, Teresa de Jesús? Y vosotros, Simón y Alberto y Juan de la Cruz, héroes gloriosísimos del Carmelo, existís todavía? Y luego maldecimos de Mosquera, que apenas echó afuera religiosas, sin desterrar ninguna.

El gentío no cabe en la iglesia. La misa principia. El Zarco, al oír el invisible coro, acaba de perder la devoción. Hasta en pecado se siente, porque, debiendo ser ese cántico cosa del cielo, se le hace feo y destemplado. Como eran tan santicas y comían tan poco, no tenían ni alientos las monjitas de La Virgen.

La comunión es larga y complicada, por las apreturas. Terminada la misa van a sus diligencias carmelitanas. En la portería se encanta el chico con el torno, y en el locutorio se ingenia para columbrar algo interior. Repara que la luz baja de la estrella-

da cancela es un tanto ancha, y pegando la cabeza al suelo, alcanza a ver, en primer término, unos piecitos con alpargates; más distante, unas figuras, muy diversas a la de Santa Bárbara, la de Tambo grande; y, al confín, unas que cosen escapularios. Madre Rumalda, que le nota la maniobra, lo excomulga. ¡Bonito comienzo de Hermandad! Ella regañando, el niño con el escapulario vestido, y mano Higinió con el lío de los hábitos y la nueva patente, toman el portante, no sin que la vieja haya vuelto a subirse la luenga faldamenta. Van transidos de hambre, porque son las diez.

¡Qué día! Después de los afanes del alma viene la consecución de los arreos para Juan de la Rosa. Mana Rumalda entra en consejo con la patrona, su hija y su nuera; y, para ese "Zarco tan cuadrado", todas colaboran con buena voluntad. Llaman a Dolores Restrepo, famosa demandadera comercial; trae muestras; se eligen telas y sombrero; se busca a Gigantico, un sastrecillo casi pigmeo, para que haga el vestido cuanto antes. Castor lleva al chico a la barbería de Pimienta—última expresión de costo y moda—para que le urbanice la greña de arcángel.

Conseguido todo, tornan los viejos al Carmen y luego salen por ahí a la "conocencia". Teme ella que Higinió no se acuerde bien y "se entotume" y se pierdan en el "laberinto". A la admiración que le producen casas e iglesias, gentío y movimiento, comercio y atareos, lujo y modas, se une cierto espíritu de escándalo. ¡Qué indevoción y qué desenvoltura de estas villanas! Salir a la calle con ese pañolón, cogido en los brazos para mostrar todo el cuerpo por delante, siempre era mucha frescura. La moda consa-

bida, que apenas llevan en Tambogrande, y de tamaño moderado, la ñata Miranda y las Arias, se le hace en La Villa algo como una peste de inmoralidad y ridiculez. Mucha razón tenía el señor Cura. Y tantos como había en La Villa, ¿cómo permitían esas indecencias? Alcanza a ver dos de las pocas avanzadas de entonces, y ¡qué horror! Botarse a la calle sin pañolón, sin una pañoleta tan siquiera y con sombrero, como si fueran a montar. ¡Virgen Santa! Estaban tentadas del Enemigo Malo. ¿Cómo las dejaban sus madres salir así, como unas vagamundas escueliantas? Esas madres de arracacha le tenían que dar a Dios una cuenta muy enredada.

Los ardores de la canícula le aguan también el gusto: el pañuelo de colorines, colgado del chumbe, no le da abasto para enjugarse los sudores; los merinos pontificales la sofocan; el surullo del alzado es como cinturón de cuero; y aquellas bayetas, de aldeana tierrafría, que no ha tenido la precaución de sustituir por algo más ligero, la sancochaban las piernas "que ni vaho de yerbas calientes".

Apenas vuelve al hotel, compra cañafístula; la macera en una olla, con raspadura de panela; chorrea de aquello a dos totumas; y, marido y mujer, se entregan a las delicias de la toma. Si no, los "agarra el tabardillo furioso, y en La Villa quedan los botijambres de viejos". Hasta Juan de la Rosa arriesgaba.

Y ¿por dónde andaría a tales horas? Bien recomendado se lo había dejado a doña Fernandita; pero ñor don Joaquín era tan raro, que lo había empuntado a la calle, con el negrito. ¡Sabría Dios dónde estarían con ese resisterio! Siquiera había dejado el carriel y la bufanda. Pero el vestido nuevo ya lo ten-

dría hecho un cochambre. ¡Cómo quedaba de lindo bien mudado! Y eso que más bien lo habían dañado con la trasquilada de los crespos. ¡Valiente ociosidad! Doña Fernandita, sus hijos y nietos y, más que todos, ñor don Joaquín, estaban encantados con él. Bien lo había pensado ella: en el almuerzo, se había sentado en la mesa, lo más puesto en razón, a jalar tenedor, con todos los blancos. Si eso era visto: esa criatura ni montañero parecía. Mucho muchachito había visto en La Villa; pero ninguno tan lindo como su Zarco. ¡Vivirían aquí sus taitas? Lo sabría Dios. ¡Pobrecita madre! ¡Cómo estuviera con ese hijo!

En tales momentos se halla El Zarco en el río; acaba de bañarse, él solito, en escondido recodo, y se admira de que no caiga centella, al divisar las taifas de chiquillos chapoteando juntos y en pelota.

Al salir a la excursión le ha dicho al negro, muy definitivo y formal:

—Bueno, hombre Castor: como yo estoy comulgao y soy Hermano de la Virgen del Carmen y tengo que volver a comulgar el sábado y el domingo, no dice, delante de yo, dichos ni ajos ni cuenta cosas malas. Yo le doy tres cuartillos para que no diga ni cuente. Más bien me enseña canciones, si sabe.

—Bueno, niño: entonces le doy gusto; pero, eso sí, los tres cuartillos no los compramos en cosas pa juntos: son pa lleváseles a mi mama.

—¿Cómo no? Son de vusté solo. Tómelos de una vez (saca la chuspa casimirina y le da dos monedillas).

—Muchísimas gracias, niño. ¡Ah bueno pa vusté que tiene tanta plata! ¿Por qué no me ajusta el rialito?

El Zarco conviene y el negrilla agrega:

—Pero siempre compra pa juntos el rial de dulces, que dijo anoche.

—¿Cómo nó? Lo dicho, dicho.

—Pues, entonces, no subimos, primero, por San Francisco; y, en la pulpería de ña Justa Tapias, compramos un medio de cosas: nos dan dos roscas de pan de queso del Salado y dos pencas de panelas de leche, que no le digo niño: son casi de un jeme de anchas y de dos dedos de gruesas. Ña Justa nos encima plátano nuevo. El otro medio lo compramos onde las señoras Escobares; nos dan tres arequipes y tres güevitos de azúcar, que vusté no ha comido. Y allá verá que siempre nos enciman algo.

En las andanzas, el paniagudo cicerone le enseña “La Corina” y “El Mirto”, canciones muy en moda, fuéra de que el oído músico del montañero ha cogido trozos de “La Castañera”, que silban y cantan los granujas de la calle; y eso que en aquel entonces no existía el silbante y regocijado gremio de limpiabotas.

Ha conocido, además, varios de los personajes célebres de aquella época, en que no había asilo ni manicomios: a Ceguerita, el divertido, que decía cosas; a Manito, el espantable, que comía carne cruda; a Caifás, que hedía a todas las fetideces; a La Marota, salvaje y harapienta; a Encarnación, la sonreída, cubierta de flores como Ofelia; a la “Loca Dolores”, la más popular en la ciudad y gran barrendera y desherbadora, le coge, con todo y letra, sus retahilas cantadas y personalísimas, que dieron motivo a una polka muy socorrida. Ya se le oía al Zarco aquello de:

Cómo vamos contándole comadre,
cómo vamos con mi amo Juvenal,
cómo vamos con las monjas del Convento.
Allá viene el doctor Berrío,
viene figurando mucho,
ah demonio de patimorao,
ah demonio de caranguiento
ah demonio de arrancapapas,
que vino de Santa Rosa
a irársela de gallo”.

Esa noche hay en el hotel gran velada: Castor ha conseguido vihuela, y El Zarco rasga y canta, con esas manos y esa voz de ángel, alternando con el caramillo. La función se ha iniciado, allá en un corredor del segundo patio, ante auditorio de escalera abajo; mas aquello trasciende; y el capechano de don Joaquín hace salir al virtuoso al patio principal. Hijos, nietos, y hasta señores de la tertulia se reúnen; y vieras al Zarco en ovaciones, muy cargado de mesas; vieras a la señá Rumalda y a ma Higinio, en sus glorias desde la puerta de su cuarto. Más que las habilidades del campesino, llama la atención de las señoras esa figura, esos pies y esas manos. El mismo Restituto admira.

Está tan complaciente, que toda idea se la apoya a sus compadres suegros. Los dos no están acordes en un punto teológico social. Quéjase el viejo de que el pañuelo le calienta la cabeza, en esa iglesia tan repleta, y dice que debe quitárselo: alega la vieja que no haga tal, porque, si se lo quita, les muestra la medida a estos burlones de La Villa, y quién sabía lo que dirían.

—Qué han de decir, comadre—repone el yerno muy definitivo.—Dirán que es muy religioso o que padece dolor de cabeza. Quítese el pañuelo, compadre, si le sofoca. Mejor que lo vean con la medida. ¿No hay por ahí niños y mujeres con hábitos de santos?

—Asina mesmo es, compadre—conviene la señá Rumalda.

De ahí adelante, luce, en el templo, su blanca cinta, sobre la frente patriarcal. El yerno se ufana con su triunfo. Como nada ha podido arreglar, con estos ricachones, que todo lo querían de balde; tendría que demorarse hasta la semana siguiente. Mejor: así, acompañaba a sus compadres en toda la correría.

El viernes se despampana la montañera con el grandioso espectáculo. Ya había celebrado el mercado diario; mas no había llegado a imaginarse el del viernes. Le ha visto formarse, desde el amanecer, y cómo éntran y salen las bestias, las gentes cargadoras, y cómo va creciendo aquella colmena y ordenándose en hileras paralelas de norte a sur.

Lo que hoy es Plaza de Berrío se colmaba hasta los bordes de las cuatro aceras; y todo ventero acudía a ese local donde no se cobraba impuestos; y como no había aduanillas ni cosa parecida, el tráfigo matinal de bestias y trajinantes obstruía las calles convergentes, sobre todo las de Bolívar y Colombia; ésta por el lado occidental, aquélla por el del norte.

A las ocho, de retorno del Carmen, se ingieren los viejos, el yerno y el rapaz en el hormiguero mercaderante. ¡Virgen Santa! ¿Cuántos estómagos se necesitaban para tragarse toda aquella comida? ¿Cuántas gallinas para recoger tantísimos huevos? Lo que más le maravilla son los puestos de escobas, esteras, úti-

les y trastos de cocina, que nunca imaginara en venta. Busca los similares a la suya de su pueblo. Son incontables y en grande. Surtidos hasta de comestibles para ella desconocidos; pero sólo ve hojaldas en un puesto y ni señas de carisecas ni achiras cocidas. Bien decía ella: la gente de La Villa era hasta rara de puro rica. “¿Dónde se había visto venta de comidas, sin estas dos madejas?”

En medio de sus temores de que le roben, en aquel avispero alborotado, se resuelve a pedir un medio de “panecitos de Rionegro”; y le llenan el pañuelo porque le dan veinticinco por esa suma.

El Zarco siente vértigo ante los puestos de muñecos, animales y cosas de azúcar; ante los tendidos de chécheres, por él no soñados; ante las pilas de cocos y de nísperos, de corozos grandes y de algarrobas, de ciruelas y de anoncillos. ¡Quién pudiera comprar de todo! ¡Qué ansiedad! Pregunta, indaga, hace cálculos. No aguanta más ganas. Aunque se le acaba la plata y lo regañe mana Rumalda. ¡Qué demontres! Viene, primero, cuartillo de ciruelas y cuartillo de algarrobas; luego, un molde de azúcar, una cara de león, con pintorrajos de higo chumbo y azafrán rubí, que vale un medio. En seguida, otro medio, en un librito de oír misa. Pero ¿cuál escogería? El de pasta verde, azul o roja? ¡Qué dicha poder comprar de todos tres! Ya casi sabía leer en letra de libro, y lo llevaría a misa y rezaría con harta devoción, como don Avelino, el maestro, o lo mismo que un viejito, muy devoto y principal, que había visto en El Carmen, chiquito él y con sombrero de tarro, bordón y espejuelos redondos; o lo mismo que ese otro señor don Víctor, también de tarro, que rezaba en su libro, andando, muy de-

recho, por la calle. Por fin, en aquella oscilante candidatura, triunfa el rojo. ¡Qué fenómeno! Viene, por último, otra escogencia, más terrible todavía: se trata de uno de esos santicos a la aguada, con su vidrio, su borde de papel y su forro de baraja, tamaños como un escapulario y fabricados en la tierruca, que se vendían a cinco reales la docena surtida y a medio real uno solo. Después de muchas vacilaciones, se decide por un mamarrachito de palma, alba y bonete, que dizque es San Juan Nepomuceno.

Las compras devotas aplacan las severidades de ma-
na Rumalda; y ¡oh ventura y resarcimiento!: cuando llegan al hotel, topan a don Joaquín, en el zaguán, recostado en su sillón, y con una mochila de reales, medios y cuartillos, para repartir a la chiquillería propia y ajena, y a pedigüenos de todo linaje.

—Tomá, Juan de la Rosa, pa que comprés tus viernes, (dándole dos reales); harto los has ganado con tus músicas y tus cantos. Ya sabés: el domingo, en la noche, te voy a llevar al Coliseo, pa que oigás cantar a La Luque y tengás que contar en tu pueblo.

—¿La que canta "La Castañera", ñor don Joaquín?

—La misma.

¡Qué trastorno y qué agradecimientos con la dádiva y la promesa! Todos eran favores de La Carmela con su nuevo cofrade. ¡Cómo era de bueno y de querido ñor don Joaquín! Hasta santo sería!

Si no para canonizarlo, era un viejo patriarca e hidalgo, creyente y fervoroso, enemigo de mentiras y vanidades, y tan caritativo, que en su hotel había pan y atenciones para todo necesitado. Allí acudía, a diario, lo mismo la horda de pordioseros y vergonzan-

tes que la de parásitos y pechugones. Aunque tuvo dinero, no le tentaron ni la codicia ni la soberbia.

Señá Rumalda, temiendo siempre al tabardillo canicular y a las comidas desusadas y tardías, sigue entregada a las frescuras de la cañafístula y del claro, con aditamentos de agua de apio; ha tramado a doña Fernandita y a la cocinera para que no le sirvan cosas irritantes; y, como se siente incapaz de hacer ella misma las compras, en este piso que arde y ante esos villanos tan ladinos y lambidos, ha recomendado, después de muchas consultas, a Dolores Restrepo, para que le vaya consiguiendo los embustes que ha de llevarles a las siete hijas, a las dos nueras y a las cinco docenas y media de nietos; es decir: a medio Volcanes y a medio Tambogrande. Va a costarles un dineral, el valor de muchas vacas; pero ma Higinio, que se ha acogido a la teoría del aguasal de huevo perdido, no está ahora para cicaterías y ha dado la orden terminante. ¿Sería, también, efecto de la medida y obra de La Carmela? ¡Pobre su viejo! Tan formalote y tan decente, lo mismo en su pueblo que de forástico. ¡Y cómo estaba de contentico en el viaje y cuánto era el despejo de su cabeza!, ni siquiera una vez, tan solo, le había amagado la "cobardía insulsa".

Entre los dos, ayudados por el compadre Restituto, pretenden hacer la cuenta, para el efecto de los embustes, de cuántos son los hijos de los unos y cuántos los de los otros, y cuáles varones y cuáles hembras; pero, como ninguno de los tres está bien cierto de los retoños volcaneros, todo tendría que ser al cálculo y a la buena de Dios.

Llega aquel 16 de julio tan esperado. Desde las

cuatro está El Zarco como un grano de oro, con todas las majezas ciudadanas. Soñada y de bayetilla, a cuadros verdes y sonrosados, es la obra de Gigantico: "Calzones coge-puerco", tal y como los llevan ahora los mocitos elegantes, y blusa de almilla, plegado y cinturón, con enormes botones medio militares. El sombrero marineró merece capítulo aparte. Tiene la forma del actual canotíe; es de hule carmelito, con pespunte en el ribete; luce cintajo sangre toro, de colas, con áncoras de cobre, en las puntas y al frente. "Estas cosas que relumbran", y los botones tienen al dueño desvanecido, con ser que el diablo no tiene por dónde arrimársele: lleva, adentro, el rosario consabido, la Medalla Milagrosa y la efigie de San Juan Nepomuceno, amén del librito rojo; viste, por fuéera, con santa ufanía, el flamante escapulario de su Hermandad.

Mucho madrugan los tambograndeños; pero en este día de piadosas afluencias, les han ganado de mano. No parece sino que toda la turba campesina del mercado haya dormido en la ciudad. Invadida está la plazoleta del monasterio, invadidas la cuadra y las calles adyacentes. Abren la iglesia y la colma el oleaje.

Los viejos, que no han podido juntarse, como en su pueblo, en esta iglesia extraña, sufren, en esta vez, una completa separación: ma Higinio no ha logrado colarse, y espera turno, arrimado a la pared.

Tandas y más tandas de comulgantes. Rebullicios, apretones, atropellos. Los sacerdotes mandan, suplican que vayan saliendo los despachados; pero no es tan fácil que la piedad campesina ceda su campo, con-

quistado a fuerza de codazos, de astucia y que no podrá recuperar. A mana Rumalda la tienen entre un brete. Si suda a tales horas, ¿cuál no sería luégo? Mas, lo que era ella, no se salía sin la misa, aunque rezongaran los curas, aunque la destriparan. Atizba y alcanza a ver al Zarco, por allá, medio aplastado contra el costado de un altar; pero de Higinio ni barruntos. Al comulgar, cambia de puesto; pero no mejora. ¡Qué angustia! ¿Irían su viejo y su Zarco a quedarse sin comunión?

El tabernáculo es un pensil del cielo, entre incendios de ocaso. Toda la flora monjil, de papelorio, le cubre desde arriba en ramos hiperbólicos, de albas rosas y de azucenas virginales, entre mieses de oro y follajes de argento. El maíz y el trigo, almacigados en oscuras humedades, se acumulan por dondequiera, dando la nota dulce de lo endeble, el tono delicado de lo amarillo y el emblema de la Vida y de la Gracia. Pirámides de frutas ofrecen a la Virgen del Monte Carmelo sus tintes inimitables, su hermosura y su perfume.

La señá Rumalda se calma: al fin ve que ma Higinio y El Zarco arriman al comulgatorio. Mas no puede tener los fervores que ansía, porque aquellos ramos claustrales se le han metido entre ceja y ceja; si eran conseguibles, tendría de comprar un par, para La Carmela, costaran lo que costasen. Ya veía el retablo, entre aquellas bellezas. Taparía los santos laterales? Nó: tal vez sería pecado.

Tampoco El Zarco puede enfervorizarse, en esta comunión suprema: la boca se le vuelve agua con aquellas granadas de coronas y aquellos icacos que parecen mejilla de muñeca. Tanto lo distraen que se ha

olvidado de los caballos blancos, del arcángel chirimero y de sacar el devocionario.

Principia aquella misa de revestidos, con toda la pompa y el ceremonial que el caso exige. Exáltase el fervor con la liturgia, y la multitud, más sencilla y creyente que ahora, se estremece con los escalofríos de la piedad. Sube a la Cátedra el Padre Gómez Angel, y está en vena. Con su voz sonora y grave, con la unción de su temperamento y la dialéctica de su sabiduría, expone las glorias de esta Hermandad ecuménica, fundada por La Virgen misma y que úne las almas de la tierra, del purgatorio y del cielo, con vínculo de gracias y mercedes infinitas. Enumera, luego, las indulgencias y privilegios que la Iglesia ha concedido a los Hermanos Carmelitas y las promesas que La Virgen les ha dado de velar por ellos en vida y en muerte, en el tiempo y en la eternidad.

Ma Higinio llora como el profeta Jeremías. En verdad que, con su cara compungida, su medida trasudada, su barba luenga e hirsuta, los brazos cruzados, el santo amuleto sobre la tosca ruana, ofrece un aire bíblico, allá medio apostólico. Harto diverso, El Zarco: jamás ha oído predicar de esta manera, y abre los ojos y abre la boca y se enerva y se sumerge, como en un arrobó de ensueños y lontananzas. ¡Ay, Dios! Cuando él fuera grande, iba a predicar así, aunque no fuera cura. No predicarían, también, los señores? Quién podría decírselo? Tal vez Castor, porque, así tan negrito, sabía tanto como Patimocho, si no más que él.

Desfallecidos, sofocados, vuelven a la posada, para almorzar a la carrera y a tornar al Carmen, a coger puesto: si no, perderían las demás funciones.

Juan de la Rosa espera con ansia la magna procesión. ¡Cómo sería de linda, en la calle, La Carmela grande, con todos los santos! ¡Hasta una docena de hombres se necesitaría para cargarla! Desde que entra ve otra Virgen, arreglada en andas, sin más compañía que el Niño Dios. Supone que sería alguna de otra iglesia, que la habrían llevado a visitar a la grande. ¡Qué desengaño cuando se persuade de que es aquella la que van a sacar en procesión, y, ¡oh conciencia rebelde y perturbable!, ni aun bonita le parece.

Al día siguiente, las mismas carreras, las mismas apreturas, con la "fiesta de los Hermanos". La casa del capellán, frontera al monasterio, es una Babel, con la venta de escapularios, pago de jornales, y nuevos asientos. Vendedoras de dulces, frutas y bebidas frescas, se instalan en esquinas y andenes; vecinos de todo linaje y catadura, viejos de bordón, ancianas valetudinarias, gestes de los campos y de poblaciones distantes, hormiguean por esas inmediaciones, ostentando el escapulario, cual talismán inefable para eternos bienes. Abierta está la portería del monasterio; varias fámulas reparten humeantes tazas; las hileras de peregrinos saborean, en las aceras, la rica y sustanciosa sopa, que para regalar a sus Hermanitos pobres y forasteros preparan las religiosas en ocasión tan solemne. ¡Ay, qué dicha probar de ese ajiaco, cocinado por las monjitas y que huele a cominos de la Gloria! ¡Si le dieran, siquiera, una de esas arepas, blancas y esponjadas, molidas por las santicas! Y El Zarco husmea y pide con los ojos y le dan su ración. Tan majo y todo, se sienta en la ringlera de los humildes de traje remendado, y pala-

dea despacio y siente que también gana indulgencias con esos regalos, mientras el viento arremolina las colas rojizas de su sombrero.

¡Qué velada la de aquel domingo de las excelencias! Desde temprano está en un palco con don Joaquín y sus nietos. Aquel como patio redondo, con triple fila de balconada, alumbrado con candilejas en cada poste y desde el cual divisa el cielo estrellado, le va enajenando sentidos y potencias. Por instrucciones de Castor, sabe que detrás de aquel trapo, "con viejos y cosas pintadas", se esconden los misterios de la comedia y las maravillas de La Luque. ¡Cuándo y cómo quitarían aquel trapo? ¡Cuánta sería la belleza de esa Luque que mentaban tanto en ese bunde de "La Castañera", que todos querían cantar! ¡Pues, y ese letrerón, tan patente, de más arriba del trapo? Desde que llegaron intenta descifrarlo. Nada pregunta, por no divulgar su ignorancia; mas cárame que una de las niñas lee en alta voz:

**"Aquí del vicio con la ajena afrenta
el ánimo del joven escarmienta".**

¿Qué querría decir eso? Eso, con "vicio" y con "afrenta", ¿no sería cosa mala y afrentosa? Tenía, más bien, como dichos malucos.

Señores de tarro, levita larga y cadena de reloj, van entrando y se van acomodando en el poyo que circunda el patio. Los más tardíos, se sientan, como pueden, en el cerco de la gallera, que campea en la mitad y donde cunde el zumbambico, bravo y sutilísimo. La rueda se llena con los espectadores arraci-

mados; adentro y afuera de aquellos dominios, permanecen de pie los últimos que llegan.

Bullente y de bote en bote está el gallinero y repletas las dos filas de más abajo. Cosa más rara que el balcón más alto no fuera para el señorío principal. Y El Zarco se embelesa ante las ringleras de engalanadas beldades. Están quietecitas y formales, como discípulas en certámenes. ¡Qué lujo! Las más elegantes y requintadas deslumbran con el traje ampuloso de linón blanco y con el corselete cotilludo, de seda vistosa, que les hace la cintura de avispa. Lucen una cinta, con lazo asentado y simétrico en la propia carrera de un peinado a conciencia, y a un lado del trabe posterior, un chorrillo de cuentas deslumbrantes, que les acaricia el cuello, como la borla de un hada protectora. Nada de carnes destapadas; la forma se esconde en el misterio, como toda divinidad.

A no estar tan instruído por Castor, se pasmara el chicuelo con esos anteojos que sacan los cachacos para ver a sus novias de cerquita. ¡Ah bueno para saber cuáles eran los que se iban a casar! ¡Estos sí eran novios! No como esos montunos de Tambogrande.

Y ¡oh sorpresas las de aquella noche! En una fila, de las más galanas, ve, con orgullo, a su paisana la Nata Miranda. Si no la conociera tanto, ni la hubiera distinguido: tal está de compuesta y de bonita. También reconoce, en el patio, y muy majo, por cierto, a don Luciano Campomanes, el director de la iglesia de su pueblo. Con él (Juan de la Rosa Mira), eran tres. Siempre era mucha representación y sumamente bien presentada.

El piano, un bajo y un clarinete, preludian; una campanilla repica, a poco; y al Zarco sin saber cómo se pierde el trapo, se le aparece la cosa. Es una sala muy linda, con un viejo y una niña. "La Paquita"—exclama don Joaquín. Al Zarco se le dilatan esas pupilas de color indefinible. Sería esa La Luque? Mas oye:

**"Bello país debe ser
el de América, papá".**

Y un espíritu, una influencia, un espanto delicioso se va apoderando del moco-zuelo campesino. A medida que oye, que entran en escena los personajes, la carne se le pone de gallina y algo como lágrimas le ruedan por las pestañas. ¿Qué siente? No lo define. Pero se le figura, por momentos, que esos relatos tan preciosos y que echan tan bien esos señores y esa Luque, se parecen, en algo, al relato suyo de don Alonso de Lugo; como en él las palabras casaban unas con otras; él era capaz de echarlo así, con esa pronunciación, que era como de prédica o de canto. Si él pudiera aprender, siquiera, un pedacito de esas décimas tan largas y bien empatadas. ¡Qué dicha la de las gentes que sabían!

Al bajar el telón está hecho un estaferno. Su emoción crece por grados, en el curso de la obra. Llorra, a una, con "Lola" y con "Don Diego", sus respectivas desventuras; pero lo que más le encanta es el cuento del "Negro Juan" y la rabieta tan bonita del "Marqués de Montero". Don Joaquín y los nietos se divierten con las caras y los llantos del campesino.

No sabe por qué; pero él, tan sentido y puntilloso, no se corre con estas burlas. "Ahora te consolás, hombre, con "La Castañera"—le dice don Joaquín.—Poné oreja a ver si cogés algo".

En efecto, esa Luque, con "mi moño y mi media calada", cantando ese bunde "con tantos cismas y movención", y ese franchute, tan bobo y tan gallina, con su organillo y sus tonadas, se le hacen novedades muy divertidas e interesantes. Mas, como ya ha oído algo por ahí, y como ha tratado de ponerlo en el caramillo, no le parece eso tan inaccesible ni tan extraño como los relatos que jamás soñara. En su sentir, no le supera lo cantado. En balde ve el público enloquecido: pero él, tan cantorcillo y tañedor, se atiene a lo hablado.

Vienen al siguiente día las Cuarenta Horas, menos tumultuosas que las fiestas precedentes; y los viejos no pierden ni registros. Al amanecer del miércoles sufren el pánico horrible: ven la guerra encima, a los curas escondidos y a Mosquera volviendo a echar las monjitas de su convento. Son los cañonazos del veinte de julio.

Esa tarde vuelve el peón con las bestias, y Restituto propone a su suegra las aprovechen, el jueves, para dar una vuelta por San Blas, Envigado, Itagüí, Belén y Aná; pero ella está más para la cama que para andanzas; y, si no descansa un día siquiera, no podrá tomar camino el viernes. Más pueblos después de conocer La Villa? Cumplida está su misión: ha visto tantas cosas, ha conocido al doctor Berrío, ha visitado las siete iglesias y los dos cementerios, ha hecho las tres peticiones y ha ganado tantas indugen-

cias, que ya no le queda más por hacer, en terminando las Cuarenta Horas, que volver al Carmen a despedirse de la Virgen y a darle gracias por tantos beneficios.

En su fe, da todo por alcanzado: la salud vitalicia del marido y la suya propia, la convivencia con El Zarco, hasta que mueran, la conversión de los Caliches, la enmienda de las pactadas. Ya ve y palpa tales mercedes por la mejora de Higinio y por el manejo tan bonito de su compadre Restituto. ¡Qué hombre tan querendón y servicial! Arrepentida está de haber echado juicios temerarios contra él; y de tanta falta se ha acusado en su última reconciliación. Verdad que no se había hecho Hermano del Carmen, aunque Higinio se lo hubiera aconsejado, aquí en La Villa; pero era lo que decía su compadre: hombre con tantas obligaciones y de vida tan andariega no podría cumplir con la Hermandad, debidamente; pero, cualquier día, lo tocaría La Carmela con su manto y lo haría su Hermanito. De ello estaba segura. El pobre había perdido su viaje a La Villa, con las angurrias de estos ricos tan ventajosos; había gastado un montón de plata, en posada y manutención, nada más que por acompañarlos y servirles a ella y a Higinio. Apenas volvieran al pueblo, iba a darle "un buen remojo". Por lo menos un mazo de tabaco, bien doblado y con aliño de altamisa y salvielugo, en un pañuelo bien fino, de a peseta o cinco medios.

El Zarco en este último día de las Cuarenta Horas se ha manejado, al decir de madre Rumalda, "como clérigo mulato". A ser posible, hubiera perdido

las indulgencias, con la deserción de las funciones finales. ¡Valiente muchacho tan canónigo y endiablado! Ni La Carmela grande; ni las comuniones, ni la Hermandad, lo metían en cintura. Y para eso que Higinio, no sólo le dispensaba todas sus picardías sino que hasta gracia le parecían. Ahí estaba “muy zarazo” y ese enemigo malo sin parecer, ni siquiera a buscar la comida. Ya le había agarrado confianza a La Villa y se había largado sin el negro; y ¿quién sabía lo que le habría sucedido?

Son las seis y El Zarco no parece.

¡Las terribles que pasan por la cabeza de la vieja montañera! A veces lo ve despojado de las galas; a veces, ahogado en el río; y hasta se le figura que esos padres fatídicos, que podían surgir en cualquier parte, habían alzado con el chicuelo.

Sale hasta la esquina desotada. Ni las seguridades de mano Higinio, ni las burlas de don Joaquín lo gran calmarla. Apenas llegue su compadre, se irá a buscarlo con él.

Como hace poco ha pasado la “Guerra grande”, está muy en boga la paz y en carne viva el patriotismo. Así es que la fecha inicial de nuestra independencia se celebra con júbilo y gala, que es una gloria.

Míra: Tedéum, cantado por la Concha Sampedro, en la Iglesia Mayor, con comunidades escolares y uniformadas; lauros y banderas, por balcones y ventanas; retratos de próceres, por las paredes; en las casas donde nacieron Zea y Girardot, muchos trapos, ramajes y trofeos; en el frente de la de doña Mercedes Córdoba de Jaramillo de Andrade, hermana del prócer romancesco, se exhiben los cuadros

quiteños de Pichincha y de Ayacucho; el sombrero, que presenciara tan homéricas batallas, se enarbola en casa de las señoras Quijanos, primas del héroe. Músicas marciales y cabalgatas de cogollo, recorren las calles al estallido de los cohetes; la chusma dispara petardos y triquitraques; gasta el pueblo el traje dominguero; y en los miradores céntricos se agolpa el señorío, de veinticinco alfileres.

Racha huracanada de elocuencia, henchida de Torres y de Zea, de Restrepo y de Nariño, agita La Villa de confín a confín; se busca la tribuna clásica del que fuera "Colegio de San Ildefonso"; se le trae, en trunfo, al són de La Garibaldina, y se le planta, frente a la Gobernación, cabe las repletas balconadas contiguas. Rodealo el grupo tribunico, y, unos tras otros, suben José María Hernández, Camilo Antonio Echeverri, Federico Jaramillo Córdoba, el Fulano de Tal y el Zutano de Cual. Discursos a la plebe sobre guerras y heroísmos? ¿Cuándo tuvo ella mejores fruiciones? En aquella época ignoraba, en que no se enseñaba historia ni en escuelas ni en colegios, en que la obra de José Manuel Restrepo y las memorias de López y las de Posada eran privilegio de unos cuantos, fue verdadera cátedra docente, para nobles y plebeyos, la anual tribuna del 20 de julio. De aquí, más que de todo el significado y trascendencia de tales fiestas en aquellos tiempos venturosos.

El Zarco, después de verlo y repasarlo todo, se ha escurrido, a la salida del trisagio, por entre el hervidero crepitante de oyentes; y héteme realizado su ensueño: la prédica sin ser cura. Entre esto y lo del Coliseo, ¿con cuál se queda? Imposible decirlo. Esas

voces, esas palabras, por él nunca oídas, esas cadencias onduladas, aquellos ardientes ditirambos, aquellos nombres y aquellas hazañas, de que no tiene ni mínima noticia, le arroban, en delicias confusas y enredadas; así y todo, bien se le alcanza que, "ese Simón Bolívar fue el más guapo y el más caliente de todos los guerriadores".

En las leyendas de caballería de nuestro pueblo montañoero, es El Patojo, el famoso Patojo, el que triunfó de todos sus enemigos, el que mata El Gigante y La Serpiente, el que desencanta a la Princesa, y el que se casa con ella. Pues bien: Bolívar es para El Zarco algo así como un Patojo. Y ¡cómo sería de preciosa y de rica la princesa con quien se había casado ese hombre! El, Juan de la Rosa Mira, tenía que predicar, cuando fuera grande, así como ese señor tuerto, que era el más baquiano y el que decía más bõnito.

Con su encantamiento, ¿qué se iba a acordar de sus taitas, de comida ni de nada?

Por la huída, por la traición a la Virgen, por todo lo que había acabado, en tal vagamundería, el vestido y el sombrero de renovación, lo condena madre Rumalda a no salir del Hotel, hasta el siguiente día. ¡Qué crueldades las de madre! El que iba a ver aquel velerío que estaban poniendo en todas las casas; él, que estaba convenido con Castor para ir al Colegio del Estado a oír las prédicas que allí iban a echar colegiantes y señores grandes..... ¡Qué malas las tuyas! Adula, suplica, promete. Todo en vano. Brega por atajar el llanto; pero, al ver que toda la nitería de los patrones se prepara para ir al Colegio,

llora a moco tendido. En su cuita, se el ocurre apelar a ñor don Joaquín; y el generoso viejo hace revocar la sentencia y enrola al chico entre los suyos.

En el patio del claustro franciscano es la patriótica solemnidad. Bombas con luces, flores, lauros, retratos, tricolor nacional, asientos, por todas partes.

El Presidente del Estado Soberano, sus Secretarios, el Cura de la ciudad, el Padre Gómez Angel, el doctor Zuleta, el Rector, los dignatarios del Colegio y del Distrito, en uno como estrado lateral tendido con colchas de damasco. A su frente forma rueda la colegial comunidad, con el uniforme negro de levita, chaleco blanco, al pecho el escudo circular de plata y cinta de los colores inventados por Miranda. La tribuna Ildefonsina, igual que la casita de Loreto, ha sido trasladada, desde la plaza mayor, a ese lugar dilecto que velan los manes de Cicerón y de Demóstenes. Campea el oratorio armatoste en el propio centro, como el eje de la fiesta. La aristocracia, con todos sus nocturnos arrequives y sus posturas de alta sociedad, colma, en un dos por tres, aquel círculo de taburetes, que ocupa todo el ámbito. En el segundo piso suda y se aprieta la indecorativa clase media. Las sesenta y cuatro arcadas enmarcan aglomeraciones, cual si aquello fuese museo viviente de antropología. Las estrellas alumbran, a competencia, cual si en las patrias siderales celebrasen también la nuestra.

Música. No hay todavía Himno Nacional, pero resuenan La Marsellesa, La Garibaldina y la Entrada de Napoleón. Todo eso se nos hace patriótico, porque aquí, a fuer de amplios y comprensivos, somos

ciudadanos del Universo Mundo. Pronto retumban las armonías de la elocuencia, senecta, madura, juvenil. La vieja España queda de oro y de azur.

El Zarco, cuyo grupo ha logrado muy buena colocación, no pierde sílaba. Inefable es el embelesamiento de la criatura, mas ya ha definido su destino; su destino preciso, categórico, paladino: de un modo o de otro, por fas o por nefas, aquí o en Constantinopla, va a ser, indefectiblemente, colegiante discursiador. Ya se ve en la tribuna, dando las voces, manoteando, la cara hacia arriba, la cara hacia abajo, volados los ojos relumbrantes, como un sol el escudo del Colegio. ¡Qué dicha! En esa noche no puede dormir. ¡Qué iba a poder! ¡Qué desgracia tener que dejar esta Villa encantadora, al día siguiente! ¡Ay! ¡Dejarla cuando apenas le iba cogiendo el golpe; dejar esta tierra donde todos lo querían, donde nadie le decía botado! ¡Qué horrible volver a ese Tambogrande, donde no vendían cosas buenas ni bonitas, donde no había pilas con diablos, ni indias matando tigres, ni iglesia del Carmen, ni Luque, ni más prédicas que las bobadas del señor Cura; donde oía siempre el insulto terrible! ¡Ay, Dios mío! Si era cierto que él no era nieta de taita Higinio y de madre Rumalda; si, en realidad, era un triste botado, ¿no podrían vivir sus padrecitos en La Villa? No lo recogerían algún día? ¡Si él se hubiera fijado en los señores zarcos y monos que había aquí! ¡Por qué lo botarían? Imposible que fueran tan pobrecitos que no pudieran vestirlo y alimentarlo. Todos, hasta Castor, con ser un negrito, tenían sus padres de verdad; todos, menos él. Y se tapa la cara con las sábanas,

porque madre Rumalda puede despertarse y oírlo llorando.

A las nueve del siguiente día, después de las últimas compras en el mercado, y, ayudada por la mandadera, arregla ella la pacotilla de los embustes. Está feliz con todo aquello:

Nueve cortes de regencia y de muselina floreadas, para sus hijas y sus nueras, todos con su papel y su lámina, para pegar dentro de la tapa de los baúles; o en ringleras por las paredes, porque las etiquetas de ropa eran entonces algo más que las postales de ahora.

Pañuelos redondos con encaje, y carrieles de pañete para los nietos mayores;

Cabezas encabables de caballos, y muñecas de trapo para los medianos;

Barnizadas vasijillas de barro, tarralíes repulidos, bolitas de pedernal, para la menudencia;

Mochilas repletas de corozos y colaciones, para repartir entre propios y extraños;

Item más: la caja de arequipe, con entrañas de brevas y colorida guirnalda de azúcar, para el señor Cura;

El corte de pancho historiado, el chumbe magno con remate de madroños, y el pañolón de lanilla oscura, "con guarda triste" para mana Casimira;

Mulera del "Reino", para Hilarión el agregado; y pañuelo pectoral para Cipriana, su mujer;

Y, por último, el gran embuste para La Carmela: una caja con los consabidos ramos conventuales.

La vieja comenta y elogia cada cosa, según la van acomodando. ¡Qué dicha tan grande había en la vi-

da, bendito fuera Dios! El mediante, el sábado por la tarde estarían en su casa, bien fresquitos y sosegados.

El Zarco, a todas éstas, se recuesta contra un poste, mira hacia Pan de Azúcar, como un autómata, allá en la corraleja de doña Mercedes Salazar, mientras ma Higinio y Restituto dan el último registro a las cinchas de la montura femenil.

A las once da El Zarco, desde Bermejál, el último adiós a esta Villa querida. ¡Ni el moro aquel al dejar a Granada! Madre Rumalda no puede perdonarle aquellas lágrimas, al muy tentado, sofístico y novelero; Restituto le hace burla; y ma Higinio se entristece al verlo así.

VI

En el cuarto del señor Cura:

—Siéntese, con toda formalidad, mana Rumalda—le insta él muy insinuante y cariñoso.—Siéntese, que tenemos que contarnos muchas cosas.

—Será un ratico no más, mi Padre, porque dej'esa casa manga por hombro.

—Déjese de afanes y cuidados, que las mismas yucas arranca.

—Asina será, mi Padre.

—No le quede duda. Y antes de que se me olvide, muchas gracias por el traído. Me dio en la vena del gusto, porque ya ni me acordaba a qué sabía el ari-quipe.

—Perdone la poquedá, señor Cura. Tan solamente por mostrale el cariño y la voluntá.

—Por todo junto, mana Rumalda. El viaje me parece que lo sé de pe a pa. El Zarco me lo contó todo, ayer, cuando vino a traerme el regalo. ¡Cómo vino de despierto y entendido el demontres del muchacho! ¡Y cómo queda de buen mozo con los avíos que le compraron! Bien divertido me tuvo un buen rato. Me contó la fiesta del Carmen, todo lo que lo quiso don Joaquín, la comedia y todo el veinte de julio:

hasta de Bolívar y de la guerra de la Independencia aprendió en La Villa ese zarcucio. Y ¿sabe lo que me dijo? Que se va a vivir allá, porque quiere ser colegial.

—¿Todo eso le dijo, mi padre? Y'eso que venía entripao, porque Tadeo y otros perversos de l'escuela, le jalaron la cinta del sombrero, le hicieron burla por el vestido, le dijeron botao y otros dichos y le chiflaron el corcoveo. Bien dice él, mi Padre, que aquí le tienen tema.

—Se la tienen, mana Rumalda, y se la tendrán— repone el párroco allá con cierta melancolía—; eso es muy natural: un pobre no puede ver a otro con jíquera, y El Zarco aquí, valga la verdad, es como un diamante en la trompa de un marrano. Tenía que encantarse en La Villa, como se encantó.

—Válgame Dios, señor Cura: si se vino emperrao, lo mismo que un chiquito! Hasta injuria m'hizo dar, de velo tan metido a villano y tan juera del tiesto.

—No lo culpe, mana Rumalda; ese muchachito, con esa capacidad y esos alcances, no puede ser un triste montañero; esa figura y esas manos no las hizo Dios para destripar terrones. ¡Quién sabe para qué lo tendrá destinado la Divina Majestad! No es de ahora que El Zarco me mantiene preocupado. Es tan buenito y tan dócil y, al mismo tiempo tan vivaracho y tan ladino, que no se sabe si resultará algún trone-
ra o un hombre de toda cuenta. A ratos pienso que Dios se lo va a llevar antes que se dañe. No hay más que entregárselo a El y ver cómo lo vamos encaminando por el lado bueno que le dicte. Y sepa y entienda una cosa, mana Rumalda: sus padres no lo

reclaman ya. Ya era tiempo. O son muertos o no lo pueden sacar a luz ni reconocerlo de ningún modo. Según los misterios que han guardado, eso debe ser algún enredo bien feo, entre gente muy blanca. El hecho de que usted y ma Higinio no tengan la menor sospecha de quiénes sean sus padres, ni dónde han vivido siquiera, da mucho en qué pensar. O ¿sí han sospechado algo, mana Rumalda? A mí no tiene por qué negármelo.

—Ni lo negro de l'uña, mi Padre. Como en el papel decía que no intentáramos averiguar y que no dijéramos que el niño era ajeno ...

—Bueno. No le quitemos a Dios el oficio: El sabrá qué hace con El Zarco. Y ahora cuénteme bien qué fueron los daños y novedades que encontraron en la casa. A mí me han contado tantas cosas, y todas tan diferentes, que no sé a qué atenerme. Creo que han exagerado más de lo necesario.

—Por mucho que desageren, señor Cura, no dicen ni la mitá. Ya ve: después de haber cumplido con el Señor Caído y haber ganado en La Villa toítas las indulgencias de la Hermandá y di haber hecho la correría tan a gusto y con Higinio tan aliviado de la cabeza, vinimos derechito a padecer y'a pecar. No le dije, pues, en la reconciliación?

—¿Pero cuáles fueron los daños en la casa?

—Hasta me ocupa la vergüenza pa contale esas cosas tan cochinas; pero vea, mi Padrecito; si nos demoramos un día más, nos tumban el rancho. No alcanzo a contale todas las alatomías que hicieron esos cristianos. Parece que hubieran hecho convite, pa todo ese rigor de trabajo. Ellos levantaron toíta la

teja de los corredores, y escarbaron por todo el pajar del techo, hasta la propia guía del caballete; ellos esculcaron por todo el zarzo, por todos los corotos y por entre la paja de las enjalmas; ellos rompieron agujadas, hicieron güecos en la tapia y covaron por los cimientos; ellos removieron las tablas de la tienda y del cancel, y levantaron el sientto de la ventana y me desclavaron el locero de la pared. El altar me lo volvieron faruca, porque movieron santo por santo y adornito por adornito. Hasta por el cielo, de la cama esculcaron y rasgaron la tela del bastidor, que hacía apenas un año largo la habíamos cambiao. En el suelo, no se les quedó rincón onde no abrieran su buen joyo, ni piedra grande de los corredores que no arrancaran; lo que fue en l'espensa y en la cocina no les faltó sino meteles candela. ¡Cuando tuvieron cara de echar barra por las piedras del fogón y de buscar por encima del cuero! El pilón lo levantaron del joyo onde lo teníamos enterrao, pa buscar debajo; removieron todo el montón de ceniza pa'l jabón, l'olla y la barbacoa del estilo. Lo que es ajuera, ni le digo, mi Padre. ¡Eso jué que ni arando! Allá verá los uracos que abrieron al pie de los árboles y de los cercos y por la güerta y el arao. El brevo de la pobre Casimira me parece que va a pagar el pato, porque hasta el pretil lo desmoronaron; ai jué onde más jondo covaron. ¡Si viera cómo le dejaron a esa infeliz su labranza de aliños! ¡Agora la jardinera!... Cómo la dejé de preciosa! Ai la veo toda quebrantada, porque le lastimaron toítas las raices; enteramente. Mis yedras, ni pa rabias. Ni an en La Villa vide yo esa laya de flores: pues creo que no reviven. Las golvieron al derecho y al revés por escarbar por entre

las piedras del trincho, porque en los trinchos fue onde más se empecinaron. ¡Qué tal serán de canónigos, señor Cura, que hasta en los zurrone, onde anidan los palomos, metieron la mano! Si están tentados, mi Padre!

—Pero siempre dieron con las tres limetas de chilines y los dos tarros de condore y morrocotas?

—Puh, mi Padre, ellos no perdieron su trabajo: aítarán repartiéndose todo el oral.

—Es que pa estos yernitos de ustedes, mana Rumalda, hizo mi Dios una horma aparte. ¡Barajo con los hombres! Son los más malos y brutos que conozco. Sólo a ellos se les puede ocurrir que usted y ma Higinio puedan enterrar tesoros.

—Pues ya ve, mi Padrecito, hasta las hijas lo creen; ya ve cómo han trabajao buscando el entierro—repone llorando.—Eso es lo que más me duele.

—No se confunda por eso, mana Rumalda; esas pobres bobitas les creen a sus maridos los disparates y bestialidades que tienen metidos en esas cabezas de mula. Peor fuera que los conociera y los apreciaran en lo que valen: tal vez ni los querrían; mientras que así ciegas y embobadas, están muy satisfechas con ellos.

—¿Y cómo hicieron para salir de mana Casimira?

—Pues ni an sé bien, mi Padre, porque esa pobre cordera no ha hecho más que llorar y nadie le saca nada en forma. A según me han contado Cipriana, Eustaquia, ña Pacha y Patimocho, la cosa quizque pasó asina: esa mañana en que nos mañaniamos pal Hatogrande, bajaron a la casa las tres hijas, con mi compadre Gervasio y toda la recua de chiquitos y las

cobijas y los ataos. Quizque dentraron muy mandatarias y dijeron que venían, recomendadas por yo y por Higinio, pa lechar las nueve vacas y cuidar la casa y hacer la novena y la fiesta de La Carmela. Casimira quizque se quedó suspensa y entotumada y Fidelina le notificó que tenía que ise a casa de Hilarión, porque a Gervasio quizque le daba asco d'ella y no quería que les tocara la comida: y que sacara sus mugres de cobijas y sus trapos, porque el cuarto le necesitaban y que se llevara a Zorro, quizque porque los niños le tenían miedo. Apenas le dieron permiso pa venir a echale el redrojo y el tarugo a los cuchinos y el maíz a las gallinas, y eso colándose por la manga de las bestias. En todo caso, señor Cura, la rumbaron con más inominia que a un perro. No masito salieron Casimira y Zorro, se encerraron a trabajar día y noche, en sus apiques y socavones. Lo que más le duele al pobre Higinio es la falta de religión de esos tentaos. ¡Qué le parece!: los vecinos que vinieron a la Novena se tuvieron que golver, bién chingaos porque, por más que tocaron la puerta, no les abrieron ni les dieron contesta, tan siquiera Patimocho quizque se vino a vigiar, dende ajuera, pa ver qué contenía todú-eso; y les oyó covando y en mil alegatos; pero.... ni pizca de novena. A propia hora, les fueron cogiendo la marrulla de la sacada del entierro; y Patimocho, Eustaquia, ña Pacha y toítos los de la casa de ño Charcolones, echaron a vigiarlos toos los días por las chambas y cercaos. No quizque les perdieron pie ni patada de todo lo qu'hicieron, por las güertas, el techo, el arao y la jardinera. Tampoco llamaron a Eustaquia pa'l arreglo del anda; y deja-

ron llevar a La Carmela sin una ridícula florecita. Tampoco le hablaron p'al arco del puente: ella misma, por su cuenta, puso ái unos chuscos, con las flores que topó a mano, porque, ni viéndola en el arreglo, le ofrecieron mis hijas ni una rama de la jardinera. Tampoco le arreglaron la mesa en la iglesia. Vusté, señor Cura, con todo lo que tiene qué hacer en esa fiesta, nian repararía.

—Qué le parece que sí, mana Rumalda. Pero todas tres comulgaron, ese día, y llevaron a la misa los muchachitos.

—Eso sí, mi Padre, gracias a Dios. El pobre Higinio, ni an allá en esa fiesta tan preciosa se olvidó, el diez y seis, de su fiestecita de aquí.

—¡A San Higinio qué se le iba a olvidar! Dígame otra cosa: ¿es cierto que les abrieron el arcón?

—Ya lo sabía, mi Padre?

—Me lo han asegurado.

—Cierto es; pero Higinio no quería que se supiera. Tanté, señor, que el papel de la costancia de Juan de la Rosa se golvió ojo de hormiga.

—¿Se lo llevaron?

—Se lo llevaron... go quién sabe. Ai le teníamos en el baulito, con las escrituras y las patentes y las medidas; y no ha aparecido.

—Jalaron con él, mana Rumalda. No le quede duda. Ahí constaba que el niño traía, en su cajón, a más de todos los pañales, quinientos pesos y vaca parida de ternera. Ese documento no les conviene a sus yernos, porque con él se prueba que El Zarco tiene derecho a que usted y ma Higinio le devuelvan lo que sus padres le dieron, cuando lo pusieron en poder

de ustedes. Dígame otra cosa: lo de las reses, ¿también lo tienen en secreto?

—Eso no, mi Padre: todo el Sitio lo sabe: pero Higinio no quiere poner el denuncia. ¿Qué opina de la pérdida?: el torete pintado, la Chapola y la en-cachada, dos novillonas que al tanto habrá y todas tres cabezas del colino de Juan de la Rosa. Anoche-cieron ese martes, mientras nosotros llegábamos a La Villa, y no amanecieron ese miércoles. Hilarión quiz-que las buscó por cielo y tierra.

—¿Y no sospecha quién pueda ser el robavacas?

—Pes, señor Cura: uno más bien echa juicios, qui-hasta temerarios serán. Y jué que mana Cipriana, que'estaba lavando, vido, desde la quebrada, pu'ai a medio día, a una persona qui andaba comu en ace-cho.

—¿Largo y viejo, él, flacuchento y con chivera ru-cia y que tiene una mujer que se llama Anselma Mi-ra? No es juicio temerario, mana Rumalda. Sólo o acompañado, se sacó las tres reses esa noche, y se madrugó a venderlas a Rionegro. Ya lo tiene Justo bien averiguado. Antes se había demorado mucho con la hazaña! Eso es maña vieja de su compadre Si-meón. Acuérdesese de la recua que trajo de la gue-rra.

—Conque asin'es, mi Padre?

—Así mismo. Pero no le dé cuidado de que siga con la capellanía. ¿Déjemelo estar! Esta misma sema-na le acuso las cuarenta, bien acusadas: lo amenazo con denunciarlo, si sigue con sus brinquitos.

—¿Virgen Saita, mi Padre! Y ¿si va y mi compa-dre le hace algo go manda hacerle?

—Ni me tira al río, ni me manda paviar, mana Rumalda: nadie ignora que el que ataca a sacerdote incurre, de hecho, en excomunión mayor; y a él, aunque es tan malvado, siempre le da miedo del infierno.

La timorata vieja emprende el llanto.

—No se aflija, mana Rumalda: mayores criminales se han salvado; y Dios no se acaba. Y ¿dizque vinieron muy pagados del compadre Restituto?

—Jué que tuvo un manijo tan lindo con yo y con Higinio y hasta con Juan de la Rosa.

—Se deja ver! Sabe a lo que fue a La Villa? Pues a espiarlos y envolatarlos para que no hicieran testamento. Iba muy bien instruído de cómo debía manejar el asunto. Figúrese: aleccionado por el tinterillo de Cañas. Si ustedes daban un paso, en el sentido de hacer el tal testamento, él pondría impedimento y había cualquier escándalo, para aplazar la cosa: avisaría a la autoridad y al notario que ma Higinio estaba loco de remate. Y ¿sabe cuál era una de las pruebas de la locura? Pues la medida del Señor Caído, que él lleva en la cabeza. Pues ya ve, pues; hasta yo he incurrido, con el permiso que le di para ponerse.

—¡Virgen del Carmen, mi querida Madre!—clamo-rea ella, recordando, al punto, el apoyo del yerno a la exhibición de la medida—¡Qué esperanza, mi padrecito, con estos tentaos! ¡Dito sea mi Dios! Hasta mi compadre Restituto!....

—Me alegro que al fin les vaya entrando esas tramas. Este es el yerno tan bueno y tan cabal. Todo esto lo tenemos, Justo y yo, muy bien sabido. Timoteo, el pepo de Simeón, le contó a Arcesio, y Arcesio

se lo contó a Justo; y, por ahí fuimos desenredando el hilo. Ya ve, pues, lo bien que sus yernos se han repartido los trabajos: Gervasio, con las mujeres, al entierro; Simeón, a las vacas; Restituto, al testamento. Vaya viendo el vivoral en que están metidos. Usted bien sabe que no le cuento esto ni le pongo las cosas en su punto por afligirla, nada más: es porque necesita saberlo, para ver cómo obra. No he querido entenderme con ma Higinio directamente, porque yo lo conozco mucho: esa alma justa no se acorbarda con pérdida de bienes; pero en cuanto ve pecados y ofensas a Dios, ya está ofuscado y hecho un pendejete. Desde ayer le entendí las tribulaciones y sobresaltos de conciencia, con los daños en la casa y el robo de las reses. Nada le dije de la misión de Restituto con ustedes, por no empeorarlo. El es tan estricto y escrupuloso, que nada se le dará no dejarlos desmentidos con el cuento de la locura. Cuanto le dije fue que le retiraba el permiso para ponerse la medida.

—Asina me lo contó, mi Padre. Y él qu'iba a pensar en eso? Ni yo tampoco. ¡Cito el inocente!

—Déjelo en la inocencia, mana Rumalda: él por su cuenta, nada sospecha ni sospechará. Así es que esto queda entre usted y yo, nada más. Mejor es que siga creyendo que su compadre Restituto es un santo.

—¿Cómo no, señor Cura? A yo lo que me da recelo es que con estas picardías tan puercas le güelva a pañar la congoja de l'otra vez cuando l'hogada del difunto Bohórquez que echaron a hablar tan maluco d'ellos. Y qué le parece: yo'stoy en que, dende el sábado, que topámos estos daños y este desprecio a la

Carmela, le viene amagando el mal (nuevo llanto). ¡Será qu'ella y el Señor Caído no quieren que se recobre!

—No se ponga así mana Rumalda, que usted es mujer de mucha fe. Lo que ha de hacer es animarle y ahuyentarle la tristeza, porque usted es la llamada a la cosa del testamento, para que quede bien arreglada la herencia del Zarco. Hoy, más que siempre, habrán visto la necesidad que tienen de dar este paso. Y, ahora, óigame una cosa: como su confesor y su director espiritual, le ordeno, bajo precepto de santa obediencia, que no dejen acabar este año sin hacer el testamento, no sólo ma Higinio, sino usted, también: se van juntos a la cabecera del Circuito, cuésteles lo que les costare. Ya iremos viendo cuál es el momento oportuno. Justo y yo les arreglaremos la manera de hacerlo todo, en legal forma. Y, ahora, para que se vaya bien consoladita, le voy a dar una noticia muy buena: en la semana entrante me viene coadjutor, para que les haga fiestas y les predique bonito.

—¿Conque viene al Sitio otro Sacerdote? Y era que vusté había pedido?

—Hace días, mana Rumalda. Ya yo no estoy para confesiones y campañas, por estas Californias tan distantes y estos caminos tan perros; la gota me está retentando otra vez, y hasta me está resultando un malecito algo fastidioso.

—¡No lo permita mi Dios que se vaya a enfermar otra güelta!

—Es casi seguro. Dios sabrá. Pero me van a mandar a un Padre Isaías Luján, un pollo de la última

culecada, que dizque es el tantasguascas. Bueno: ya sabe, pues: con los yernos, mucho ojo, especialmente con el compadre Restituto, porque, si no, los heredan antes de que se mueran: oírles la misa y sacarles el cuerpo, y no darse por entendidos de los perjuicios que les han hecho.

Más que oportunos son los consejos e instrucciones del párroco. Esa misma noche, al acabar el rosario, en la cocina, ¡Tun! ¡Tun! en la puerta. El Zarco corre a abrir: son los compadres Simeón y Restituto. Vienen solemnes y apremiantes. No entran: llaman al suegro al corredor y mandan retirar al mozouelo. No bien sale el viejo, ajusta Restituto la puerta y el Caliche padre se le aboca:

—Este y yo venimos a proponerle un buen negocio, compadre Mira.

—¿Qué será, compadre Simeón? inquiere el suegro inmutándose.

—Pes es que yo y los dos hijos casados nos metimos en la compra de ocho mulas; y venimos a proponerle que las trabajemos en compañía, dándonos vusté la mitad de lo que cuestan y poniendo nosotros todo el trabajo. ¿No le parece un negocio muy bonito por vusté?

—Mas bien será, compadrito—repone rascándose el pañuelo, que no la cabeza. — Pero yo.... ¿di-onde diajos saco esa plata?

—¡Ave María, compadre, nian digu'eso onde l'oi-ga la gente! Como si nosotros no supiéramos tuel platal que le tienen guardao el señor Cura y don Justo.

—Tanté platal, compadre! Hasta seré yo el que les

debo a ellos. A Rumalda le tenían ai unos rialitos de lo que va ganando en su balance; pero me parece que todos se jugaron en esta correría.

—No llore asina, compadre Mira, qu'eso es malo. Hasta Dios puede castigarlo.

—Por eso no, compadrito, por que asin'es.

—Bueno, compadre—interviene Restituto. Si agora no le queda pilao danos esa sumita, le proponemos otra cosa: denos cuatrocientos pesos, p'acabar de pagar esas mulas y pa no dejenos demandar. Nosotros le pagamos muy buen premio, le respondemos con los bienes y le firmamos, los tres, documento en mancomún. Pero lo resuelve dende este misma noche, sin ir a tomale parecer a nadie, porque nos tienen altos del suelo, por este resto, y mañana quedamos en avisar. Cuatrocientos pesos pa vusté, compadre Higinio, es como quitale un pelo a un cuero.

Antes que el apurado viejo pueda contestar, se abre la puerta y aparece Rumalda.

—Malo será escuchar,—exclama entre airada y serena.—Pero ya lu-hice.

—Asina me lo recelaba—gruñe el yerno viejo, despechándose.

—Bien hizo, compadre. Vusté bien sabe que yo y Higinio en toíto obramos de acuerdo: asin'es que no tenían por qué venir hablale a él solo, escondido de yo. Y, si es pa que les preste plata, más pierden bien el tiempo. Ni antes teníamos modo, contri más agora....

—Si son meros cuatrocientos pesos, comadrита—zalamerea Restituto.

—¿Meros? Vusté siempre se ha güelto idiático,

compadre Restituto. Tanté cuatrocientos pesos! No los hemos visto juntos, con ser que hemos echao la jiel por trabajar. Ya vusté vido, con sus mismos ojos, todo lo que nos costó la correría; y ya saberá que nos robaron tres cabezas de ganado, de lo mejor. Antes vustedes nos deberían emprestar plata agora. ¿Por ai no dicen que se sacaron, aquí en esta casa, un entierro muy grande? Yo sí lo creo. Al sigún de lo que buscaron.

—Cómo son de conversones en este maldito pueblo!—barbota el yerno viejo.—Eso jue lo que sacaron aquellas porfiadas y el pendejo de Gervasio, con ponese a covar aquí. Harto que les dije que no se metieran en esa!

—¿De modo y'es, compadre, que vusté no covó ni se topó naíta?

—Si yo también andé en correría, por los lados de San Carlos. —Cuando vine supe la cosa, y mucho que los regañé. Como vusté y mi compadre Mira no son del pueblo, no saben todas las cosas que cuentan aquí, d'esta finca. Vea, comadre: esta casa quizque l'hizo, cuando los antiguas, el difunto Padre Castejón, quizque era riquísimo y que todo lo dejó aquí enterrao.

—Pes pa más son ustedes, compadre Simeón. Cuando el señor Cura le vendió esta casa a Higinio, no nos dijo nada de tal entierro, ni lu hemos oído a nai-de ni a nosotros nos han espantao, ni jamás hemos oído ruidos malucos de ánimas en penas.

—Esu-es que la gente compone, comadrita—dice Restituto—y como Isidora y Fidelina y Anselma son, a cuál de las tres más idiáticas, metieron en eso a

Gervasio, que cree too lo que le dicen. Pero vea una cosa, comadre Rumalda: no nos volté l'hoja. Siempre nos facilitan esa sumita, ¿no es cierto?

—¡Sí! ¡puu! Al momento. Está la carne en el garabato por falt'e gato.

—¡Ah cosas particulares que hay en esta puerca vida!—repone Restituto subiéndose de punto. Qui-haiga tanta plata pa botar en viajes y'en promesas que no se deben; qui haiga pa ramos de santos y pa regalos pa tú'el mundo; qui'haiga pa comprale lujo a un botao y que no haiga pa hacele un servicio, por plata, a los mismos hijos, que les deben favores. Esto sí no me lo trago yo, comadre Rumalda.

—Pes asina son las cosas, compadrito—contestó la suegra, muy fresca.—En ocasiones algunos botaos tienen más buen derecho que los mismos hijos. Vustedes, que saben tanto d'entierros, también sabrán de cosas que hay escritas pu-ay... en papeles. ¿No se habrán topao alguno, que se los diga bien patente?

—Camine, hijo, vámonos—manda el viejo Simeón!—Con gentes tan inservibles y tan desagradecidas no me entiendo yo.

—Hace bien, compadre.

Padre e hijo toman camino echando veneno por todos los poros.

El Zarco, pegado a la ventana, lo ha oído todo. ¿Qué duda puede quedarle ya, sobre su botadura? Y ¿qué sería la cosa escrita en papeles? ¿Qué eso que más buen derecho que los hijos? No llora sin embargo. Su afrenta, si le humillan como siempre, se le antoja, ahora, algo como un medio para volver a esa

villa querida, que le tiene tan nostálgico. Si sus padrecitos no lo buscaban, él se iría, apenas creciera un tantico. Siendo taita Higinio y madre Rumalda sus abuelos de mentira, no podrán mandarlo de verdad. El les obedecía porque ellos lo habían criado y querido, siendo hijo ajeno; y porque él, a su vez, también los quería mucho. Pero, viéndolo bien, no podrían tener demasiado mando sobre su persona.

Pasan días.

En este muchacho, de precoz inteligencia y fantasía traviesa, se inician ya sentimientos que se oponen y hasta problemas peliagudos. Su viaje a la ciudad, al entrar en los doce años, ha sido un despertar repentino. Como el perfume de un pomo que se destapa, se va desprendiendo de su alma la inocencia; y el polen que dispersa el viento de las realidades, va germinando en su corazoncito sensitivo.

Ya no rehuye las conversaciones, sobre "cosas malas" con el iniciado Patimocho; ya no le arredra la prohibición de juntarse con él. Patimocho le va confirmando lo que la misma vida le va infundiendo. Con la confianza de dos camaradas, que no se ocultan sus máculas, tratan el asunto terrible: el origen de Juan de la Rosa; y él queda instituido: su padre y su madre no eran marido y mujer: y eso era todo. A más de botado, bastardo. El era, entonces, como una vergüenza y un pecado, en persona.

¡Qué dolor y qué llanto a escondidas! Madre Rumalda, que le nota las tristezas, el silencio y el abandono de vihuela, cantares y caramillo, lo regaña y sermonea, porque todo se lo achaca al embelesamiento con La Villa. Al mismo tiempo, se atribuye, a sí

misma no poca parte en estos malsanos aburrimientos: eso había conseguido con sacar a ese muchachito de su montaña, para mostrarle los usos y ociosidades de los ricos de La Villa. ¿Quién le mandaría a ella meterlo en tal viaje? Hasta razón tenían las sofísticas de sus hijas: ella e Higinio siempre estarían chochos con El Zarco. Las tales la tienen más que sancochada con las indirectas del Padre Cobos que le disparan a cada triquitraque: el extraño, criado como un príncés: ellas como unas tristes cenicientas; para él, cama, con buen colchón y mejor colcha, con sábana y fundas de almohada bien aplanchadas; ellas no habían pasado nunca de una estera tirada en el suelo. A ellas jamás las habían sacado de entre la ceniza; y a él lo venteaban en su buen caballo, hasta por La Villa misma. Para él, sombrero y vestido, que ni para los hijos de don Justo Timoneda; para ellas, algo menos que para Casimira: unos cortes ridículos de tela realera. ¡Bendito fuera Dios!

Fidelina, más que las dos hermanas, hace vibrar, cual épica amazona, las flechas de su carcaj repleto. En cuanto a los Caliches, el berrinche es tremendo: desde la noche aquella, ausencia de la casa trompa perpetuas, negación del habla y de saludo. Sólo se ven en el grupo de la iglesia.

Ni un bleo se le diera de todo ello a la señá Rumalda, a no ser por el modo como Higinio lo ha tomado. Desde esa noche, en que ella, contra lo indicado por el señor Cura, se le zafara la lengua, tan feo, con esos yernos agayudos y ladronazos, está "el pobrecito ido y elemento". Parece que La Carmela y El Señor Caído han renunciado del milagro, a las

diez últimas. El pobre no se ha ganado al zarzo porque ella le ha escondido la escalera; pero, si no arriba, se encueva en un rincón del tenducho, cual rapaz que jugase al escondite. Instale ella, le pide al párroco lo vuelva al uso de la medida; pero no le atiende: si el señor Cura se la había quitado, era porque él no merecía tal merced.

Escrúpulo, ese demonio sutil y ardidoso, intenta poseerlo.

Algo le distraen, sin embargo, de sus fantasmagorías religiosas, la escogencia del frijol y la copiosa cogiendo en la arada y en la roza: la separación y cómputo del diezmo, y el reparto, que hace siempre entre los pobres, a cada cosecha; algo las siembras y los arranques en la huerta, así como el cuido y salada del ganado. Pero, en cuanto torna al descanso de la casa, ya está en acecho ese enemigo que se ha captado de su alma. Por octubre está "relatado de memoria", que dice la atribulada Rumalda. La reza-dera se le ha enconado, y como su fervor no le parece suficiente, repite tres o cuatro veces cada padrenuestro y cada avemaría; y no bastándole el hincarse de rodillas, pega la boca contra la tierra, a usanza israelítica. Mas todo eso ¿qué iba a valerle? Habiendo en su casa asesinos, ladrones; hijas pactadas contra sus padres, botadito y otras cosas que él ignoraría, era porque él, señó Higinio Mira, estaba en pecado mortal; tan mortal, que ya se sentía ardiendo en los infiernos. Acurrucado en los rincones, ensaya caras y ademanes de condenado; y las lágrimas le corren por la barba profética, mientras un temblor le pasa y otro le viene. Claro que no puede

ni tiene por qué rezar, en estas crisis infernales; se arrincona hecho un ovillo, se resiste a comer y sólo contesta por gemidos a los ruegos e interpellaciones de su mujer. “¿Qué hacemos, m’hijita?” “¿Qué hacemos, m’hijita?”; y de esto no lo sacan.

Así y todo no descuida sus labranzas; y, mientras tiene ocupadas las manos y anda en vueltas, el demonio se le ahuyenta; mas, vuelto al reposo, resurge implacable. En molino de doce piones quisiera convertirlo mana Rumalda, para que trabajara noche y día. En la casa se industria para ponerle oficio: revuelve granos para que le ayude a separarlos; hace portillos para que los tape; hasta llega a bendecir las componendas de los daños y estropicios causados con la rebusca del tesoro.

¡Qué espanto el de la vieja al darse cuenta del estado de su marido!

Esos Caliches, tentados y hasta amigos del Enemigo Malo, le habían hecho al infeliz Higinio, más que daibólicos maleficios. Hasta sería desde antes de su intento de sacarle la platica. Y recuerda con horror cómo en Copacabana, al regreso de la peregrinación, le ofreció Restituto una naranja muy bien pelada, y cómo “el pobrecito, sofocado con el calor, se la tambó tan a gusto”. Ese traicionero, solapado y vigiador, era el de todo: en ese demontres de naranja le habían dado la yerva malina y enloquecedora. Mas, sin embargo, bien podía haber sido desde mucho antes: desde que el viejorro uñetas y el Gervasio lo habían convidado, de acuerdo con las tres hijas, al tal cacao de Remedios y a la tal panocha del temprano. Esos malditos eran capaces de embrujar hasta

sus propias mujeres y de hacerles maleficio a ella misma y al inocente de Juan de la Rosa.

¿Y qué hace? Corre al cancel, alcanza del altar tres palmas benditas, les da sendas al Zarco y Casimira, toma la suya, se santiguan, entonan el trisagio, prenden los ramos. Y, del cuarto al tenducho, de la sala a la cocina, en redor de la casa y los sembrados, esparcen el humo antidiabólico, al són coreado del rezo máximo a la Santísima Trinidad.

No bien termina tan eficaz desinfección, se tira las sayas y el pañolón callejeros, y vuela al señor Cura. La pone él que ni un pantano, por supersticiosa y agorera; pero la autoriza de nuevo para que le aplique al enfermo no tan sólo la cefálica medida, sino todas las que guarde del Cristo milagroso.

Torna con agua bendita, y riega, adentro y afuera, por suelo y paredes. Saca la caja de las medidas, va a aplicárselas al marido; pero ¡oh maleficio espantoso el de los Caliches!: Higinio se resiste, y—lo que es más increíble todavía—se muestra furioso y hasta sacrílego: “¡Qué medidas del demonio!”: él no era digno de llevarlas. Y, agarrando la caja, la avienta hasta el zarzo. Porque lo ve, lo cree la aterrada vieja. No le queda duda: su Higinio estaba perdido.

Esa misma tarde acude a la casa del señor Cura. Desde la última reconciliación del escrupuloso penitente, le había parecido medio flojo de tornillos. Tampoco le queda duda: los yernos infames se iban saliéndolo con su dicho. ¡Qué cosas tan raras permitía Dios!

—Míre, ma Higinio—le dice al cabo, con el cariño que se prodiga a los niños y a los enfermos—: usted es hombre muy justo, muy cumplido y de muy buena

conciencia; y todas esas bobadas que le molestan es porque ha descuidado un deber muy sagrado: hacer el testamento. Haga un esfuerzo, deseche esos escrúpulos y esas cosas que se imagina, hágales frente, recóbrese y póngase como ha sido siempre, de juicioso, para que se vaya, con mana Rumalda, a hacer el testamento. Allá verá que, apenas lo haga, se calma por completo. La semana entrante. ¿No es cierto ma Higinio?

—Qué demontres de testamento, mi Padrecito!—gime lacrimoso.—Yo no puedo, ¿no ve qu'estoy en pecado mortal?

¿Interdicción judicial a esas horas y enredada con los intereses de los Caliches? ¡Valiéranles todos los santos del cielo!

Entre él, mana Rumalda y don Justo, intentan ocultar la situación del pobre viejo; pero no es posible. Verdad que cuando sale a sus agriculturas y ganaderías, así como a sus ventas en la plaza, todo lo hace, a pesar de su cara entontecida, con más o menos cordura: pero, en colándose a la iglesia, saca los títeres. Cuando se postra boca abajo y permanece, en toda la función, como un muerto; cuando da vueltas en torno de su grupo desviando la vista de sus yernos; cuando hace la figura de un crucificado.

Los Caliches, muchos aspavientos de lástima por fuéra; pero los entresijos les bailan de alegría. Y es tal el desvío filial de aquellas hembras, que no amainan por tales calamidades: se juzgan suplantadas, ante sus padres, por el intruso afortunado; y esto no lo perdonan. Hasta castigo de Dios sería el estado de padre tan desnaturalizado, opina Fidelina, que comparte con Restituto la solapa y la negra entraña.

Corto ha sido en El Zarco el arrechucho de vergüenzas y tristezas, que a su edad y con aquel carácter, no duran penas. No bien se calma hace el propósito de no volver a llorar porque lo afrenten.

Sigue con las mismas faenas, viernes y sábado, y han encontrado, en el coadjutor, norte y guía en sus rutas escolares.

Tiene el Padre Isaías chifladura docente y alguna facultad pedagógica. Luégo, al punto ha abierto en la casa, aula oral vespertina y alternada, de Religión, Historia Sagrada, Aritmética y Gramática, revueltas las cuatro materias con la Urbanidad de Carreño.

El Zarco, que ya sabe leer y escribir, no ha faltado una vez sola; y cuanto cae en esa inteligencia, prende que es una bendición. Su perseverancia y su entusiasmo en el estudio, son, en realidad, sorprendentes en chicuelo tan inquieto y arrebolado. No lo son menos sus ansias de pulirse en todo y por todo. A cuál más los dos sacerdotes está más encantado con el discípulo.

En la escuela ha alcanzado otros triunfos no menos eficaces. Antójaselos a varios condiscípulos que está insoportable con el viaje y las galanuras, y La Carmela Grande y el 20 de julio y la Luque. Encabezados por Tadeo, pretenden agavillarlo, entre cinco, para bajarlo al nivel de los mortales; pero hé aquí que El Zarco ha resultado trompadachín y patadachín, de puños agrios y jarretes férreos. Se ha defendido que ni Cyrano en la puerta de Nesle. Es que al juzgarse poco menos que solo, poco menos que perseguido, se ha despertado en el muchacho el instinto de la defensa, hasta en las lides materiales. Tal prestigio ha conseguido con la hazaña, que nadie le ha vuelto

a decir el insulto; y los más altaneros y provocadores ya le respetan y le buscan amistad. Pero El Zarco ahora que saben todos que no es por miedo, se va apartando, día por día, del compañerismo y hasta del trato de sus condiscípulos.

Todo el criterio que en él cabe se lo aplica a su persona y a su caso tan especial: botado y todo, se siente muy por encima de esa chusma, que ha pretendido humillarlo. Claro que sus padres verdaderos tenían que ser, así como él: zarcos, monos y buenos mozos; y gente muy grande y de mucho tono y mucha educación. Como iba a ser colegial y orador; como iba a vivir en La Villa, tenía que aplicarse mucho, para ponerse a la altura de sus padres y de su profesión. ¡Qué dicha conocer esos papás y vivir con ellos! Si él supiese, siquiera, cómo se llamaban. ¿Los querría, así sin conocerlos?

Esta pregunta se le forma allá adentro, casi a diario; y el mismo Patimocho se la ha hecho alguna vez. Mas el chico se contesta a veces que sí, a veces que nó. El mismo no decide si eso que le parece sentir por sus padres pecadores y desconocidos, es cariño o curiosidad, o ambas cosas a la vez.

Ha tratado de sonsacarle algo a mana Casimira; y se persuade al cabo de que está tan ignorante como él. Bien se le alcanza que sus abuelos de mentiras no querrían contarle nada. Tal vez que ni el mismo Cura, que, probablemente, debería saberlo. En todo caso él encontraría, de algún modo, cómo descubrir ese secreto tan particular. Hasta el mismo Patimocho podría ayudarle. Y ¿por qué no estas tías afrentosas que tanto lo aborrecían? Por ver de afrentar-

lo mejor, bien podrían contárselo todo. De ahí adelante, no les perdería una palabra que a él se refiriese, aunque fuera mala; y no lloraría, por más que le entregasen el insulto, en su propia cara. No le hacía que lo creyeran sinvergüenza: él sabía que no lo era. Pudiera que su taita, ahora que estaba tan malito de la cabeza, dijera algo. ¡Pobre viejito! Mientras no se recobrara, no se iría él para La Villa, de ningún modo: sería mucho desagrado. Dios había de permitir que ese mal tan lastimoso le pasara pronto. Ahora, tenía que ayudarlo más que siempre, ya que a él no le daba pereza de ningún oficio.

¿Y cómo sería ese viaje para La Villa? Si se huía, mandarían por él al comisario, como habían hecho con un hijo de Hilarión; pero siempre tendría que ser huído, porque sus taitas no lo dejarían ir voluntariamente. La cuestión era conseguir con qué irse. Una vez en La Villa, haría mandados y traería bestias, lo mismo que Castor; y, con eso, se mantendría y le quedaría tiempo para ir a la escuela y de estudiar mucho. Tal vez don Joaquín le daría posada en el hotel. Todo cuartillo que consiguiera, todo cuanto le pagasen como monarcillo, iría a la alcancía; y, en aliviándose el viejito y descubriendo el secreto de sus padres.... adiós taitas, mana Casimira y señor Cura. Siempre le iba a dar mucha tristeza dejarlos; pero él no podía quedarse en ese mugrero de Tambogrande. ¿Era, acaso, montuno o negro?

Estos planes y proyectos le estimulaban más y mejor, en sus estudios, en sus mismas labores de campo y en el cumplimiento de su carmelita Hermandad. El

docente sacerdote ha visto en el Zarco el terreno fértil de la parábola; y se ha impuesto como deber de conciencia cultivarlo no tan sólo en el saber si que también en todas las práctica de educación y de moral, así en acciones como en lenguaje. A maravilla lo va endilgando en el canto ritual; y le ha enseñado el ayudar a misa, con unción y posturas adecuadas. Boquiabiertas se quedan madre Rumalda y mana Casimira al oírle, por ahí, echando latinajos, lo mismo que un curita; boquiabiertas al verlo tan formal, tan dócil, tan espulgado, tan limpio y tan cuidadoso de la ropa. Les sobra razón: ya es hombre de pañuelo, corte de uñas y lavatorios diarios, y de sacarse, por la pinya de oro, una carrera que ni tirada a regla. "Si esto es lo más lambido" dice cada rato la encantada abuela: "Esta saca del Zarco nos va a salir a cadal y esquadra", repite el párroco, no menos encantado. "El padrecito Isaías dio con la horma de su zapato: hasta brujerías le va a enseñar al discípulo". Cuanto al artífice, se recrea en su obra, y le regala papel, recado de escribir, Fleury, Compendio de Mazo y Urbanidad de Carreño. El Zarco los forra con muchísimo cuidado, y, con el devocionario rojo y los útiles escolares, los guarda en un cajón como oro en paño.

Mientras curas y viejas gozan, Fidelina se revienta. ¡Botado más de buenas! Ya había topado otro taita. Al paso que llevaba, los iba a mandar a todos en el pueblo. ¡Figuráranse el príncés, el sabio, el cantor: bendito fuera Dios!

En esos días sale "El Libro del Estudiante", de don José Joaquín Ortiz: y el padre Isaías le pide un ejemplar! Qué forro de encerado, con entretela de papel de seda; qué cuidados y qué libar de aquella abeja,

en ese jardín de la sabiduría! En la clase, es el primero que llega y el último que sale. El profesor lo ha puesto, en ella, como modelo y cabeza: y la envidia sigue pudriendo tuétanos y envenenando visceras; mas los puños respetables del Zarco no le permitían a la negra hidra estallidos muy escandalosos. Aquel dómíne gratis, que está en todo, quiere que el chucuelo cante, toque y recite a diario, como solaz a su espíritu y complemento a sus estudios.

El trabajo que le cuesta complacerlo! Los relatos de los santos y de don Alonso han sido postergados por los versos que cogiera en "La Flor de un día", por la oración rimada que trae **El libro del Estudiante**, y por trozos de Carreño. A cada paso se le oye, con voz y gestos más que teatrales, un ajiaco de "El color de mi cara os hará conocer que fue, señora"; de "lago de amor sereno y trasparente"; de "un tronco que el tiempo no corroe", revuelto, todo ello, con "Basta dirigir una mirada al firmamento" y con "Esclarece la aurora el bello cielo".

De los discursos del señor predicador tuerto y del sobrino de Córdoba, no retiene ni una frase; pero él ensarta en épicas, combinadas improvisaciones, "el sanguinario Atoñanzas"; con "el héroe de Ayacucho"; "en ese cario Monteverde" con "El León de Apure"; "El feroz Morillo" con "el héroe de Ayacucho", "en esa pelea del 20 de julio, en que Simón Bolívar les pudo a todos". Auditorios de tanta elocuencia son las chilcaguas de las vegas del San Félix, donde se yergue la tribuna de un pedrejón altísimo.

También se han ahogado en el Leteo los bundes y cañas, por los trozos de "La Castañera", "La Cori-

na", "El Mirto" y "Los Poetas Americanos". A tener piano, fueran a un rincón vihuela y caramillo.

La que más le admira el repertorio musical es la artista Eustaquia; y, en la puerta de su casa o en el puente de "La Trinitacita", que le queda a un lado, hay los sábados, por la tarde, grandes conciertos, con anuencia y permiso de la madre Rumalda, que, deseando galardonar al chico por las andanzas y rebuscas de tales días, le permite hasta acercarse a casa del Patimocho vitando.

La vieja ha apurado sus hojaldras, carisecas y natilla, sus sacas de jabón y de almidones, no tanto por el lucro pecuniario, cuanto por ver cómo le pone oficio, aunque sea de cocina, al perturbado marido; pues ya se ha persuadido de que la ocupación manual es lo único que lo calma unas miasmas. Rueca, como a Hércules, le pusiera ella, en esas manos de labrador infatigable, al caer en la cuenta. En cuanto a rezos, sordomudos siquiera que fueran los dos: pues no bien se persigna, vuelven "las ideas", cual si con la Santa Cruz las evocase. No comprendía cómo el señor Cura no veía en esto la señal evidente de que era el mismo Enemigo Malo quien lo tenía en tal estado, por misterio de los Caliches; y ella no podía tan siquiera echar una lágrima porque dos veces que había llorado se había puesto Higinio tan lastimoso, que parecía que fuera a entregar el alma. Ni a escondidas, tampoco, porque él lo comprendía, en cuanto la voltease a mirar. Y ella que "no era bien baquiana para disimular pesares con sismatiquerías a la fuerza". Todo fuera por Dios, con tal que no le diese al pobrecito de su vida por enfurecerse y por aborrecer a los de la casa.

A todas estas, se preparaba el pueblo para las fiestas de la Patrona. Famosas fueran en tiempos anteriores; mas, con la guerra de tres años, el triunfo de la revolución y el mando herético de Mosquera, habían venido tan a menos, que no trascendían fuera del vecindario.

Ahora, con la revancha de la Iglesia, en esta sección colombiana, con una paz tan peleada como gloriosa, se proponían los magnates tambograndeños celebrar unas fiestas de religión y de parranda, nunca vistas ni oídas en el Estado Soberano de Antioquia.

Como religión e interés nunca fueron enemigos, se confabulan, en esta memorable ocasión, para hacer de las suyas. A los alféreces, a quienes se les entregará el estandarte, en la fiesta precedente, se les unen, ahora, los dos curas, que van a poner rifas y cantarillas para el templo en construcción; el comercio, que piensa expender rezagos y novedades; los dueños de la renta licorera, que presienten un chorro de plata por cinco días arreo. El entusiasmo se propaga como fuego venteado, y los alféreces no reparan en gollerías. Dos pirotécnicos insignes han sido traídos de Marinilla para labrar cinco arrobas de pólvora. Pedida está la banda de Santa Rosa de Osos; pedidos los mejores chirimeros de Girardota; pedido el coro de Rionegro; pedido el Padre Carlos Mejía, para echar el panegírico patronal y completar la terna para la misa de revestidos; pedida fastuosa vestimenta, para la Patrona; pedidos los trajes y arreos del señorío principal.

Arias y Timonedas, Cardonas y Barreras, vuelan a La Villa mercadante; y se traen todos los linones y

las gasas, los merinos y las balsarinas, los franjines y los cintajos, todo de lo más llamativo y vistoso; ricas y blancas los aparan; negras y pobres hacen quebrantos para conseguirlos. Las señoras de horno y amasijo encargan a Zaragoza harina del Norte, y al Sur del Estado, la morena de la tierra. Los pulperos se traen todo el azúcar del Cañón y todos los cocos, corozos y tamarindos de Sopetrán. Las negociantas campesinas acaparan huevos, quesos y mantequillas, para venderlos más caros. Las casas de los caciques, en donde se han de recibir huéspedes de honor, se componen y acicalan; se abastan sus despensas y se ponen en alquitara las mistelas para los aperitivos y piripaos. El Alcalde echa bando, a golpe de tambores, en que ordena deshierva de todas las calles, empañete y blanquimento de toda pared exterior; y en que prohíbe, en los días de fiesta, la circulación de vacas, perros y cochinos, por el ámbito del pueblo. Improvisanse mesones y casas de juego de cualquier cuchitril, y se preparan toldas para las vendutas y las fritangas en la plaza. Sastres y costureras no dan a basto; la ñata Miranda dirige la modistería; más las ricachonas, a quienes les han llegado las galas, las ocultan bajo siete llaves, para que esa ñata tan astuta y averiguadora no vaya a plagiárselas, para alguna cliente de media petaca y en cualquier trapillo de a real y medio.

Es la ñata voto, mano y dirección indispensables, en todo arreglo y elegancia, así religiosos como profanos. ¿Cuál si no ella? Ha estudiado en colegios de La Villa; traduce en el Telémaco; canta y toca guitarra; ha bordado palios y paños para la iglesia, go-

rros, chinelas y carrieles para los señores más encopetados; teje bufandas y chalecos; improvisa capillos para los bautizos de tono; y engalana la fámula que ha de llevar el Sacramento al recién nacido. Tiene, además, "El Lenguaje de las Flores" y todos los tomos de "La caprichosa", revista de modas y de salones, redactada en París por la Baronesa de Wilson, que por acá conocimos. Va a la capital y a Rionegro todos los años; conoce a Santa Rosa de Osos, con todo y su calle del Palo, y a la ciudad de Antioquia, con su catedral y su obispado. Aunque no es beata, ni está todavía para vestir imágenes, dirige siempre, ayudada por Eustaquia, el ornato de la iglesia, en las grandes solemnidades. No se ha encargado, en esta ocasión para fabricar el vestido de la Patrona, por falta de oficialas bordadoras; pero, bajo sus instrucciones, se ha pedido; y el arreglo de la Santa y del templo corre por su cuenta.

La unigénita de doña Teopiste Timoneda, viuda de don Israel Miranda, una trigueña garbosa y saladísima, como ella sola, heredera de dos casas en el lugar y de finca productiva en el distrito, es el mejor partido y el figurín vivo de Tambogrande; más como ella no ha hecho caso de ningún pretendiente de ahí, como ha guardado tanta reserva en puntos de amor se figuran todos que tiene su dolor de cabeza en Rionegro o en La Villa.

La ñata, de acuerdo con su primo Perucho Timoneda, gran comerciante de modas y novedades, les prepara a sus paisanas, para estas fiestas tan preparadas, una partida, que así puede ser rasgo de ingenio como trampa de gitanos. Perucho se trae una balumba de rezagos en tules, flores, felpillas, ador-

nos de paja y de abalorio; la ñata farfulla y combina, de todo eso, uno como tocado o sombrerete, con colas, a estilo marinero del Zarco; lo estrena un domingo y se muestra en el mercado y en todas partes. ¡Qué belleza! Es la última palabra de la moda; se la han traído la víspera; pero ella no ha podido resistir y no se ha esperado a las fiestas. A lo nuevo y hermoso, une lo práctico y lo cómodo: se usa, sin pañolón, tal como ella lo lleva, lo mismo para paseo que para baile o teatro. Esta moda de las modas la ha inventado la Emperatriz Eugenia, y se llama Sanedrín.

¡Cómo se embeleca aquel mujerío con el tal Sanedrín! Hasta el nombre tiene un encanto de novedad y de prestigio. La Chata se encierra, por la noche, a laborar; y el sábado regresa Perucho de La Villa. Desde esa noche abre las cajas; y la tienda se le llena. ¡Cómo hace el reclamo este hombre! En el almacén de doña Pepa Pardo los estaban abriendo cuando él entró; aunque tan caros, le había parecido tan bonitos y elegantes, que habían tomado dos docenas. Mientras se los empacaban, habían vendido no sabían cuántos: estaban locas las villanas con el Sanedrín. Y ¡cómo quedaban de lindas con la tal moda!

A condor valen; pero, en el curso de la semana, coloca las dos docenas. Quedan faltando algunas provocadas; y, aunque a Perucho le parece difícil que los haya todavía, pide otras dos docenas más, por sí o por nó; casualmente que, en esa semana, tiene que mandar por unos pañetes que aún no habían abierto, cuando su última compra. Son tan afortunadas las elegantes tambograndeñas que todavía alcanzan docena y media. Pero, como se han agotado los

rezagos, se queda sin Sanedrín la señora Alcaldesa. Todas los esconden y niegan los suyos, para producir las sorpresas. ¡Cómo iba a hacer el lujo y la moda, en esas fiestas, con cuarenta y tantos Sanedrines, sin contar los que trajesen las forasteras!

Los programas para estas festividades se encargaban siempre, mediante buena paga, a los más afamados ingenios de la época. Flaborábolos; en La Villa, don Pepe Fernández; en Rionegro, don Pepe Escalante; en Antioquia, los hermanos Villas; en Marinilla un señor Zuluaga. Los cinco eran saineteros y de vena jocosa.

Pero el director de la iglesia de Tambogrande, que lo mismo entiende de pegar ladrillos de q'hacer versos, ofrece gratis su bizarra musa y forja un programa rimado, que tiembla el Parnaso. Cada estrofa remata con este estribillo: "Venid, venid, forasteros, de Tambogrande al encanto". Quinientos ejemplares se tiran y se dispersan por los nueve Estados.

Don Luciano, que, aunque forastero, compite con el Coadjutor en eso de hacer progresar el pueblo, prepara, de acuerdo con él, con los alféreces y con la ñata, una representación teatral, a la altura de tales fiestas. Sacerdote, arquitecto y ñata, entran en consulta, para la escogencia de la obra. Entre "Pascual Bruno", de Arias Vargas, y "Dios corrige: no mata", de Samper Agudelo, gana el último, quitándole, eso sí, ciertas cosillas más crudas que cocidas y no entrando en ello mujeres de verdad. Repártese los papeles entre los pollos más apuestos y despejados; y, comoquiera que en el drama figura un fruto de una

unión non sancta, désígnase al Zarco para tal personaje.

Casi se trastorna con la dicha: le parece esto algo así como la indicación de los altos destinos que le reserva el porvenir. ¡Con qué entusiasmo estudia su papel, asiste a los ensayos y se ensaya él solo! Pero no hubo lauro sin espina: en esos días ha concebido un amor calenturiento por la ñata; y, como ella asiste a los ensayos y hasta los dirige en ocasiones, él, tan despejado y metido, se turba y atortola ante su ídolo y no sale con nada. Se le amenaza con expulsarlo de la compañía, si así sigue. Aflígele el pobre y llora en secreto; más su amor a La ñata y su amor propio le obligan a reaccionar; y, una tarde, ¡qué creación! Con las felicitaciones de La ñata, el amor crece, con la fertilidad de las pasiones disparatadas.

En esos días va a confesarse. Entre lágrimas y suspiros, larga tales cosas, a propósito de su nacimiento, de los hijos legítimos y de los naturales, de su amor, de sus proyectos y del odio que le tienen los Caliches y los Miras, que el párroco le ordena a señá Rumalda le cuente todo con sus pelos y señales, estableciéndole, si es posible, la desproporción de casta que existe entre el expósito y los campesinos que le han criado, así como de las obligaciones pecuniarias que con él han contraído. El párroco le hablaría después en el mismo sentido. Cree que en criatura tan noble, tan precoz y anticipada, y en circunstancias tan especiales, hay que cortar por lo sano y ponerle, desde tempranito, las cosas en su punto, a

fin de que obre, en adelante, con pleno conocimiento de todo lo que atañe a su persona e intereses.

La vieja se aterra con el mandato y quiere declinarlo en el mandatario; pero él insiste en que debe ser ella y no otro. No pensara en que iba a abrirle los ojos a un inocente. Así es que no tiene más que obedecer.

El sábado siguiente, mientras ma Higinio arranca achiras, la vieja, aplazando las hojaldras y a tiempo que El Zarco sale, le dice, con voz extraña.

—Vea, Juan de la Rosa; no se vaya, agora, en busca de azafrán; véngase con yo a la piedra di arriba, qu'es que tengo que decirle, a vusté solito, un escucho más bien largo.

El chico la sigue, en silencio, con tamaños ojos. Una vez sentados en la piedra, la vieja le abraza, pone la boca cerca al oído, y, toda conmovida, principia:

—A yo me da pesar contarle estas cosas; pero el señor Cura me confisca si le guardo más el secreto. Ya vusté habrá visto, mi Zarquito, cómo lo queremos yo y el pobrecito de su taita y cómo bregamos pa que salga hombre de bién, muy trabajador y muy religioso; pero nosotros no semos nada abuelitos de vusté, tan blanco y tan bonito. ¡Qué vamos a ser! Vea, yo le cuento todo, porque asina me lo manda el señor Cura: nosotros no semos gentualla ni por el color ni por la conducta; más sin embargo, semos unos tristes montunos de por ái... Su taita Higinio ya vusté sabe que nació en la Copacabana; y dende muy medianito, se fue a jornaliar a la mina de "El Criadero". ¡El tan siquiera conoció a sus padres y a sus abuelitos!

Yo ;ni an eso! Quedé güerfanita de padre y madre, dende chiquitica, y nunca he podido acordarme de cómo eran. Apenas sé que mi apelativo es Rivillas. Quizque nací en la Magdalena, por los lados de San Vicente; y me llevaron al pueblo, a casa de don Pedro Duque en donde estuve de arrimada. Pero mi Dios no desampara sus criaturas: un día vinieron a posar, a la casa, un señor muy principal, y una niña, ya moza, llamada Teresita. Dende que me vido me conversó con mucho cariño y me averiguó quién era yo. Cuando estaban comiendo, en la mesa, yo oí que hablaban de yo; y, a un ratico, me propuso la niña que si quería ime a vivir a su casa. Yo le dije que sí al momento; y al otro día, me arreglaron mudita asiada y buscaron pión y silleta pa llevame. Dende eso, vide yo, qué lay'e gente er'esa. Escuro, escuro nos mañaniamos al otro día, y en el camino me contemplaron como una niñita de buena familia. Con la noche llegamos a la mina de "El Criadero".

—Onde trabajaba taita Higinio?

—Allá mesmo. Eso era un laberinto de casa, de lo más grande, lo más asiao, lo más precioso y más enorme. Allá vivían el patrón, con su padrecito, con su mujer y dos hijos casaos, con sus niñitos y una nietecita, güérfana de madre, y dos go tres empleados de la Mayoría, juera de los dueños de la mina, que casi nunca faltaban de la casa. Con decile, Juan de la Rosa, que había veces en qu'eran de treinta p'arriba los de mesa. El patrón y esa señora fueron mis padres. Por ellos pido a Dios todos los días. ¡Valiente gente buena, tan religiosa y de tanta caridad y educación! ¡Qué hubiera sido de yo sin esa familia! Yo

pensé que m'iban a mandar de ayudanta a la cocina go al lavadero. Pues quién le dijo?: me habilitaron ropa, en un momento, y sólo les faltó chantame zapatos y sentame a la mesa, pa estar como las señoritas de la casa. Me arreglaron una cama con tendidos muy buenos, en el mismo cuarto de la niña Teresita; y me pusieron pa comer una mesita aparte con todo y paño; y me servían de los mismos potajes de los grandes. Hasta me enfermé con esas comidas tan aliñadas. La niña Teresita y las otras señoras echaron a enseñame de todo; de todo, Zarquito: dende aprender a peiname hasta ajuntar las letras. Yo, tan solamente, le ayudaba a barrer los entablados y a limpiar la jardinera; en lo demás yo fui, en mucho tiempo, como una escuelianta. La niña Teresita me enseñó y me explicó toda la doctrina; pes, aunque yo había aprendido alguito, en San Vicente, para confesarme y comulgar, siempre estaba muy inorante. Me enseñó también a oír misa, a desaminame y'a ofrecer la comunión, y todos los rezos, asina mesmo como se la hemos enseñao a vusté. Apenas me tuvo bien preparada, me confesé y comulgué, allá mesmo, en la mina, porque el cura de Volcanes iba todos los meses a decir misa y a confesar y a dar comunión a los de la casa y a toos los piones y personas de juera que quisieran, porque allá vivía mucha gente, cerca de la casa.

—¿Allá había, pues, iglesia?

—Tanto asina como iglesia, no Zarquito, pero sí un oratorio, de lo más precioso, en la punta de un corredor muy largo y muy ancho, onde la gente s'hincaba a oír la misa. Tenía altar, con su Señor Crucificado,

quiteño, de lo más perfeuto; y con la Virgen de los Dolores y Santa María Magdalena y San Juan Evangelista, toos tres de bulto del tamaño de un cristiano grande y a cual más precioso. Los habían regalado las pionadas de la mina, con toos sus vestidos y el resplandor y el corazón traspasado de la Virgen, a la iglesia de Volcanes; pero como nu'estaba acabada, tuavía tenían las imágenes de "El Criadero", y, tan solamente las llevaban al Sitio por Semana Santa

—¿Y cómo las llevaban, madre Rumalda?

—En sus andas, con sus vestidos de lujo, muy bien tapados, pa que no les sucediera nada en el camino, y en una procesión muy devota. El patrón y los hijos grandes iban siempre, a pie, alante de la pionada, rezando el rosario y las letanías mayores y otras oraciones muy lindas; y, a ratos, ayudaban ellos mismos, a cargar la Virgen.

—¿Entonces habían también monarcillos y ciriales?

—Eso si no, Zarquito. El padrecito Aguilera, qu'era el coadjutor de Volcanes, en ese tiempo, venía el Martes Santo, con la tarde y con tuél el pueblo, a topar las imágenes hasta Llano de Ardila, si hacía bien tiempo. El venía ya con la capa y los ciriales. Ai se destapaban los santos, pa entrarlos al Sitio triunfantes y gloriosos.

—¡Cómo sería eso de sabroso!

—La dicha, Zarquito! Y allá, en "El Criadero", también se hacía procesión el Viernes de Dolores. Tanté que la Virgen de los Dolores, era la patrona de la mina! El padre venía, con los músicos y el coro y los monarcillos y los ciriales; y eso era con misa

cantada, con comunión de toda la pionada y con procesión, dende la casa hasta el molino de Santa Ana. Medio Sitio s'iba a la fiesta.

—Y tenían que llevar del Sitio los ornamentos y las cosas pa la misa?

—Si allá había de todo, com'uen una iglesia: atril, misal, ornamentos, piedra di ara, cáliz, patena. Hasta vinajeras y caldereta mantenían. Allá había un cuartico a modo de sacristía. Y yo mesma, con estas manos que se ha de comer la tierra, le ayudé a lavar los corporales a la niña Teresita.

—¿Y quién ayudaba a decir misa, madre Rumalda?

—El patrón go cualquiera de los hijos. ¡Esa era una familia tan religiosa y que vivía tan bonito! ¡Allá sí había aseo y señorío y educación! Por eso a yo no me pueden parecer tanta cosa los gamonales d'este pueblo.

—¡Ah dicha pa vusté, haber vivido con esas personas tan principales! Y tuavía viven en la mina?—indaga el chico, como alucinado por un rayo de esperanza.

—Nó, Zarquito, a los patrones se los llevó mi Dios hace años; los hijos quizque viven por ái en diferentes pueblos.

—Y dígame, madre Rumalda, ¿los de esa familia son así... medio monos?

La vieja, que entiende la enjundia de la pregunta, contesta asustada:

—¡Vusté sí, Juan de la Rosa, valientes alcances tan fatales! ¡Quién sabe qué cosas malas tará pensando vusté! Cuanto le digo es que en esa familia de Casanova, no hay ni riesgo que haiga alguna cosa que no

pueda aparecer. Ni tampoco hay monos ni zarcos: hombres y mujeres todos son pelinegros y ojinegros.

—¡Ni uno tan siquiera, hay mono!—murmura el expósito sintiendo que se le escapa aquella ilusión de un instante.

—Ninguno, Zarquito. Asina como se lo digo. Vusté no es nada de esa familia.

La vieja se calla y el chico, por más esfuerzos que hace, por no llorar, se le saltan dos lágrimas de entre las bronceadas pestañas; mas pronto se rehace, y pregunta:

—¿Allá fue donde vusté y taita Higinio se casaron?

—Allá mismo.

—¿Y cómo fue que se enamoraron?

—Ave María m'hijito! ¿Yo que diajos voy a saber? Esas son cosas que determina mi Dios; y yo'staba, tan mediana, enteramente, que ni supe: si apenas quizque tenía quince años descasos, cuando él me mandó la carta. El trabajaba allá, dende medianito; se puede decir que allá lo criaron. Primero quizque principio a jornaliar, trayendo atices pa los socavones; pero el patrón se lo llevó, en después, pa la casa a cuidar las bestias y a traer los terneros; y, asina, se fue entablado y aprendiendo toda laya di'oficios. Lo querían tanto, por obediente y trabajador y aconductado, que le enseñaron a ser muy religioso, a tener mucho jundamento pa todo y a leer y escrebir y a echar cuentas. Cuando me propuso, era el que compraba y traía el viver, el que ayudaba a matar las tres go cuatro reses que se consumían por semana, y cuasi el que despachaba las raciones en la provedu-

ría. Yo lo conocía mucho; pero ni an lo vía: como yo vivía en mi cuarto, en mis oficios, y apenas salía ajue-
ra a ayudarle a la niña Teresita en la limpia de la
jardinera.... Cuando me mandó la carta, con don Da-
niel, el despensero, a yo me dio mucho susto y se la
entregué a la niña Teresita, asina sin abrirla. Ella
se la llevó a los patrones; y ellos dijeron que, dende
que yo quisiera a Higinio, ellos eran demás de gusto-
sos.

—¿Y vusté lo quería mucho, madre Rumalda?

—Pes ello... como que más bien sí. Como era tan
formal y tan buen mozo...

—¿Antonces soñaba con él toítas las noches, no es
cierto que sí, madre Rumalda?

—¡Cállala boca, enemigo malo! ¡Qu'iba a soñar yo!

—¿Ni una nochecita?

—¡Tan siquiera una! Lo que hacía era encomenda-
me a Dios y encomendalo a él, porque, como íbamos a
tomar estao, rezábamos mucho. No ve qu'el fue, den-
de chiquito, crio con tanta religión y Hermanito de
la Virgen del Carmen, así como vusté, Zarquito; y
como cayó en después en manos de esa familia tan de-
vota, él era de mozo tan rezandero y comulgador como
es agora, eso era lo que más les agradaba de'l a los
patrones y a la niña Teresita. A yo también me hicie-
ron asentar en la Hermandá, y en esos días que arre-
glamos el casamiento, en un viaje qu'hizo a La Villa,
a acompañar a ño Valencia, a llevar la remesa del oro,
trujo él mismo La Carmela, a l'espalda, dende La Co-
pacabana. Ai la tuvo en el oratorio; y, antes de den-
trar nosotros a la casita que nos hicieron pa vivir,
dentró La Carmela. La víspera de casanos, juimos a

colocala en su altar con el patrón y la niña Teresita, pa que ella nos bendiciera a nosotros y a la casita: dend'eso nos ha acompaña la querida. Allá vivimos treinta y cinco años, tan a gusto, aunque éramos pobres; allá nacieron los catorce hijos y nos quitó Dios dos muy niñitos; y pusimos en estao los seis grandes. Los patrones siempre estaban a la vela, pa ayudanos y socorrenos en todo, como si yo y Higinio juéramos sus hijos. Más que padres fueron, pa nosotros, don Manuel y doña Teresa. ¡Mi Dios los tenga en su Santa Gloria! ¡Y esa niña Teresita!: ai quizque vive en Volcanes, en obras de caridá, con los enfermos y la pobresía, lo mesmo que una santa. Allá viviéramos tuavía en ese "Criadero" tan querido; pero mi Dios dispuso otra cosa: el oro jué mermando; y los dueños de la mina, visto que día por día perdían mucha plata, dejaron de trabajarla. ¡Esa jué una compasión ver a tanto jornalero y a sus familias sin oficio; y yéndose, como podían, lo mesmo que en una derrota! Los patrones y la niña Teresita lloraban de lástima. Unos se fueron pa las minas del Anorí, Las Malfias y Remedios; los otros ni se supo pa ónde. De los cuatro yernos y los hijos de yo y Higinio, tan solamente quedó, por esos lados, mi compadre Nicomedes, ye'so porque no era minero. Los otros se fueron solos go con su familia onde tuvieron trabajo. Las casas abandonadas por los piones las fueron ocupando las gentes de puai, que vivían en ranchos. Tan siquiera les quedó a esos pobres onde vivir, ya que no tenían a quién venderle ni un triste güevo. Los hijos de los patrones se fueron también, con sus familias; los viejitos, la niña Teresita y Pepita, la nieta güérfana, se

quedaron unos días, mientras les acababan la casa, que estaban haciendo en Volcanes. Cuando se jugaron ¡no le digo nada Juan de la Rosa: eso jue como si hubieran sacao cinco muertos! Los que quedamos y la gentecita que vivía puai, nos ajuntamos a decirles el adiós, y'eso era como si a todos se nos hubiera cerrao la güerfandá. Y eso era, Zarquito; güérfanos y méndigos quedamos toiticos. Los patrones convinieron con los señores Restrepos, dueños de la mina, en que yo y Higinio nos pasáramos a la casa de la mayoría, con los más hijos casaos, que se quedaran ái, pa que la casa no se cayera. Asina mesmo lo hicimos; y ái nos ajuntamos con la familia de mi compadre Nicomedes y con la mujer y los hijos de Esteban, el hijo mayor, que quedaron a la vela de nosotros cuando él se jué pal Anorí.

—¿Y dígame, madre Rumalda, ¿por qué no se quedaron viviendo en esa casa tan grande y tan linda?

—Pero, ¿de qué nos servía, Zarquito? Ni an pa nosotros dos solos hubiéramos ganao la comida, en ese abandono, contimás pa seis chiquitos que nos quedaban por levantar. Como Higinio no tenía medio rial pal principal, no pudo entablase en nada, aunque ha sido siempre tan trabajador y tan entendido en todo; y a yo, no me quedó a quién vendele un cuartillo de tabacos ni media hojaldra. Es que vusté no sabe, Juan de la Rosa, lo que es el acabe de una mina. Si vusté hubiera visto cómo quedó eso: ese era una lobreuez y una tristeza y una necesidá, que hasta los pajaritos se les vía el hambre. Y ver aquellos molinos abandonaos, y aquel rigor de jierro y de maderas y de cosas, pudriéndose por ái, tiraos en cualquier parte; y ver

aquellos socavones y aquellos apiques undiéndose; y las acequias derrumbadas go secas; y el rastrojo levantando por toítas partes. ¡Eso daba ganas de emperarse a llorar! El pobre Higinio vivía yente y viniendo de la mina al pueblo, por ver si topaba qui hacer; pero ese Volcanes quedó, también, como muerto con el acabe de la mina; allá se topó, un día, con don Matías Chaverra, que le propuso un negocio de compra de viver, pa unas minas de Remedios, y que se juera, también, de mayordomo pa su finca de "Aqualinda", onde nada nos faltaría. P'allá cogimos quizque muy contentos, aunque dejábamos en "El Criadero" el resto de la familia. Como no queda lejos, en un día nos pusimos allá. Pero vea, Juan de la Rosa: dende que yo vide esa cañada tan fea y tan jonda, me coló la congoja. Eso son unas cantumbas de lo más tristes, pu'aá en un'abra de Riofrío. La tal casa no parecía de cristianos: ni güertecita, ni un cerco, ni un desagüe, ni nada. Hasta falta nos parecía a yo y Higinio, meter en esa imundicia La Carmela y los otros santos. Eso era, mesmamente, un sesteadero de ganao y un nigüero, que las criaturas se nos pusieron imposibles. Ni en un mes pudimos sacar la porquería y desaguar los pantanos. Juimos a sembrar, muy en ello, siquiera colecitas y aliños; pero ¿quién le dijo?: las indinas hormigas no dejaban mática a vida. Juimos quizque a poner gallinas; y, al sol medio día, volaba la aguililla y alzaba con los pollos. A más d'eso, queda ese güeco a más de un día del pueblo; y puay no pasa alma ni hay recursos de ninguna laya. Allá no había más gente que la familia de ño Casiano Querubín, qu'eran: él; ña Rufa, su mujer; y dos hijas, mozas y bonitejas, que vivían ái cerca, en un pajarete. Quiz-

que eran los agregaos. ¡Tanté agregaos! No movían una paja: los dos viejos vivían pegaos del fogón; y las mozas, volando pu-ai sin oficio ni beneficio. Vivían que ni animales: ni rezaban un rosario ni salían a misa ni a confesase, ni tenían un santico ni pa conocer.

—¡Antonces no tenerían ni an religión!

—Pes a lo menos eso parecía. A poco comenzaron las andanzas d'Higinio, a las compras del tal viver; y yo me quedaba en poder de los meros chiquitos. Don Matías era tan desconsiderao con nosotros, que no nos dejaba sino maíz gorgojiao y unos granos contaos de frijol; y, como le demoraban tanto la paga a Higinio, pasámos hasta hambres. Cuando don Matías, go Miguel Antonio, el hijo, venían a la finca, trían su carne y su cacao; pero d'eso no güelíamos nosotros.

—¡Ah perecidos y malostratos!—exclama El Zarco indignadísimo—¡Ni an señores serían nada!

—Quizque eran de lo primero. En esas, vino una tos ferina que ¡no le digo nada, Juan de la Rosa! Me agarró los tres chiquitos y se los llevó a todos tres, en menos de dos meses. ¡Citos de mi corazón! ¡Sería por lo mal comidos que vivían los angelitos! Josecito y Floriancito se llevaron quince días de diferiencia; y Ana Rosita, la secaleche, quedó lisiada del pechito, y a los dos meses se me murió. ¡Las penalidades que pasamos en aquel desierto, con esos enfermitos! ¡Los trabajos pa llevarlos a enterrar a ese Sitio tan lejos! Pero asina lo dispuso mi Dios.

—No quedaron sino las de aquí?

—Meras. Pero eso jué lo de menos: lo pior era el mal ejemplo que ellas vian ái en ese monte, con el mo-

do de vivir y con los escándalos de don Matías y de Miguel Antonio: cada rato se agarraban y se irrespetaban, el uno al otro, con los dichos y los insultos más horribles como dos enemigos que se aborrecen.

—¿Peliaban el padre, y el hijo, madre Rumalda?

—Como se lo cuento, Zarquito.

—¿Y el hijo insultaba al padre?

—¡Como no tiene idea! Es pa que vea hasta ónde llegan los cristianos que no viven como lo manda la doctrina.

—Y por qué peliaban, madre Rumalda?

—Por cosas... di'ai d'ellos que vusté no tiene pa qué sabelas. Asin'es que vivíamos pegaos de La Carmela y de los Santos pa que nos sacaran d'ese monte; y ellos nos oyeron. Un día volvió Higinio, y me contó que el padre Colmenares le abría muy buen partido pa que nos viniéramos a trabajar aquí, en compañía con él; y qu'iba a partirse con don Matías; y a veninos, más hoy más mañana. Esa noche no pude ni dormir de puro alegre y esperanzada. Me acuerdo como si hubiera pasao ayer. Hacía una luna que parecía la mit'el día y la luz se colaba por las rendijas de la ventana. "Pintao", un terranova muy lindo, que dormía siempre en el corredor di afuera, echó a ladrar, a ladrar; y yo lo sentía como alebrestao y que salía hasta la puerta de trancas y se golvía de pa dentro. De presto se calló; y, a un ratico, sentí como gente y animales, ái en el mismo patio. A yo me dio mucho susto y jalé a Higinio y recordó. Nos levantamos con mañita, y más muertos que vivos nos pusimos a vigiar por las rendijas. Ai taba una vaca forástica, con su cría, y tres hombres, como muy miedosos, con bayetones muy largos, de alpargatos, con

unas sombreros de palma hasta los ojos, y con las caras tapadas con pañuelos rabuegallo. Uno de ellos tría a la espalda una carga tapada con enceraos. Llegaron hasta el corredor, descargaron; y echaron a decirse escuchos; pero apenas les oíamos el murmullo. De presto tocan, muy duro, en la misma ventana. “¿Quién es?”—les pregunta Higinio.—“Gente de paz”,—contesta uno con una prenuncia muy maluca, como supuesta.—“Hablo con Higinio Mira?”.—“Sí, señor”.—“Pues levántese, agora mesmo, sin demorarse un minuto, pa que reciba una encomienda que les mandan. Por una carta que le dejo encima, sabrá todo. Pero no destape sino adentro”. Esto que dice y se güelven los tres como venaos guyendo de los perros. Cuando nos tirábamos la cobija encima, pa salir, oímos el llanto de una criatura recién nacida.

—¿Era yo, madre Rumalda? salta El Zarco llorando.

—¡Vusté mesmo, mi Zarquito!,—contesta la vieja no menos conmovida y arrimando a su regazo la cabeza del ángel.—Ya ve, pues, que nu-es botao, como le han dicho, sino mandao, en toda regla. Prendimos vela y lo entramos. Sobre el encerao vimos la carta. En letronas muy grandes y muy patentes decía: Al señor —Higinio Mira—en Agualinda. Debajo de los enceraos estaba el cajón (ese mesmo que está en el zarzo), con arcos de chusco y tapao con una sábana muy fina, que tengo puai guardada. Vusté venía muy arregladito en su almuhaíta, con un rigor de pañales, a cual más fino y con una mochila replet’e plata. Yo lo cogí, con tanta lástima y tanto cariño como si fuera de nosotras. Y de yo y Higinio ha sido: vusté lo habrá visto.

Nada le responde El Zarco, porque el llanto no lo deja. Madre Rumalda trata de consolarlo con caricias en la cara y en el cabello; y luégo prosigue:

—Higinio abrió la carta, con mucha curia, y echó a lela. Como la leí tantas veces, casi la sé relatar de memoria. Decía que nos escogían a nosotros pa criarlo, porque éramos de mucha religión y de muy buena concencia; que lo sacáramos de pila cuanto antes; que lo criáramos en el trabajo y con toda la religión que teníamos; y que le diéramos el apelativo de Higinio; que ái nos mandaban, pa la crianza, quinientos pesos y una vaca parida de ternera; y que si d'ella resultaban más crías, eran en compañía con vusté; y que si vusté fallecía, todo era de nosotros; que guardáramos todo el secreto que pudiéramos; que dijéramos que vusté era un nietecito güérfano; y que no intentáramos averiguar quién eran los padres de vusté; que, si algún día, ellos lo reclamaban, ellos darían su modo y su maña.

—Pero vusté y taita Higinio siempre saben quién son mis padrecitos!—gime el chico.

—Nó, mi Zarquito: lo inoramos por completo. Tan solamente supimos, con sólo velo a vusté por los pañales y esa carta tan bien puesta, que sus padres son gentes de lo primero de algunos de estos pueblos de estos laos, go tal vez de Rionegro, go de La Marinilla, go de la misma Villa. ¡Quién sabe, mi Zarquito! Y pa que lo sepa de una vez, el señor Cura cree que sus padrecitos no lo buscan ya. Yo también lo creo: ya vusté tá demás de crio.

El Zarco pasa del llanto a los sollozos; y todo atragantado, murmura a poco:

—Vusté y taita Higinio tenerán la carta guardada. Muéstremela, agora, siquiera pa yo leela. Sería mi madrequita que la escribió.

—Es'es otra, mi Zarquito. Esa carta ya no la tenemos: cuando abrieron el arcón se la llevaron.

—Sí, madre Rumalda? Ya sé quién fue: mi tío Siméon. Pero la sábana sí me la muestra y me la da, pa yo, guardala, ¿no es cierto que sí?

—¡Cómo nó, mi Zarquito! A la noche se l'enseño; y, cuando le consigamos el baúl, se la doy pa que vusté mesmo la guarde.

—Bueno, madre Rumalda; pero no fue vusté la que me dio de mamar.

—Bien dice, mi Zarquito: ya yo no criaba. A vusté le daban las hijas de ño Querubín, que eran muy alentadas.

—¿Ellas eran, pues, casadas?

—Pes no. Mas sin embargo, todas dos taban criando.

—Ah! Pues por eso eran las peleas de don Matías y el hijo.

—¡Virgen del Carmen, mi querida madre!—clamo-rea la vieja santiguándose.—¡Vusté si está bien fatal! Ni un viejo tiene esa experiencia. Bien lo dice el señor Cura que este pueblo se ha vuelto una perdición y que ya ni los chirringos son inocentes.

—Es que cuand'uno es hijo natural y con padre-citos tapaos, como yo, tiene qui aprender muchas cosas malas. ¿Qué va hacer uno, pues, madre Rumalda?

—¡Hasta asina será: este mundo es tan fregao! Y vusté, con esos alcances y esa averiguadera... y vea:

no me dio nait'e brega su crianza: dende chiquito era tan alentao y tan paciente; y jué tan de buenas, que a Silveria se le murió la muchachita; y, aunque echó pelea con los taitas y con los Chaverras, siempre se vino pa acá con nosotros y aquí acabó de crialo.

—¿Qué s'hizo la Silveria?

—Pes a unos días, cuando ya vusté taba destetao topó aquí buení marido, aunque tenía mala nota, y se jueron a vivir a La Clara. Allá quizque están muy en grande y viviendo muy bonito. Pa más jué ella que mis hijas, pero asina son las determinaciones de Dios. A ésas, dentró mana Casimira y ella lo ha criado y lo ha güelto asina de consentido (apurando las caricias).

Cuéntale, luégo, los adelantos de la vaca, el cálculo que han hecho en dinero que le beben, y, cómo, por vía de devolución han de dejarle en el testamento, el cuarto de los bienes, el cual se lo entregarán al cumplir él los veintiún años.

Juan de la Rosa se explica, entonces, el odio de sus tías y de los maridos. A los pocos días lo acaba de instruir el señor Cura. Llanto le cuesta persuadirse de que sus padres lo abandonan por toda la vida; mas ya no piensa en huída, sino en irse con toda formalidad, apenas mejore taita Higinio.

Llega noviembre, un noviembre aterido y neblinoso, de lloviznas insistentes, de tristeza en el terruño y en el cielo, de doblar frecuente por las Animas. Atedian, en esas latitudes de Tambogrande, el olor acre del pantano, el entumecimiento de las cosas, el gotear desde los árboles y los aleros, las hondas huellas de hombres y animales en los senderos reblan-

decidos, y esa mugre negra que toma paredes y maderas, troncos y follajes, cercos y vallados, en prinques y chorretas y que apocan el ánimo con el aburrimiento de lo sucio, y sugieren ideas de disolución y podredumbre.

Pero a mano Higinio no le atajan ni fangos ni lluvias ni los ruegos de su mujer ni las exhortaciones del señor Cura, para sus ritos devotos, en este mes de las Benditas Animas. Así, en pecado mortal y privado de sacramentos, se entrega, con toda su alma, a esas sus amigas y patronas del purgatorio. Como de costumbre, ha mandado rezar las tres misas y los cincuenta responsos, el día de difuntos; como de costumbre, ha hecho arreglar por la habilidosa Eustaquia, las dos ánimas del altar de la Virgen del Carmen, de la iglesia, en las andas de La Carmela; y las ha llevado, en procesión al cementerio, en amor y compañía de sus cofrades Bruno y Zacarías Giraldo, hermanos entre sí y adictos, como él, a estas almas, que interceden, en medio de sus penas, por las que dejan en la tierra.

Más que artista ha estado Eustaquia en este año de las grandes creaciones tambograndeñas; ha colocado las dos imágenes de tabla recortada, en postura angular, mirándose una a otra, entre un purgatorio de ramas de ciprés y rebujones de trapos negros y amarillos. Las espaldas, de pura tabla rasa las cubren las llamaradas de percalina.

La chiquillería y hasta la grandería sigue con sorpresa y susto delicioso este paso de emblema y de misterio. Los conductores mismos y el modo como se han colocado despiertan mil ideas; mano Mira con su barba de Padre Eterno y su cara abismada, va ade-

dante, abrazando los palos de las andas; los GiralDOS, hirsutos y montaraces, cargan los suyos, atrás, entornados los ojos y cabizbajos. Los tres forman como los vértices de un triángulo, más simbólico que geométrico.

No es para menos tanto intrigamiento: los GiralDOS son en el pueblo objeto de mil consejas. Son célibes y viven como ermitaños en una finquita de campo, que labran, para su propio sustento. Se asegura que no prueban carne, ni sal, ni dulce. Sólo salen al pueblo a misa y sacramentos, por la fiesta del Carmen y en las noches de noviembre: en las demás del año, así en invierno como en verano, prenden grandes fogatas en el patio y asan raíces, mientras rezan el salterio, cantan alabados y conversan con las Animas. "Oiga, hermano, cómo piden oraciones"—dice Zacarías. "Recemos, hermanito, todo el ejercicio"—contesta Bruno; y ambos a dos se postran de hinojos y plañen en redor de la hoguera.

La devoción de Las Benditas Animas les hace fraternizar con ma Higinio, única persona con quien tratan en el poblacho. Se dice que él ejerce con ellos ocultas caridades; y que se han contagiado, recíprocamente del fervor animero. Quiénes tienen a los GiralDOS por santos; quiénes, por locos rematados; quiénes por farsantes.

La locura de ma Higinio ya no es secreto para nadie; pero a muchos les da, también, un tufillo de santidad; así es que el paso de Las Animas en la fúnebre ceremonia es un espectáculo entre risible y edificante. Los animeros siguen impávidos, imperturba-

bles muy lejos de las ánimas vivientes de este mundo misterioso.

Al Zarco que va de monago mayor, con la cruz alta, se le saltan las lágrimas al ver la exhibición de taita Higinio.

El sacerdote progresista se quiere ofuscar con esta cócora piadosa pero el superior le desalarma.

—No se sofoque mano Isaías—le dice sonriendo.—A Dios le agradan todos estos títeres, porque son de buena fe. Recuerde lo que dicen los Libros sobre la “Locura de la cruz” y todo lo que hacían algunos santos; recuerde que somos curas de almas montañeras.

—Ciertamente, padre: cada cuál practica a su modo.

En este mes no yace ocioso, al pie de la Carmela, “el esquiloncito de Las ánimas”. ¿Para qué os quiero, metal sonoro y badajillo lastimoso? Desde las diez de la noche, llueve que truene, ya está ma Higinio, tilín tilín en cada puerta, en cada ventana, pide que pide “un padrenuestrico pa Las Benditas Animas del Purgatorio”.

Repasado el pueblo, váse al cementerio. A su puerta encuentra a los hermanos Giraldo, postrados en tierra, en aquel dúo de rezos gemebundos. Visten flecos los dos en tales casos, sendas capas de iraca que el industrioso Bruno ha fabricado con flecos superpuestos como de escoba. Semejan dos bohíos vivientes. Muchos ociosos van a observarlos y no falta algún hidalgo que les tire piedra a estos espantos tan conocidos como inofensivos. Ma Higinio se les une y el terceto se prolonga hasta las tantas de la mañana. Si alguna vieja o rapaz se les arrima, se van

con su rezo a otro punto cabe las blancas tapias del camposanto: es como un sacerdocio que sólo a ellos compete.

Mana Rumalda, que enantes viera en todo esto una devoción especial y sólo dable a los varones libres que a todo pueden exponerse, pasa ahora, mientras Las Animas descansan, con estas preces, las penas del purgatorio. ¡Qué dormir ni qué rezo ni qué nada con aquel sobresalto! Su oído está alerta para escuchar el tiro: se le ha metido en la cabeza que esos Caliches tentados se van a provechar del estado del pobrecito Higinio para apaviarlo cualquier noche. ¡Con lo furiosos que estaban con él! Y cuando llueve y siente el río crecido, se le antoja su Higinio, arrastrado por la corriente, ni más ni menos que el difunto Bohórquez. ¡Y qué rezos sin formular a Las Benditas Animas!

Mas, en esta bola de dichas y armonías, no todos han de padecer. Mientras Rumalda pasa la pena negra, Tambogrande, en masa, se regocija en El Señor. Ya han principiado el novenario y las salves de la Patrona; ya la "Banda de los Castros" tan escasa, pasada y lugareña, pretende imitar la de Santa Rosa; ya el Coro quiere anticiparse al de Rionegro; ya la pólvora sagrada augura con sus lumbres y tronamentas, lo que han de ser esos días jubilosos que se acercan; ya la chiquillería corre desalada a la disputa del popo vacío o del cohete que no quiso reventar en ese cielo gris y nebuloso.

VII

Desde el postrero del mes llega a Tambogrande el preludio infalible de toda fiesta titular, por aquel tiempo: es ño Lucas, personaje tan célebre que, como el Dante o Virgilio, no ha menester de apellido. No tuvo el Congo otro ejemplar más castizo. Viejecito y ciego, no gasta lazarillo, aunque recorre media Antioquia de fiesta en fiesta, de vericuelto en vericuelto. Todos le guardan la limosna del año: y él saca gastos con sus aleluyas y recitados, como que es el gran propagandista de nuestro romancero. A cada fiesta trae una novedad. Su vocecilla, medio bozal y ya senil, que articula la ere como ele y que él sabe quebrar en inflexiones y tonos graciosos y efectistas, es como un sortilegio poderoso de simpatía. Adu na a esto su aseo, tan raro en un mendigo, su mismo tipo y esa sonrisa, dulce y melancólica, de ciego. Hé aquí un bohemio jocundo y vencedor, que supo buscarle el cuarto de hora a la pública caridad.

Desde el primero llegan las avanzadas, no menos infalibles, del goce aleatorio, vedado todo el resto del año. Llega, desde El Peñol, el clásico Hincapié, con su ruleta que actúa hasta en las casas del copete; desde don Matías, "El caratejo Gómez", con sus gallos

que enloquecen a los tambograndeños; desde remedios, "el negro Marcelo", con sus dados, que han llegado a tentar hasta a ma Higinio y a dar capote al viejo Simeón.

Tras éstos van llegando los profesionales de la cachimona, del bisbís y del boliche, que arman su timba así en la plaza como en cualquier esquina de Callecaliente.

A no ser por los faroles de los ventorros de comestibles, donde albean los cerros anuales de bizcochuelos blanqueados y las hileras con los vasos de horchata; a no ser por las porteriles lámparas del estanco, no se le notara al pueblo la gala de sus fiestas, a pesar de las salves y de la pólvora: lo que son los enlucidos y deshierbas del bando, han quedado de la vista de los perros, con los últimos aguaceros de Las Animas. Por ahí retocan, como pueden; pero, en fin, en el blanquimento no está la monta de la gala, aunque así lo entiendan muchísimas beldades.

El primero, hay el gran número, que don Luciano ha olvidado en el programa: el tope de La Chirimía.

¡El tope de La Chirimía! ¡Oh, vosotros los que no habéis estado en este caso, os falta un dato en la felicidad de vuestra vida! Desde las dos van saliendo las tandas de rapaces y rapazas, camino de la dicha. Las avanzadas llegan hasta el Alto del Candil, y... nada. Los habrían engañado? ¡Qué ansiedad! El grupo crece y crece. Hay que volverse al pueblo chasqueados. ¡No hay remedio! Van a hacerlo, mas, de repente, asoman allá abajo; por un recodo del camino, tres figurillas, tamañas como ratas. ¡Ellos! ¡Qué hurra! La rapacería se desgaja falda abajo como

un alud. Los chirimeros lo entienden todo, y la nota aguda de los clarinillos y el punto del tamboril resuena por esos montes, cual si los tañesen los genios de la selva. Se aproximan. A saber de ovaciones, entrarán los héroes en hombros, como hacen con los toreros. Son tres negrillos serranos, con calzones co-gepuercos de lienzo blanco y flojo, camisa por fuera, ruana corta, sombreros cónicos de caña y mugrienta chácara de cuero. Sin dirigir la vista al tope, avanzan serenos, cual dioses de un Olimpo africano, hipnotizados por sus propias armonías. Al darlas a los oídos del mortal, se inflan cual fuelles sus carrillos de ébano, se ensanchan sus fosas nasales y, cual goteras de esperma en paño fúnebre, albea lo blanco de esos ojos, guineos, apuntados al horizonte.

Con "La Guacamaya" empatan un airecillo ingenuo de guabina o cosa tal, y, con éste, otro, como alarido agorero de monte virgen, vocalizado por una mica Tetraccini y un mono Caruso. Es todo su repertorio. Con él sostienen, por cinco días, el regocijo de lo profano y la solemnidad de lo religioso. Cuando entra al pueblo aquel encanto, no hay señor que no le salga a la calle ni dama que no le corra hasta la esquina. ¡Ya están en fiestas! Por las mismas vértebras de los viejos pasa la mágica corriente.

El programa consigna para el dos un número esencialmente tambograndeño: el tope al vestido de La Patrona. Como cosa privativa de la parroquia, se proponen celebrarlo, con el fanatismo de un rito prestigioso de familia. Desde medio día van saliendo, por grupos, del cogollo para abajo. Ellos, de aguadeño y flux de dril aplanchado; ellas, de pañolón al cinto y pastorales sombreretas: cuáles, con tiples; cuáles,

con guitarras; todos, de alpargatas amarradas y con los canastos de provisiones y con los trastos para el cacao.

A la vera de aquel camino de las venturas van acampando. Estos, a la sombra de los yarumos; aquéllos, bajo los dragos; esotros, entre las espesuras de los helechales. Quién prende la candela, quién acarrea chamizos, quién atiza, quién sopla; todos quieren intervenir en la hechura de aquella chocalatada paternal.

Entre retozo y retozo, se echan discursos los ojos juveniles y les murmuran al oído aladas palabras que se escapan del alma, mientras vibran las cuerdas y se entonan las canciones y reparten las mamás las humeantes jícaras, los roscones de pandequeso y las cocadas. Pasado el bullicioso gaudemos, berréase en coro, con divertida discórdancia, la tonadilla en boga; y se ensayan, en el camino, para el gran sarao de la noche titular, los pasos de "La Garibaldina Floreada", las vueltas, con aguacates y zapateos, "la polka de tacón" y la contradanza española. Interrumpen estos devaneos el paso de caballeros y amazonas, de gentecillas pedestres y de la truhanería que hacia el pueblo se encamina.

Aunque el traje de la Patrona está más que traído y retraído, en muchísimo sigilo, por supuesto, don Luciano, el hombre de las andróminas, ha industriado el número con muchas sorpresas y sabidurías: allá como a las cuatro, repunta, por Moro, el negro Juan Palacio, con ingente maleta, muy bien embalada, que lleva este rótulo: "Vestido de Santa Bárbara". Los topantes se congregan y siguen en redor de lo to-

pado, y cual si la celestial brujería obrase también en tan santa mistificación, estallan, al coronar el Alto de Miraflores, triunfales estruendos de clarinetes y barítonos, cornetines y bajos, timbales y parches, en rompientes glorificadores. Es uno entre marcha y valse, traídos a estas montañas, poco antes en armas, por la invasión irrisoria de Mendoza Llano. Tiene esto letra épica y entonación heroica. Los papás del tope, que tanto lo conocen, cantan, así sean más godos que Berrío, parejos con la banda:

**Los hijos de la Costa,
ya libres del tirano,
del antioqueño hermano
acuden a la voz.**

**Nosotros romperemos
las cadenas que oprimen
a los que tristes gimen
bajo opresión atroz.**

¡Mucho que sí!: en los campos desolados de Playas quedaron los rompimientos. ¡Y viva la banda y viva Santa Rosa! ¡A “paso de vencedores” al són de músicas y de aspavientos, entra a Tambogrande la rotulada maleta que nada guarda: que la fe y la creencia también sacan seres de la nada.

Por aquel lugarón, tan desierto de ordinario circula, en tal momento, la abigarrada muchedumbre que a tales festejos acude: los mejores bundistas y cantores del Estado, troveros de las minas de Remedios, negras bailarinas de Yolombó, buhoneros chalanes, vendedores de joyas de pacotilla del Guarzo y Gi-

rardota, carrileros de Envigado, zapateros de Rionegro, alpargateros de Marinilla, y toda esa hampa azarosa y heteróclita que va tras los gallos, el dado, el aguardiente y la rapiña. Los improvisados fonduchos están copados y en las casas de la caciquería se alojan señoras y caballeros de La Villa, de Rionegro y de otras poblaciones, más o menos importantes.

Terminadas están las barreras para los toros, y, contra su tablamenta se levantan las toldas de comestibles y bebestibles: ya se oyen, por esos ventorros festivos las baladas de la cazuela y de la paílla; ya hinchán el éter sereno de esas noches de verano, los efluvios provocativos de la empanada y del chorizo; ya emergen sus hálitos oleosos los ollones de ajiaco y de mondongo; ya la morcilla trasciende, por todo el pueblo, con todas las alharacas y fragancias de una manifestación democrática.

Custodian el pueblo hasta treinta horqueteros ambulantes, cuerpo policíaco que ha creado el Alcalde, por inspiraciones de don Luciano; y cuatro cepos macizos, contruídos al efecto, esperan en la cárcel, patas y garras delincuentes.

Entre la lista de las celebridades que han llegado, figuran, en primera raya Joaquín Yepes y Rafael Euse, famosos bundistas del norte del Estado, que trabajan en concierto, de fiesta en fiesta, al igual que ño Lucas. Figuran los sensacionales don Timoteo Campanillas de Rivero, y su primogénito Emiro Antonio, de la cepa esclarecida de Rionegro, ricachones y entonados, por añadidura. Es el mozo nada menos que el dolor de cabeza de La ñata; y se asegura que padre e hijo vienen, propuestos en ristre. Hánse aloja-

do en casa de don Justo; y el galán se ha botado a la calle, como un brazo de mar, con sombrero de copa y capa de emboso colorado. ¡Viérase al mujeriego tambograndeño que ni colmena alborotada! ¡Ñata más dichosa! Pero la pobre está en mil apuros atendiendo a sus primas Mirandas, que han llegado de La Villa; en los arreglos de la Patrona y en los últimos perfiles de las galas que dirige y de los indumentos de la comedia. El susto, por la grata cuanto inesperada nueva, no le deja hacer nada a derechas. ¡Podía haberle avisado ese diablo! La ha cogido, si no matada y de trapillo, no como ella deseaba. Al saber que está muy plantado en la esquina, se retoca a la diabla, se prende rosa en el cabello, se asoma a un balcón. Mirada y sonrisa, sonrisa y mirada, y... nada más, porque los muchachos, con la novelería pueblerina, se están amontonando en la esquina, y, en las tiendas, están todos de ojeo.

El Zarco, mudando de colores, acude a poco, sumamente aseado, a la cita para la prueba del vestido. ¡Qué temblor y qué cosa aquella de tormento y de fruición, cuando La ñata, aguja en mano, toca aquí y allá, por sobre el trapo medio hilvanado! La amada, que desde hace días le ha adivinado y celebrado el enamoramiento, lo regaña, entre páfida y festiva: "state quieto, Zarco, o no te vuelvo a querer". Peor "Este muchacho parece azogado, te voy a chuzar con la aguja, si sigues bailando". El Zarco entorna la pupila divulgadora y brega por ponerse rígido y por reír. Imposible: como flagelo le caen las gentiles chircotas de la amada; y a él, Juan de la Rosa Mira, con sus instintos calderonianos, educados en las proe-

zas del Patojo y de Sebastián de las Gracias, se le viene al pensamiento, que si él fuera ya el hombre sabido y orador, que iba a ser, tendría de desafiar, de vencer y de quitarle la novia, así botado y todo, a ese rionegrero tan orgulloso.

Al salir, se le figura que quiere más a La ñata y que, si no se podía casar con ella, ¿qué iba a hacer él con toda su sapiencia y su oratoria? Y El Zarco se pone triste, un cuarto de hora.

Al medio día del siguiente sale la comisión de la cantarilla para la iglesia. Dos señoras jóvenes, seis señoritas y cuatro pepos, de lo más granado, la componen. Ellos, más o menos anticuados e inarmónicos de traje; ellas, recreándose en sí mismas, dando las primeras el golpe, con el "Sanedrín" modernísimo; los doce, con el pueblerismo de gala, el más característico y acentuado. Se cuelan al estanco, y a las casas de juego, se entreveran en los de la calle, se ingieren en las montoneras de los bundes, le piden apunte a todo bicho forastero. "Que paguen el piso", repite, a cada boleta, Adelaida de Luna, una mona pecosa, tonta y presumida que ostenta mucho oro, botines grisientos de satín, traje verdelora y el más costoso de los sanedrines; uno de colas tremolantes, con todo y mariposa, posada en el ramo. Plebe y chiquillería siguen la comisión como a un sainete, por entre el embolismo de horqueteros y borrachos, de vendedores y bundistas, de cachimonas y de ruletas. Nunca en Tambogrande se viera tal jolgorio ni muchedumbre tanta.

Vísperas y salve se tocan desde temprano para darles tiempo a la pirotecnia y a la comedia. ¡Qué re-

voltijo más delicioso de "música sería", con chirimía, qué cantorios, qué pólvora y qué alféreces! Los cohetones de luces alumbran las cordilleras con sus lumbrazos multicolores, desgranados desde las nubes; las girándulas, verticales, horizontales y de soslayo, se abren, estallan, y loquean, cual crisantemos endiablados; las coronas imperiales lanzan estragos, en giros frenéticos de juicio final; los opuestos postes del tiroteo se disparan en tronamenta del infierno; el castillo chato y el puntiagudo se inflaman, uno tras otro, serenos y silenciosos, con sus cornizones policromos, sus puertas de arco, sus impostas, para producir el estallido postrimero. ¡Salve Tambogrande mirífico!

A las ocho se traslada la santarrosa gente a la enfarolada puerta del teatro, casa de don Gregorio Timoneda, el gran patio de la localidad. Una garibaldina a todo viento, a todo timbal, a todo bombo, retumba, por esta plaza, cual la diana de entusiasmo delirante. Forasteros y vernáculos acuden en montonera.

Don Luciano, alma mater de las fiestas, ha sacado en ese patio todas sus invenciones y su ingenio todo: recorre tres lados del recinto, uno como zarzo, embarandado con tablones; le alumbran candilejas en los postes, candilejas fuéramos del barandaje, candilejas delante del proscenio. El progresista asimilador como él solo, ha tomado para el suyo, el pareado del teatro de la Villa, y lo ha fijado, en negrísimas letro-
nas, en el trapo blanco del telón. Pero he aquí que una gotera envidiosa ha caído sobre la última palabra, el humo de pez se ha corrido y la gente lee: "El

ánimo del joven experimenta". Acaso esté más en lo cierto la gotera que la sentencia. Todos aquellos zarzos encargados con anticipación y que han costado tantas peleas, entre el mujerío, por su emplazamiento y visibilidad, amenazan hundirse al peso de tanta dama. Las viejas chillan a cada traquido del andamio. Todas las tambograndeñas delanteras llevan, con divisa de última elegancia, el imperial "Sanedrín"; las forasteras, ninguna; La ñata tampoco. Luce, sí, el corcelete y el chorrillo de las funciones de la Luque. La alcaldesa no se siente ya tan humillada y la de Luna se intriga, cavila que más cavila. En las forasteras de otros pueblos, se lo explica: estaban muy pasadas; pero en las villanas, las rionegreras y La ñata ¿cómo explicárselo? Se comunica con sus vecinas, quieren leer en las caras del Perucho y La ñata; y la tormenta se va formando. Música va y música viene.

Por fin se levanta aquel telón, y nada que se despampana aquella gente: esperaba reyes con coronas y personajes con sombreros de pluma y sólo ven a don Luciano y a doña Moya carpintiando, como en cualquier carpintería y como cualquier carpintero y echando décimas como ño Lucas.

Aunque el drama o lo que sea no tenga ni un ápice de Alvarez Quintero, diz que pasa en la mismísima Sevilla. Por fin surge la heroína o sea Arcesio, el de don Justo. La ñata, que lo ha pergeñado, no había de ser más colorista y local que el autor. Resulta deslumbrador y a la última, con todo y "sanedrín". Hombres y mujeres le proclaman a una, cual reina de hermosura. Con su voz más que viril, con elle y zetas muy patentes, ondulando y sermoniando, ahora llo-

rón, ahora frenético, con toda la prosopopeya y la altisonancia que le ha enseñado don Luciano, declama y gesticula aquella versificación que ha menester lanceta. Arcesio es la gloria del maestro y la envidia del Zarco. Más, ¡cuál se ve el pobre para manejar aquella faldamenta ampulosa, berrenda en solferino y en negruzco; y aquel aparato de crinolina, que no cabe por las puertas, que se pára indómita, atrás o adelante! ¡Y cuál se carcajean los muchachos, al ver aquel machón tan experto, muy puesto en bello sexo, con bragas femeninas muy franjeadas!

Como hay cabañas en el monte y nada es pintado, se eternizan aquellos entreactos. Pero, mientras tanto, los cachacos echan el resto obsequiando a las damas. De palco en palco pasan las bandejas de bizcochuelos y mantecadas y los azafates con las copas de Oporto Rosoly y "Bálsamo de los Pirineos". El mujeriego de segunda se entrega a las delicias de la empanada y de la horchata; que, a galantes, no les ganan los placeños de mostrador y telas, a los calliabañeros de carnicería y enjalma.

Por fin, cuando la sevillanita deshonorada se ha enloquecido y ha depuesto sanedrín y crinolina, aparece El Zarco, rosa en mano, por entre los marchitos ramajes de sauce llorón y de chagualo. Con la sola salida lo ovacionan. La ñata, inspirada en "La Caprichosa", ha hecho que le compren botines, con cañas de tafilete y puntera bordada; y le ha forjado un ataje de pana roja, con boína ladeada y solapón de encaje; le ha alborotado el cabello, el rosicler y la blancura. En verdad que parece un pajecito de romántica leyenda. Anselma e Isidora tragan veneno. Por for-

tuna que Fidelina no ha querido presenciar “las gracias de ese mocoso”; que si las ve, revienta de la injuria. Lástima que mana Casimira y madre Rumalda no estén presentes.

Juanito,—que tal se llama,—coquetea con el público mientras pasa la explosión, y, al toparse con su padre, a quien no conoce, e inspirado por el aplauso, recita muy puesto en carácter: “Míra, traigo una rosa para mamá”. Otra salva. El actorcillo, que está en los toques, saluda con la rosa y apunta sus ojos luminosos al palco de La ñata.

—¡Qué mono tan cuadrado!—le dice el novio, que se ha quedado en el zarzo desde los obsequios.

—Es su rival, Emiro, ahí donde lo ve. ¡Si viera cómo temblaba ayer cuando le probé el vestido, y cómo se puso ahora cuando lo estaba arreglando. ¡Casi tuve que declarármele para que se calmara y no fuera a salir deslucido en la representación. Esa es la criatura más rara y más inteligente.

Y, mientras El Zarco representa, ella le cuenta a su prometido la historia del expósito. Llega la escena al primer hervor, en que el seductor reconoce al muchachito; y El Zarco llora y besa muy de veras, y el público se lo ríe. Desde los ensayos se le ha antojado que este paso del drama es uno como presagio, en personas vivientes, de algo igual que ha de acontecerle en su vida. Y ahora, impresionado con la ficción, se le quiere imaginar que Arcesio, por más que no tenga nada de rubio, es esa madre tan linda que él se sueña. Cuanto a su padrecito, ni antes ni ahora se ha preocupado de él demasiado. Todos sus instintos filiales, eso entrañable que siente en ese corazón-

cito tan anticipado, se lo dedica a esa madre a quien no conoce. Algo le dice que a ella, más que a su padre, debe consagrar su ternura. ¡Ay Dios mío! Si él quería tanto a mana Casimira, así tan defectuosa e infeliz, ¡cuánto más querría a esa mujer tan bella que le había dado el sér. Ay! Aunque iba a ser una persona muy grande, siempre iba a llevar una vida muy triste, así.... de botado y sin La ñata.

Tal queda, que doña Josefita, interventora en el arreglo y vestuario teatrales, a quien mana Rumalda le ha confiado el chico por esa noche, lo manda a que se vaya a dormir, sin el remate de la función.

Don Luciano está que trina con ese público estúpido que ha de tomar a risa y a chacota ese drama tan sublime, tan bien interpretado y de tanta moraleja y enseñanzas. ¿Querían sainete? Pues allí les iba "El viejo" para que se desternillaran de risa.

Sale, hecho un esperpento de vestimenta y decrepitud, y, acompañado de guitarras y bandolas, con voz de temblequeos seculares, canta, muy en música:

**Aunque soy tan viejo
siento palpar
este corazón,
cuando oye cantar.**

Siguen otras coplas, más o menos picantes, sobre mujeres y modas, muy celebradas en ese entonces; pero ¡cosa rara!, por más que don Luciano agota las piruetas, la gente ríe poco, a pesar de los tragos. Ante animales de esta especie no se podía trabajar: se iría, con la compañía a Volcanes, donde sabían apreciar el arte.

Las Mirandas y el hermanito que las acompaña, que son maleantes y observadores (triscones y gozones que dicen), saborean por primera vez los estilos y usanzas lugareños. Perucho y La Ñata han tenido que enterarlos del origen de los "sanedrines", para que no vayan a salir con alguna inconveniencia y les ayuden a sostener la caña. ¿A quién mejor que ellos? No es poco el jugo que le sacan a la comedia, a la tal moda, a otras elegancias y a las creaciones de don Luciano. Herminia, con esa insinuación y ese buen humor de chica de corte que quiere divertirse en el cortijo, felicita, con páfida habilidad a todas sus vecinas de palco por el lujo, el gusto y la moda de Tambogrande. Como ella y su hermana Josefina no se figuraban tantísimo adelanto no habían traído sus "sanedrines", por no llamar la atención con moda tan reciente como aparatosa. Y mucho que les había pensado, porque se veían muy pasadas y sencillotas, entre damas tan bien vestidas. Las felicitadas se bañan en nardo y ambrosía. Pero al Mirandita, a quien han obsequiado con varias copas, se le escapa alguna alusión muy transparente.

Estas dos versiones mirandinas se saben y se comentan, desde esa misma noche, merced a la electricidad pueblerina.

A las ocho de la mañana del gran día, va Emeterio Luna, el esposo de Adeliada, a hacerle cargos muy injustos a Perucho; y que la señora del alcalde dijo; y que la otra agregó; y que ésto; y que aquélló; y que lo de más allá; y que las forasteras, de Marinilla y de Rionegro no han oído mentar más sanedrín que el de la pasión de Cristo. Perucho, con la serenidad de la inocencia, le deja despotricar a su gusto, y,

cuando todo lo ha vaciado, le muestra una carta. Es de la casa, en donde ha tomado las galas palpitantes, y le dice que remita por expreso los Sanedrines que no haya vendido y que le darán buena utilidad. Aún duda el chismoso de Emeterio; pero, a esas y las otras, ven a Mirandita y al insigne Arcesio, que viene con Herminia. Ella lleva con donaire ciudadano el sanedrín de La Nata. Van de paseo al "Camellón Córdoba" y a conocer el "Puente Real", el gran monumento y el punto pintoresco de Tambogrande. La alcaldesa queda derrotada; Rionegro y Marinilla, que han vencido en Coro y Pólvora, mala la han en esta del Sanedrín.

Antes que dejen, llena la iglesia la devota muchedumbre, para aquella misa de las misas.

Adentro, cánticos y cobres, airones de estoraque, profusión de luces y de flores, relumbrones de emblemas en campo rojo, ceremonial inspirador de re-vestidos; afuéra, chirimía, cohetes, truenos, berridos de plebe, carreras de la granujería tras los popos; adentro, preces fervorosas, lágrimas de ojos seniles en ritos solemnes; afuéra, fatiga de guayabo, sonambulismo de trasnochados, bascas de borrachos, justicias de horqueteros.

Teñido está de rojo el púlpito vetusto. Surge en él la figura espectral del orador Carlos Mejía. Parece un lirio, medio mustio, en un vaso de sangre. Es un enfermo incurable y dolorido que ha menester morfina para sostener su vida atormentada. Su rostro exangüe y demacrado, sus manos de cera virgen, el fulgor calenturiendo de sus negros ojos, unidos a sus virtudes y a su ciencia, le prestan aire misterioso de

Las Mirandas y el hermanito que las acompaña, que son maleantes y observadores (triscones y gozones que dicen), saborean por primera vez los estilos y usanzas lugareños. Perucho y La Ñata han tenido que enterarlos del origen de los "sanedrines", para que no vayan a salir con alguna inconveniencia y les ayuden a sostener la caña. ¿A quién mejor que ellos? No es poco el jugo que le sacan a la comedia, a la tal moda, a otras elegancias y a las creaciones de don Luciano. Herminia, con esa insinuación y ese buen humor de chica de corte que quiere divertirse en el cortijo, felicita, con páfida habilidad a todas sus vecinas de palco por el lujo, el gusto y la moda de Tambogrande. Como ella y su hermana Josefina no se figuraban tantísimo adelanto no habían traído sus "sanedrines", por no llamar la atención con moda tan reciente como aparatosa. Y mucho que les había pesado, porque se veían muy pasadas y sencillotas, entre damas tan bien vestidas. Las felicitadas se bañan en nardo y ambrosía. Pero al Mirandita, a quien han obsequiado con varias copas, se le escapa alguna alusión muy transparente.

Estas dos versiones mirandinas se saben y se comentan, desde esa misma noche, merced a la electricidad pueblerina.

A las ocho de la mañana del gran día, va Emeterio Luna, el esposo de Adeliada, a hacerle cargos muy injustos a Perucho; y que la señora del alcalde dijo; y que la otra agregó; y que ésto; y que aquéllo; y que lo de más allá; y que las forasteras, de Marinilla y de Rionegro no han oído mentar más sanedrín que el de la pasión de Cristo. Perucho, con la serenidad de la inocencia, le deja despotricar a su gusto, y

cuando todo lo ha vaciado, le muestra una carta. Es de la casa, en donde ha tomado las galas palpitantes, y le dice que remita por expreso los Sanedrines que no haya vendido y que le darán buena utilidad. Aún duda el chismoso de Emeterio; pero, a esas y las otras, ven a Mirandita y al insigne Arcesio, que viene con Herminia. Ella lleva con donaire ciudadano el sanedrín de La Nata. Van de paseo al "Camellón Córdoba" y a conocer el "Puente Real", el gran monumento y el punto pintoresco de Tambogrande. La alcaldesa queda derrotada; Rionegro y Marinilla, que han vencido en Coro y Pólvora, mala la han en esta del Sanedrín.

Antes que dejen, llena la iglesia la devota muchedumbre, para aquella misa de las misas.

Adentro, cánticos y cobres, airones de estoraque, profusión de luces y de flores, relumbrones de emblemas en campo rojo, ceremonial inspirador de revestidos; afuéra, chirimía, cohetes, truenos, berridos de plebe, carreras de la granujería tras los popos; adentro, preces fervorosas, lágrimas de ojos seniles en ritos solemnes; afuéra, fatiga de guayabo, sonambulismo de trasnochados, bascas de borrachos, justicias de horqueteros.

Teñido está de rojo el púlpito vetusto. Surge en él la figura espectral del orador Carlos Mejía. Parece un lirio, medio mustio, en un vaso de sangre. Es un enfermo incurable y dolorido que ha menester morfina para sostener su vida atormentada. Su rostro exangüe y demacrado, sus manos de cera virgen, el fulgor calenturiendo de sus negros ojos, unidos a sus virtudes y a su ciencia, le prestan aire misterioso de

santidad. Su voz, un tanto apagada, se deja oír, no obstante, ungida y cedeña, con eficacia de caricia desconocida. Dijérase un apóstol resucitado que adoc-trina a los vivos con la filosofía de ultratumba. Con dicción fluída y sencilla narra y comenta la vida extraordinaria de aquella elegida del tercer siglo. Todas las grandezas de la tierra se juntan en esa bel-dad peregrina de la Bitinia, criada como asiática princesa, en el retiro de alcázar encantado, entre los esplendores del arte y la riqueza. Artistas y filósofos paganos la educan bajo el culto concupiscente de los falsos dioses. Como eco de los cielos llega hasta su aislamiento el nombre de Jesús. Logra entenderse con Orígenes, y la gracia del Verbo la ilumina. Renuncia a todas las glorias terrenales y consagra al Dios verdadero la integridad de su alma y de su cuerpo. El padre va a herirla, en castigo de su conver-sión, y las paredes se abren, cual brazos protectores, y la guardan incólume. Del cielo baja el Bautista a lustrarla con el agua de las santificaciones; del cie-lo, Cristo Hombre a ponerle la sortija de sus desposo-rios; del cielo, Cristo Niño a sacramentarla con sus besos. Denúnciala su padre ante el procónsul. Mar-ciano, perseguidor implacable de la nueva revela-ción, se regocija en sus entrañas demoníacas. La azo-tan, le hacen moder, por hierros inflamados, las car-nes impolutas; le cortan sus senos a cercén. Bárbara imperturbable, adora al Esposo, entre el sangriento horror de su martirio. Cristo la torna al punto a la salud y a la vida, íntegra, hermosa más que siempre. La sepultan aherrojada en fétida mazmorra. La luz se adivina por tres agujeros del pétreo torreón; y

Bárbara, simbolizando en ellos La Augusta Trinidad, la adora, en perpetua, estática oblación. Quieren arrastrarla desnuda por las calles de la herótica Nicomedia. Van a hacerlo; y densa nube de lumbre, que ojos humanos no resisten, la esfuma y la envuelve en celestial apoteosis. Hostia tan pura tiene de ser sacrificada: llévala el padre a la cumbre áspera de un monte, semejante al Gólgota. Sobre la roca cae la cabeza divinizada. Con el vapor de la sangre inocente sube al Empíreo, en olor de suavidades, el alma predestinada de la víctima. Un rayo de justicia divina apaga la vida del verdugo, y, con la suya, la del Procónsul tenebroso.

Con esa fe ascendrada de los sencillos, felices lloran niños y ancianos. Con el último evangelio se aperciben los alféreces para cargar, por turno, la imagen veneranda. La procesión sale. Desátanse jubilosos banda, campanas y cohetes. Los horqueteros ponen valladar al humano oleaje y abren calle. Entre los ciriales y los oficiantes riegan pétalos las hileras de ninfas. Nadie aparta los ojos de aquella patrona tan querida, que libra al pueblo de las tempestades que en esas cumbres cimeras se desatan.

Los quiteños escultores la interpretaron casi niña; trigueña y sonrosada; de facciones medio helénicas; la pulida boca en plácido mohín; al suelo, los ojos pardos, humildes y pensativos. Parece que ora, que pide por su pueblo con el alma de rodillas.

Alzase áulica y radiante sobre plinto de claveles cruentos, entre elevados copos de azucenas. Lleva en tubos la negra cabellera que a porfía le ofrendan las doncellas; áurea corona ducal entre la emblemática

guirnalda; el collar y los zarcillos legendarios, de perlas y esmeraldas, regalo de una fundadora de su iglesia; recamos de oro y de aljófar, en el brocado argénteo del brial y en la flexible seda de la fimbria; guarnición brochada en el terciopelo purpúreo del manto; el brazo izquierdo en la torre de su prisión; en la diestra, la palma del martirio.

La vía que ha de recorrer está colgada de ramos y linones. Arcos de chusco, con forros de trapo englobado, en forma de gargantilla, se levantan por las esquinas. La procesión baja por el costado sur de la inclinada plaza; cruza hacia el este; se demora en el centro; la banda calla; y desde los balcones de la casa consistorial, rompe el himno, que don Luciano ha ensayado, con las mejores voces del lugar. Por lo religioso le saldrá este número; no por lo artístico: pólvora y campanas ahogan el armonium; desafinan y chillan que da grima. En terminando completa y apura el chillido la gemebunda chirimía. Banda y procesión prosiguen; avanzan hasta la esquina; enfilan calle abajo; voltean por la de Páez; trepan por la empinada de Anselmo Pineda, para tornar arriba, cruzar de nuevo la cuadra del himno y terminar la vuelta, en torno de la plaza, como si describiese un ocho. La patrona entra de espaldas a su casa, cual si bendijese su parroquia. Tras lo religioso, lo profano: todos los señores del rumbo hípico, Emiro Antonio inclusive, montan, zoga en mano; corren de aquí para allá, alardean de sus monturas y arreos, hacen ejecutar a sus corceles los escárceos y arriesgos del donaire, al estallar de los cohetes que todos disparan. Van por el ganado para esas corridas de antaño, en que la

casualidad improvisaba los toreros. En calle-Caliente se reúnen y parten entre la gritería y los chiflidos de la turba.

Nueva comisión cantarillera, engrosada por Arcesio y por Herminia, sale a la recogimienda. La hermosa sigue acabando el Sanedrín de La Nata. Las raizales se enorgullecen con tamaña autorización y el trapacero de Perucho se ufana, más con su invento que con sus ganancias.

Arcesio se siente todo un héroe: entre los tres galanes que le han salido a tan interesante forastera; él ha alcanzado la palma, traicionando, eso sí, a Feníbera Cardeno, novia de toda su vida. La suplantada le ha devuelto las prendas amorosas; y Herminia, que está seriamente comprometida con un su igual, muy rico y linajudo, se gloria de este rompimiento. La Nata juega limpio con su prima Miranda y su primo Timoneda. En sus propias caras les afea el proceder, motejándola a ella de coqueta rematada y a él de Judas Iscariote. La locuela todo lo toma a broma y el galán se empecina más y mejor: si ambos traicionaban era porque este amor repentino que ahora los unía, estaba sobre todos los compromisos.

Así es que en las andanzas de la cantarilla van conjugando el verbo, con mucho desparpajo, con no poco escándalo y disgusto de las tambograndeñas, que quieren ver en la señorita de corte una aristocrática descocada que viene a irrespetar la sociedad del pueblo porque no es grande como La Villa; y en el señorito de la parroquia, un perro infiel, creído y novelero, que le late a la luna. Ambos a dos entienden esta actitud y se amartelan más y más.

Gritería y correteos anuncian la llegada de las fieras. Con trajín, engrosamiento de gentes y estruendos traen toros, toretes, y vacas. Balcones y plazas se repletan. La banda trepa al andamio que al efecto se ha levantado. En las barreras se arracima la turbamulta. Una polka delirante enardece los corazones. Runfla de cohetes convida a la lidia. El instinto tau-rino se alborota.

Al primer toro saltan a la plaza adultos y granujas, ruana en ristre. La bayeta colorada del forro resalta como manchas de sangre. Gritan ,chiflan, brincan, avanzan, retroceden, giran, bailan, desplegando azogados el trapo provocador y alucinante. Aquel ruaneo a la buena de Dios tiene el encanto de lo improvisado e infantil. La fiera se muestra flemática, indiferente, filosófica: no le quiebran los ojos esos tontos con aquellos colorines tan vulgarotes. Mas toda paciente tuvo límites: se alebrestea, bufa, arranca tierra con las muñecas y se dispara. ¡Qué tendal, qué volar de sombreros, qué revoltijo de ruanas y qué carcajada más homérica la de aquella multitud! Ver caer al prójimo es una de las delicias del cristiano. Este se alza renqueando, aquél revolcado, el otro seco por el golpe, el de más allá con los calzones en jirones. Los afortunados, que aún quedan en pie, giran, como muñecos con el trapo armado; otros se lo tiran por detrás al enemigo; quiénes huyen, en verónicas al viento; quiénes se refugian en las barreras, quiénes se cuelan abajo, lo mismo que ratones.

Si algún afortunado saca lance, siente, con el hurra, el vértigo del lauro, y, gorra en mano, corre a barreras y balcones. Algún cuarto le cae, que no to-

do ha de ser hollín en las negras chimeneas de la gloria. Mientras tanto los fracasados deploran más que el porrazo, los desgarrones de sus ropitas domin-gueras.

Al tenor de éste resultan los otros animales; sino que una vaca sarda y cachipanda, de doña Teopiste, se muestra tan feminista y denonada, que hace cara desde la primera ruana y revuelca más gente, ella sola, que todos los toros juntos. Pedro Pando, toreador obligado en cada fiesta, cosecha reales y lauros, no tanto por sus artes y arrestos taurinos cuanto por las cabriolas y los bailoteos con que concluye.

Pocos cachacos asoman por ahí. ¿Qué han de asomar? Están hechizados ante las mesas tendidas con la templada Lona de Santa Polonia. Envidian los que tienen y los que no. Con razón: chelines de uno y de dos pesos, monedas de a cinco, forman charcas, como si fueran despreciable calderilla. Morrocotas, onzas y condores se alínean en pilas de tentaciones. Unas y otras crecen o merman en un soplo; unas y otras cambian de dueño antes de que ellos mismos se lo percaten. La garra humana arrambla aquí eléctrica para aflojar allá parsimoniosa. En aquel columpiarse de la pena a la dicha, se largan tacos inverecundos o frases entusiastas de ventura, los ojos se paralizan o se enloquecen, hacen nudo los músculos, chasquean vesánicas las muelas, se muestran los dientes al sonreír gozoso. ¡Oh, emoción divina de la codicia! ¡Oh edad de oro! ¡Tristes de vosotros que sólo alcanzasteis estas vaquitas apestadas de Faraón!

Después de la salve postrimera, arde perfilada frente a la espadaña de la iglesia la última palabra de la

Marinilla pirotécnica: la prisión proconsular de Santa Bárbara.

Para armar aquella fábrica, diseñada por don Luciano, se necesitaron andamios, maromas y alzaprimas. Inflámase multicolora, precisa, dibujada, en trasfiguraciones arquitectónicas. Vela el incendio los agujales trinitarios; todo es muralla lisa; mas de presto se rasga, y aparece entre arco magnífico de lumbres, la mártir de Bitinia, en sacrosanto mamarracho. La visión se desvanece, la torre se apaga y el calabazo del remate estalla apocalíptico cual si fuese el final anarquizante de Tambogrande.

Pronto convocan al ganado aristocrático raizal y trashumante, doce cohetes desde la plaza y la banda forastera desde los balcones de don Justo. Las barreras se caen con los mirones, pues nadie quiere perder siquiera sea la visión remota de aquel baile de "música seria" en que va a desplegarse todo el boato y la cultura toda de la parroquia. En un periquete acuden los felices. Rompe una "Garibaldina floreada"; y, desde las barreras se columbra el torbellino que hace temblar los salones escolares de don Justo. Los galanes se pierden entre los dombos de las crinolinas; escandalizan las faldas solferinotas; revuelcan las colas del arrequite peruchengo. Después, las vueltas de ordenanza, en una y otra sala. La izquierda atrae la concurrencia y las miradas: son don Timoteo y La Nata. Se baten en aquellas filosofías de Terpsícore, que requieren la coquetería en la mujer, la arrogancia en el varón. La gentileza y el oído en ambos. Aún tiene el viejorro alegre el muslo y ágil la rodilla; mas pronto llama a su hijo, para que lo reemplace en el puesto.

Si el rionegreño lo entiende, no le va en zaga la tambograndeña. Dan el giro inicial: principia él con paso sencillo; más luégo lo complica en hábiles floreos; describe ella sus vueltas, a veces serena, a veces rauda, modesta a la vez que salerosa; él la persigue; ella le huye; él zapatea musical, hacia adelante, hacia atrás, de sesguerete, de travesía; dále ella al paraguas de sus faldas meneo delicioso, alzando aquí la exterior, bajándola allá, en travieso señorío; los dos giran a un tiempo; él se dobla, elástico, en rendidas genuflexiones; juega ella con los brazos, ya en la cintura, ya colgados, cimbrando el talle, ladeando el rostro, mientras revuela etéreo el encaje de su pañuelo. Es aquello un amartelarse columbino, en que sellan el pacto de sus corazones con la mímica, los ojos y el ritmo. Divisan, luégo, desde las barreras, cómo se multiplican los caballeros con los bandejones de merengues y azúcar rosado y con los azafates de copas generosas. En el ínterin, las gentes de la Calleabajo y la morralla de forateros, se agrupan, por esas esquinas y cantinas, en redor de Euse y de Yepes, para embelesarse con sus cantares y rendirles la pleitesía del trago y la moneda, para irse luégo a las timbas, hasta que la suerte, el trasnocho y la bebida los postren exánimes.

Aún faltan los incendios del ocaso: son las riñas de gallos, en que apuesta del Cura para abajo; es la ruleta consagrada de Hincapié, que, por costumbre tradicional, pasa del juego público a las casas de los magnates en las últimas veinticuatro horas de las fiestas. Cuándo es aquí; cuándo acullá. Eso es con todo e invitación y agasajo. Las mamás apuestan has-

ta las joyas; las hijas arriesgan sus huchas, señores y señoritas apuestan recio. Juegan hasta el amanecer postrero, hasta que la tambora municipal anuncia, con su importuno redoble, que se sierra aquel paréntesis de jolgorios y bureos.

Josefina Miranda ha ganado con qué comprar varios caprichos; pero en Herminia se ha cumplido el adagio: si ha enyerbado a tres pepos, nada ha podido con esa aguja endiablada de la ruleta. ¡Maldito fuera el tal Hincapié con todo y su Peñol! El párroco está de plácemes. Verdad que ha habido pescozones, cortadas, robos de pailas, y otras cosillas, que luégo resultarían; pero ni un muerto; la cantarilla ha rendido que aquello es; la rifa de las joyas de la iglesia se ha verificado con ventajas. ¡Bendijera Dios los dados del negro Marcelo! Los de la renta hablan con la satisfacción de sus caras; mas no con sus lenguas de negociantes. Pulperas y abastecedoras cuentan sus platas; los endeudados se atribulan; los perdidosos sufren callados los alfilerazos del remordimiento; mientras unos duermen los trasnochos y las borra-cheras, otros inician aquel comentario que durará un año. Todos sienten la pereza para emprender sus labores y el sonambulismo de aquel guayabo gris que flota por el pueblo.

En el que fuera, un instante, animación y concurrencia, sólo quedan la sucia lana, enredada en los zarzales, las secreciones y fetideces del rebaño; y la desolación aldeana torna, sus lares tambograndeños, con la modorra de la rutina, la fuerza de la monotonía y el peso del aburrimiento. Sólo la campana tañe nítida y tranquila en el prístino silencio de su feligre-

sía; y las pajaritas del Señor le bendicen, cuando despiertan, sin esos albazos vocingleros que les han ahogado sus alabanzas.

La Nata queda en espera del prometido. No así el cuitado de Arcesio. Ha ido, con otros, a sacar a las Mirandas, obra de dos leguas. En las travesías de Rumazón se hacen los últimos juramentos. Mas, al perder de vista a la amada, cae la venda, de un golpe cual si la sostuviera la Hermnia material: no la volverá a ver en su vida, ella no le contestará sus cartas, ni se acordará del santo de su nombre; ella es una niña encumbrada; él un mozo sin nombre y sin fortuna; ella ha jugado con él, como con un muñeco. Sabe que Feníbera no habrá de perdonarle; sabe que va a ser el ludibrio de sus dos rivales y del pueblo. Y ¿qué hace? Se adelanta como un loco, porque no le vean la cara a punto de llorar; y, tomando un atajo, vase a la finca patrimonial de El Hato, a lamentar, entre las vacas, las contradicciones de ese su corazón de dieciocho años que no se contenta con amar a una sola. La perra de tres días que en la finca atrapa, todavía se recuerda en Tambogrande.

VII

Con tantos enredos y devaneos, hemos perdido de vista a mana Rumalda y a ma Higinio. Eso ni para lástimas.

Los excesos animeros y el estruendo de las fiestas han acabado de destornillar al pobre viejo. Duerme poco y con sueño intranquilo; se resiste a comer; y, cuando el hambre de la bestia lo acosa, se atraca desatentado con cuanto halla a mano. A su trastorno cerebral se unen otros, en su gastado organismo. Ha olvidado por completo sus labores de campesino incansable, se ha recluso en casa, y ya Rumalda no topa oficios, menesteres ni halagos con qué disiparle la locura. Si no cede a todas las súplicas de su mujer, se deja vestir y aplicar los remedios que a ella se le ocurren. No está furioso ni le da por aborrecer a ninguno, aunque se muestra esquivo con éstos y receloso con aquéllos. Ni una palabra inconveniente contra nadie, ni un dicho grosero salen de esa boca tan sana, en esa cabeza tan dañada.

El párroco y don Justo van a verle con frecuencia, mas no le hablan casi, porque comprenden que la conversación, lejos de distraerlo, lo exalta. Sus hijas asoman a diario, hacen mala cara, cruzan dos pa-

labras con la madre,—que tampoco se muestra muy amable con esas “tentadas”—y se vuelven tan agrias como han venido. Los yernos siguen odiándolo de lejos y harto satisfechos de su locura. Los eremitas Giraldo han venido un instante, han rezado con él y no han vuelto. Curiosos y noveleros quieren frecuentar la casa, con achaque de misericordia; pero Rumalda está alerta para cerrar la puerta.

La esposa se ha entregado en cuerpo y alma a su misión de loquera; y en este cargo ha menester tanta prudencia como ingenio. Ma Higinio se perturba más al sentirse vigilado. “Por qué me vigea tanto, m’hijita”?—le dice lacrimoso.—“Por qué no se va a su oficio? Yo no le hago ningún daño aunque esté condenado dende en vida”.—Y apura el llanto y las posturas trágicas. Ella se le aparta sin perderlo de vista, así hile o remiende; ella no llora ni le da a conocer su amargura: le trata como a un niño enfermo, sin hacerle mimos que puedan lacerarlo. Con la mayor naturalidad le sigue los rezos insanos, sin estimularle el disparate; con la mayor naturalidad le ofrece los alimentos, le ruega, le viste, le da las friegas de yerbas aromáticas, que ella receta por hacerle algo.

¡Locura peregrina la de este justo! Es un condenado que arde há tiempo en los profundos. Arde por un pecado tan inaudito que él mismo, que lo comete, lo desconoce, por más que lo sienta en la conciencia, como una sierpre enroscada. No tiene enmienda ni intermitencias: es un pecado perpetuo, a quien no le alcanzan las divinas misericordias.

Pero hé aquí que este condenado lleva su caridad, o su egoísmo, más allá del dogma y contra el dogma

propio: reza siempre, reza a toda hora "por el descanso de las malditas almas del infierno". Hasta para el mismo diablo quiere sufragios. Su infierno no es por círculos dantescos ni por las espeluncas, como hornos, de Santa Francisca Romana: es el infierno popular, a lo estanciero, la paila grande, la paila chica y la paila mocha.

En ésta hierve él, y a ella, más que a las otras se refieren siempre sus más largas y ardientes oraciones, el ejercicio entero y diez veces los diez "Padrenuestros del Camarero", contados en una decena del rosario, y siempre entre lloros, quejidos y contorsiones de suplicio.

La mujer se le aparta en ocasiones y va a llorar a escondidas tales desvaríos. A no ser por los consuelos persuasivos del párroco tomara a herejía tamaños despropósitos; mas aunque el padre la regañe, tiene por cierto que todo este sabor antirreligioso son efectos del maleficio diabólico de los yernos, por quienes siente ahora un verdadero horror. Tanto que llega a temer por ella y por El Zarco. ¿De qué no serían capaces estos hombres, amigos y compadres del Enemigo Malo?

El condenado no siente, sin embargo, ni rabias ni desesperaciones: su tormento es fúnebre, clamoroso, de una tristeza dolorida al par que valerosa. Sufre, sin protesta, su justa condena, porque ni en los mismos infiernos deja de ser ma Higinio el buen cristiano, que se pliega, en todo y por todo, a la voluntad de Dios. "¡Ay, m'hija de mi vida!" "Ay, Rumaldita!", repite en su obsesión, y se tira en el suelo y se acucilla en los rincones y se sube al zarzo y se tapa la ca-

ra para seguir gimiendo. Rumalda corre al retablo, se postra de hinojos e increpa: "¡Llévatelo, queridita; llévate por las llagas de Cristo: no me le dejés penar más, asina. Mandame a yo las penas; pero dale ya descanso a este pobrecito. Yo lo aguanto todo con paciencia. Hasta a los Caliches los aguanto!"

Versiones harto diversas corren en el pueblo sobre la locura de mano Mira; pero la más socorrida, por lo descabellada y malévola, es la de los Caliches y sus mujeres.

Todo ello es una lucha encarnizada entre el beato y el avaro, entre los fueros de la sangre y la tiranía del pecado. El viejo quiere quitarles a sus hijos la riqueza que legalmente les pertenece, para dejárselas a la tierra y al expósito; pero su conciencia de padre se resiste a tamaña iniquidad, y, por eso, ha enloquecido. Creen los herederos que la avaricia triunfará al cabo y que la vieja Urraca y el solapado usurpador están de acuerdo para que él se quede con aquel tesoro de Montecristo que ellos no pudieron encontrar. Y no lo habían encontrado por la sencilla razón de que los viejos lo habían traspuesto a la finca de los Giraldos, probablemente, mientras se fueron a La Villa a darle gusto al botado insoportable. ¿En dónde soterrarían, ahora, aquellas arrobas de oro, acumuladas desde los tiempos de El Criadero por aquel par de viejos llorones y muertos de hambre? ¿En dónde? Aquí de las intuiciones de los tres matrimonios. Fidelina asegura que aún lo esconden en la casa de los ermitaños, porque su taita ha ido allá, varias veces, desde la vuelta de la correría, y porque les unta la mano a esos rezanderos hipócritas. An-

selma jura y perjura que no hay tal entierro: que todo lo guardan en el arcón porque apenas regresaron llamaron herrero y carpintero para componerlo y reforzarlo y que ya no se lo romperían ni a barrazos. Restituto, más práctico y menos fantástico, sostiene que no hay tal entierro ni tal guardado improductivos: que todo ese platal lo manejan el cura y don Justo; y que de él sale todo lo que dan a interés; pero da por seguro que ni el comerciante ni el sacerdote darán cuentas honradas de tales caudales. Isidora es el ave de mal agüero en aquella camarilla de herederos: quien nacía para medio no subía a real: a ellas les había tocado, desde chiquitas, escaseces y necesidades, y así mismo morirían: allá verían que todas aquellas riquezas, que tan legalmente les pertenecían, iban a quedar en manos de extraños, ya de un modo, ya de otro. Así era la suerte con ciertas personas. Protesta unánime contra tan negros presagios: se quicaban el nombre si tal acontecía. Ladrones de nenerencias a los Caliches? ¿A ellos gaticos?

La precavida suegra no deja un cuartillo en casa desde la locura de su marido: cuanto se realiza en las ventas se lo manda, con El Zarco, al señor Cura. Todos los trabajos hogareños y de agio están a cargo de Casimira y de ña Francisca, la vecina, que saca a la plaza la venta dominical. Hilarión y El Zarco, dirigidos por la vieja, realizan los víveres, manejan la troje y la huerta y han vendido el par de marranos.

Aunque el futuro orador y actual actor está en vacaciones escolares, no abandona el libro ni al Padre Isaías. Al atardecer, cuando ha terminado sus

faenas, corre al mentor, ávido de enseñanzas y consejos.

El preceptor se paga cada vez más de esta alma, que aspira a todos los bienes espirituales. En este diciembre, de tantos sucesos que atañen al discípulo, se le revela su carácter entero y noble, sensible y delicado. En este muchacho que, sin dejar de serlo, tiene alcances y madureces de adulto, admira esa docilidad, ese instinto de distinción, el anhelo de saber, la disposición para la música, y facultades especiales para asimilarse cuanto el chico entiende por culto y provechoso; admira su acendrada piedad; la sencillez de ese corazoncito, que parece cerrado a las vanidades; su conciencia también formada y su noción tan clara del deber.

Como el párroco se lo ha largado, hasta para confesarle, se regocija en el Señor al ver cómo esta criatura tan despierta, de imaginación tan viva y que sabe ya de las miserias de la vida y en quien despuntan ya las tempestades del sentimiento, conserve todavía la limpieza e integridad corpóreas. Piensa, con amargura, que esas flores cándidas de fragancia puedan tornarse en frutos agrios, tal vez dañados y nocivos. Lo mismo que el padre Colmenares se preocupa del porvenir de su educando; lo mismo que madre Rumalda lo pone bajo el manto de la Virgen, con todo y el ángel que lo guarda, y allí quisiera tenerlo para siempre.

Medita el pedagogo sacerdote, con entusiasmos de asceta y de teólogo, cómo la Divina Providencia compensa con tan buenas partes y tan celosos protectores a este hijo, de quien sus padres desgraciados hu-

bieron de renunciar, acaso por respetos humanos, tal vez por la paz de un hogar. Sin duda que San Vicente de Paúl había sido todo un santo.

En tal escuela y con tan buenas disposiciones despliega El Zarco todas sus actitudes en las tristes circunstancias que atraviesan sus padres de mentiras. Quiere ser su ayuda y su consuelo. En este ensayo de abnegaciones nada omite. En las fiestas, apenas sí ha oído los cantares, y, una vez pasadas las embriagueces de su triunfo escénico, ha vuelto a sus prosaicas obligaciones, no sin cierto embelesamiento, pero con la acuciosidad de siempre. Mientras toda la chiquillería se entrega a las emociones del aguinaldo y del novenario, del pesebre y la nochebuena, de las pascuas y las albricias, sólo sale a clase, a sus mandados, a sus diligencias de venta y a la troje. En la casa atiende a todo; y si hay que rezar, reza; si hay que llorar, llora. El loco lo mira, gime y le acaricia la cabeza; el chico ni le teme ni le rehuye. Según órdenes de madre Rumalda le vigila, de cerca o de lejos, como si tal.

El es el primero que nota en el viejo tendencias al suicidio. Se aterra y guarda reserva, mientras consulta con su maestro. El le ordena lo advierta en la casa. A creerlo se resiste la infeliz Rumalda; mas la evidencia se lo impone. ¡Qué abismos de horror se abren en esa conciencia! Esconden hasta la lezna, encabada en cuerno, con que se parte la panela. Se prohíbe el zarzo; se vigila al demente, vuelta por vuelta, paso por paso; intentan recluirlo en el aposento; se le apuran los baños aromáticos.

Es día de Reyes. El cielo irradia; el pueblo se

apercibe a celebrar el misterio belemita, que va a exhibir don Luciano, en media plaza, por cuadro vivo, bajo tinglado florido y enramado.

Mano Higinio ha pasado buena noche. Se levanta muy otro; toma lo que le ofrecen; muestra deseos de dormir; la vieja lo acuesta y le ajusta la puerta. Pasa una hora, pasa otra, y el loco duerme. Rumalda va a asomarse: la puerta está trancada. Sale al corredor: la ventana más trancada todavía. Llama al Zarco. Trepa el chico por el cancel de los santos y se descuelga por una columna de la cama. Se oye un alarido de espanto. Abrese la puerta, y, la luz de los Santos Reyes inunda el cuadro: ma Higinio, alto del suelo, la cara horrible, los ojos desorbitados, la lengua afuera, cuelga por el pescuezo, de una sogá amarrada de una viga.

A los gritos acude Casimira. Entre los tres lo descuelgan y lo tienden en la cama. Rumalda se posttra ante La Carmela y clama:

“Muy horrible, queridita: lo mismo que el Judas. Pero asina tenía que ser: del mal habría padecido mucho tiempo. El lo hizo sin quererlo, sin saber lo que hacía: lo mismo que un inocente. ¡Ya te lo llevates! Bendito sea mi Dios!”

Y corre, a ver cómo le cierra los ojos y le éntra la lengua. El Zarco comenta entre sollozos:

“¡Con el cabezal nuevo de la yegua! Lo escondió antier, al descuido, mientras descargábamos el maíz. ¡Yo que pensaba que Hilarión se lo había llevado! ¡Pobrecito taita Higinio! Se ve que tuvo que ganase al arcón pa tirar la cabezada a la viga y podese qui-

tar la vida. ¡Y yo tan bobo que no me lo figuré! ¡Más valía que hubiera sido con cuchillo”!

La gente invade la casa. La silueta angulosa del viejo Simeón se destaca en la puerta del aposento.

—¡Quién lo había de pensar, comadrita!—clama suspirón.—Bendito sea Dios!

—Por siempre alabado y bendito.

¡Valiérala La Carmela! Le ha prometido aguantarlo todo y se lo cumplía. El yerno viene a ver en qué le sirve. Mientras le mandan, toma un banco y se acomoda, recostado al arcón.

El párroco, entra, le reza al muerto y lo bendice. Caliche murmura en cuanto termina:

—¿Qué opina, mi padrecito, d'esta desgracia tan grande?

—¿Qué opino? Que a este ya lo tengo asegurado en el cielo con todo y sogá. Pero con usted, mano Caliche, si no mete su alma en remojo, ¡quién sabe cómo nos vaya!

Nada contesta con los labios a tamaña anclanada. Mas por dentro se dice: “Hablá, aí, deslenguado; pero con la plata de nosotros no te quedás, cura ventajoso.

Entran los otros Caliches y las tres Miras. ¡Cómo braman de dolor las buenas hijas!

El párroco manda de la iglesia, crucifijo, candeleros, velo cuaresmal, cirios y caldereta con agua bendita. Eustaquia, Patimocho, ño Chalarcones y otros vecinos, acometen el arreglo de aquella cámara ardiente, con esa solicitud aldeana, mitad novelería, mitad misericordia.

Empresas funerarias, ni de nombre. Mas en el pue-

blo hay una providencia para vivos y difuntos: doña Trina Rodas, viuda, con hijos casados, que vive sola para hacer su real gusto. Es médica y comadrona, corta el pelo, prepara las comidas de boda, da veladas de música y canto, vende cenas y aguardientes; sostiene en su casa una cancha de lotería, tute y ropilla, en que, a más de plata se apuestan velas y cacao en grano. Negocia hasta con su féretro: sobre las vigas de su sala garito matiene un ataúd, que vende, con buena utilidad, a cada muerto.

Por él acuden para ma Higinio, y, en un santiamén, le forran en percalina engomada y le exornan la tapa con cruz enorme de hiladillo blanco.

Simeón no desampara su puesto mientras Rumalda e Hilarión preparan el difunto. Ella va a abrir el arcón, para sacar el hábito, mas el yerno salta del banco y se sienta encima del armatoste.

“¡No, comadrita!. Las cosas hay que hacelas como son: no lo puede hacer sin estar presente la utoridad. Vaya, Restituto, dígale al juez que se venga, con el Secretario, pa que estiendan una diligencia de depósito”.

Al yerno se lo lleva el diablo, cuando se persuade que no hay un centavo. La perra vieja había tenido tiempo de esconder el gato. Pero ¡de él no se burlaba la muy ladina!.

Pronto está ma Higinio expuesto a la pública curiosidad, sobre el tarimón tendido de negros pañolones, el crucifijo a la cabeza, La Carmela al frente entre el traperío fúnebre y las frondas de col crespada y de hinojo, de ciprés y de espárrago, que Eustaquia ha puesto en cuanta vasija hubo a mano. Así está con

su hábito y con sus barbas, lo mismo que un monje que reposa en el Señor.

Simeón busca y esculca con tanto indecoro, que Anselma le llama al orden: Restituto y Gervasio fuman con manifiesta satisfacción; las Miras hacen aspavientos por disimular el gusto. En el pueblo hay mucho entusiasmo con la muerte de mano Mira especialmente por el velorio. ¡No es poca ganga! Ese velorio, en las afueras, con difunto ahorcado y en casa abastecida, promete una noche deliciosa. Corren, además, noticias halagüeñas: que Hilarión ha llevado una damajuana de aguardiente; que se han comprado tantas y cuántas libras de carne y de tocino; que se han matado varias gallinas; que se muele el cacao y se hace bizcocho de teja; que un cerro de tabacos, entre hojas de aroma y de albahaca, espera las bocas que han de consumirlo; que las vecinas llevan asientos, trastos y demás útiles; en fin, que mana Rumalda va echar la casa por la ventana y los asistentes a sacar la tripa de mal año, con esos tragos, ese ajiaco de media noche y ese puntal del amanecer.

Aunque llueve si Dios tiene que, la casa se llena desde las siete. Algo rezan al principio. Pronto se van formando grupos, por cuartos, patios y corredores; y se dan al deleite del comadreo, del cuento, del tabaco y de la copa, sin que falten los coqueteos y los coloquios.

Los eremitas revestidos con sus capas efectivamente pluviales, entran en silencio, en silencio rezan y en silencio se vuelven. Se les llama para obsequiarles, siquiera un trago, y nada aceptan; ni nada han traducido los herederos, en esas caras peludas e ir-

sutas de Bautistas. A las tres, unos se han ido, otros roncan, los más están beodos. La viuda, Casimira y el Zarco, velan, arrodillados en costales. Sólo interrumpen sus preces para dar asperjes a su difunto con una rama de ruda. Los gallos cantan, trinan los pájaros, murmura el San Félix la luz despunta y la vida no interrumpe su eterno sonsonete.

Dos días después llama don Justo a Simeón y le hace subir a la sala, donde está el párroco.

—Siéntese, mano Caliche: soy yo el que tiene que decirle dos palabras, —declara muy solemne.—Cierre la puerta, Justico, y échele aldaba para que nadie saba (tose y guarda corto silencio). Yo sé dónde pone la garza; pero no lo sé por sopería sino porque tengo obligación de saberlo. Así es que estoy enterado de que usted y sus dos hijos dicen que Justico y yo vamos a quedarnos con la plata de ma Higinio. Es natural que así lo crean; y por eso no nos enojamos. Las cuentas o los fondos, los presentaremos al albacea, cuando él lo exija. Si hay mala fe o trampas en nosotros, ustedes lo probarán y obrarán como mejor les parezca. Por esta parte estamos tranquilos. Lo que sí me intranquiliza a mí es que ustedes sigan creyendo en el entierro de los suegros y que, a cuenta de eso, van a molestar y a acosar a mana Rumalda. Eso sí no lo debo permitir. Y voy a hacerle una advertencia, mano Caliche: si usted o sus hijos, o su mujer, o sus nueras van a buscarle pleito a esa pobre vieja y a echarle sátiras y a ponerle estorbos para que no haga el testamento: si usted o sus hijos se apropian de mano poderosa algún animal o algún otro bien de la mortuoria, le cobramos, a usted sólo, las tres reses,

y a usted y a sus hijos al difunto Bohórquez. Sepa y entienda, mano Caliche que ustedes no están en el presidio porque yo no lo he querido. Así como se lo digo. Mire: en el pueblo hay tres testigos presenciales; hay seis ojos que vieron lo que pasó con Bohórquez, en el Puente Real. Y ¿sabe dónde estaban? Pues en el mismo puente. Usted debe acordarse que, en esos días, estaban haciendo las bancas para la escuela. Trajeron unos tablones muy verdes; y el Cabildo que no tenía dónde guardarlos, los hizo poner en las vigas del techo del puente, para que no se torcieran al sol y al agua. Pues bueno: esa tarde, casi al anochecer, venían del otro lado tres jóvenes del lugar, que habían ido a floriarle a las hijas de Palomino. Al llegar al puente se largó aquel temporal y aquella tronamenta; pero, como era tan ventiado y tan violento, se subieron por un poste a las tablas y allí se guarecieron. Iban a bajarse, porque había escampado, cuando vieron, con los relámpagos, ciertas personas, como en asecho. Se quedaron quietecitos y vieron venir a Bohórquez, y vieron el asalto y vieron la tirada al río: no perdieron ni pie ni patada. De allí se vinieron, aterrados, sin hablar con nadie derecho a casa a contarme y consultarme si ponían o no el denuncia. No se los permití; y les hice jurar, por Dios Nuestro Señor, que no contarían eso a nadie. Les dije que si algún día yo resolvía otra cosa, les avisaría. ¿Y sabe por qué lo hice así? Por no atormentar al pobre Higinio, por no traerle desgracia a cuatro mujeres y a tanto inocente; y porque creí que usted y sus hijos iban a enmendarse, con el buen ejemplo del suegro, y a llevar una vida buena. Pero la enmienda

no ha resultado. Recuerde cómo se conchabaron con todos los bandidos del pueblo y las fechorías que hicieron antes de venir Blas; recuerde las tres vaquitas del otro día; los daños en la casa; el papel que se robaron; la plata que le quisieron sacar a ma Higinio. Conque, ya sabe, pues: ninguno de estos delitos ha prescrito, ni tan ainas; los testigos del puente están aquí; ya no vive el pobre viejo; no tengo más que poner el denuncia y citarlos a los tres. Usted que es el jefe de la casa, sabrá lo que ha de encargales a sus hijos y a sus nueras.

Simeón, pasando del lívido al verde, de la inquietud al temblor, baja los ojos y le da vueltas al sombrero. Colmenares continúa:

—Y ahora le digo otra cosa, mano Caliche: si ustedes dejan a un lado esas angurrias, esa mala fe y esas cavilaciones tan inútiles, si obran con decencia y hombría de bién con los otros herederos, estamos pronto Justico y yo a ayudarles a seguir la mortuoria lo más pronto posible y a que partan los bienes con toda justicia y legalidad. Usted sabe que Justico entiende mucho de leyes y que ambos estamos muy enterados de cuánto deja mano Higinio y de cómo lo consiguió. Y voy a advertirle otra cosa: la herencia que mana Rumalda piensa dejarle al Zarco, que tanto les duele a ustedes, es una miseria que no vale la pena. Viene a ser una octava de los bienes. Con esto no le pagan ni la mitad de lo que a él le debe la sucesión, en justicia y ley de Dios. A usted le consta, por el papel que se robaron, lo que él trajo a ma Higinio y a mana Rumalda, cuando se los mandaron para que lo criaran; ustedes saben que la crianza no

vale dos tabacos y que está más que compensada con lo que él ha trabajado para ustedes desde hace seis años. Haga la cuenta mano Caliche, a cuánto pueden subir quinientos pesos en trece años, al medio por ciento que sea; haga la cuenta de las diez y nueve reses que han resultado de la vaca, y verá que le quedan debiendo al Zarco. En lo del entierro, no éntro, ni salgo, con tal que no vuelvan a buscarlo en la casa. Búsquenlo por fuéra, y si se lo topan, de ustedes es muy legalmente. Conque, ya ve pues, mano Caliche, la que se les espera, si siguen con la molienda. Como se lo digo se los cumplo o no me llamo Joaquín Antonio Colmenares, Cura de Tambogrande. No me salga ahora con las que me salió cuando las vacas, que son testimonios que les levantan.

El Cura calla. Caliche, siempre demudado y tembloroso, y con la vista al suelo, logra levantarse del asiento y borbotar:

—Yo.... mi padrecito, hago lo que usté me mande... a yo y a mi familia. Si quiere que se lo jure....

—Siempre es bueno, hombre (poniéndose de pie).

—Por esta santa cruz (juntando y besando índice y pulgar).

—Dios se lo premie, si cumple. Si nó, le agrega otra partidita a la cuenta que tiene con El.

—No tenga pensión, mi padrecito. Y con su licencia: con su licencia, don Justo.

El dueño de la casa va a abrirle.

—Va muerto del susto—dice, en tornado.—Hasta yo estoy asustado. Ni la más mínima idea tenía de estas cosas.

—¡Válgame Dios, Justico! Con que a usted también le metí los monos?

—Cómo los monos?

—Si todo son invenciones mías! O tal vez ni aun invenciones serán.

—Lo de las tablas y de los Palominos es muy verdad. Por más señas que no hubo aquí mozo de quince años para arriba que no les bregara a esas ñapanguitas tan bonitejas.

—Pues lo de los testigos tampoco es mentira, viéndolo bien. Es muy cierto, Justico, que no había nadie en el puente. Pero mano Caliche y sus hijos mantienen los testigos en sus conciencias; ahí están los seis ojos atisbándolos. Ya ve cómo se puso el pobre viejo. Ya ve, pues, si podrá quedarnos duda del crimen de estos desgraciados.

—Pero ¿cuándo arregló ese enredo tan bien compuesto?

—Anoche. Cómo me he desvelado con esta muerte tan triste de ma Higinio y con todo lo que se le espera a la pobre vieja con estos condenados... Pero me parece que los tengo cogidos de pata y cacho.

—¡Puh, padre! Son reses muy gusanientas; pero no hay riesgo que vayan a embromar a esa pobre ni a meter la uña en nada.

—Hay que aprovechar con los pecados de unos en provecho de otros.

Así resulta, en efecto. Tanto, que la vieja ignorante de tales amonestaciones y amedrantamientos, toma a intervención de La Carmela, el correcto ma-

nejo de sus yernos y de sus hijas. Pesándole está los juicios que ha anticipado contra ella.

Merced al dominio sobre los Caliches, a la dirección del Cura y Timoneda, a la descartada del tinterillo Cañas, ha podido entablarse el juicio de sucesión, después de muchas dilaciones, con motivo de los herederos ausentes y dispersos. Recae en la competente persona de don Anacleto Espinal, vecino del pueblo y en él residente, el cargo de albacea administrador, quien deja a mana Rumalda y al agregado Hilarión en los cargos y desempeños de siempre. El Zarco sigue hombreando en la casa, no sólo con su ayuda y diligencia, sino también con su afecto y consuelos y su compañía, y, más que con todo, con la veneración por la memoria del difunto. Madre Rumalda, mana Casimira y hasta los curas y don Justo lo disputan como sér providencial para la familia.

Bien se le alcanza que la muerte sin testar del viejo, le ha perjudicado y que la herencia prometida puede tardar muchos años. Pero ésta no es parte dolorosa a desalentarlo: trabaja, en el bién de otros, como si fuera en el propio; y, en cuanto a sus sueños de irse a La Villa a estudiar y a hacerse gente, se acoge a las esperanzas que le infunde su maestro, pues El Zarco tiene ya noción clara de las becas y aspira a una. Con tal halago y tal halagador redobla sus esfuerzos en sus estudios y en todo lo que él entiende por educación. Hasta las incorrecciones y vocabulario de la jarga montañera los va sustituyendo por el lenguaje gramatical. Todo esto y su natural aristocrático y pulido le va apartando,

sin que él mismo se empeñe en ello, del trato y compañerismo de los muchachos de su edad; y ellos se vengán motejándole de presuntuoso y engreído, de antipático y de chocante, para disgusto del padre Isaías y regocijo de las Miras.

Estas y sus maridos tragan, gota a gota, aquel tósigo del silencio que el terror les ha impuesto; pero, si de retención de insultos y acusaciones se muriera, tiempo haría que Fidelina se la comieran los gusanos. Cuanto al viejo Simeón, menos sufriera en el presidio, que con estas ansias comprimidas de robarse aquellos animales, que tiene tan a mano. Este tormento, verdaderamente tantálico, le ha puesto con un humor tan negro y atrabiliario, que la proterva Anselma se ve y se desea para soportarlo. Como todo enamorado de lo imposible, goza contemplando su tormento: todas las tardes baja por las vegas del San Félix y se pára en el camino, para coque-tearles, siquiera sea de lejos, a esas vacas tan gordas y hermosotas.

Comoquiera que el absurdo es el pan de los estúpidos, la fábula del entierro sigue alimentando los hueros magines del viejo y de Gervasio; y como el buscarlo, fuéa del predio de los enterradores, no les fue vedado, cavan por los barrancos aledaños a "La Trinitacita" y por las cunetas del camino real; cavan por el ato que cuida Hilarión y por los cercos de su huerta; cavan por la troje y al pie del palo donde arman el espanta-pájaros.

El viejo ha ido a la finca de los GiralDOS por ver si algo les sonsaca, con astucias y promesas, sobre el soñado tesoro. Hállalos ocupados en sus la-

branzas, y, como nada logra, se da a entender, el muy mentecato, que, para lograr sus fines, ha de sorprenderlos bien comulgados y en sus momentos de oración. En tal supuesto les espía cuando salen al pueblo. Un domingo les ve arrimar al comulgatorio, y, al anochecer se encamina hacia su casa. Desde abajo divisa la candela al frente de la cabaña. Sube y los encuentra, cerca a la forgata, cantando sus alabados, mientras se asan raíces y plátanos y hierve el cacao, molido por esas manos de solitarios, que así manejan la aguja como el hacha, así la escoba como el rifle. Verle y acometer contra él a tizón prendido todo es uno. Si, como es en una oreja, fuera en un ojo, tuerto saliera el progenitor de los Caliches, con la quemadura que le aciertan. Trata de defenderse; y Bruno vuela dentro, saca la escopeta y le apunta. Simeón huye a los trompicones, falda abajo, con la mulera chamuscada y un cuarto de oreja menos. Cuando llega a su casa, aún huele a yesca. Los GiralDOS madrugan a poner la queja, y se firma fianza, de respetar predios y personas.

En éstas y las otras el Padre Colmenares se siente tan enfermo, que le da poder general a don Justo para que le administre todo. Al fin toma cama. Tras rudo embate de gota le ha sobrevenido tremendo alifafe: es un acueducto que se resiste a funcionar, que al fin no funciona. No le valen ni zanca de grillo, ni espadilla, ni ninguno de los brevajes que le propina doña Trina, mano Diego el boticario, y todo el mundo. El párroco se muere, entre cruelísimas torturas. Sabe don Justo que el doctor Pedro Dimas Estrada está en Barbosa, y, en volandas, le po-

ne expreso con las bestias más corredoras del lugar. Todo él se pone en oración y el Padre Isaías expone el Santísimo Sacramento. Diez horas después llega el médico y torna a la vida al agonizante.

Estrada, uno de los médicos más afamados y populares de entonces, trabaja por altruísmo. Si a las veces no ocurre al llamamiento del rico, vuela al del pobre, y le asiste con el interés y la consagración de un sacerdote. A donde va lleva consigo los estuches más indispensables. Y ya cure, ya alivie, ya consuele, prodiga siempre su ciencia y su corazón magnánimos.

Notifícale al sacerdote que su enfermedad necesita de la asistencia y de los recursos constantes de la ciencia. Y que, si no quiere morir pronto, entre tan acerbos padecimientos, debe trasladarse, cuanto antes a la Villa de la Candelaria.

Tierra y cielo se le juntan al párroco, con semejante declaratoria; pero ahí está Justico, que todo se lo allana. En tres días levanta tiendas, con el médico, doña Ambrosia, la mulata Felipa, timón de la casa, y su joven esposo, Laurencio, conquistado por ella, en el otoño de su vida, no bien entrara como paje del párroco. Aquella sacada en cama es como la de un muerto. Don Justo y otros vecinos lo acompañan hasta Medellín, donde le dejan en buena casa y mejor instalación.

Ido el coco, se sienten los Caliches medio inmundos: mortifican a mana Rumalda a su sabor y tante; mas, como ella le cumple la promesa a La Carmela, no se queja; y como, fuera de trompas, nada más le han hecho a Juan de la Rosa, ya no teme

por él. Hasta maldad sería si temiera; a más de llevar el chico el escapulario milagroso, le ha pedido a su Virgen que haga caer sobre ella todo los males que a él quieran causarle.

Simeón sigue sufriendo las vacunas ansias, porque el albacea y don Justo le han hablado con toda claridad y entereza. Pero, si no ladronicios, rabuléricas. Han hecho de la sucesión de ma Higinio, en menos de un año, una maraña, una cosa sin nombre, una epopeya de suspicacias y mala fe, de odios y rivalidades, en que inocentes y culpables, quedan enredados en la común ruina y en el recíproco aborrecimiento. Es uno de estos casos, tan frecuentes en nuestra montaña, en que no valen códigos ni magistrados. Esta mortuoria aún se cita en el circuito judicial, para ejemplo de testadores y herederos.

El Zarco, mientras tanto, sigue de consuelo en casa, de modelo en su estudio. Su viaje está aplazado, indefinidamente, porque su maestro le promete ponerlo ahí mismo, a punto de entrar en el Colegio del Estado. Cuando esté en tal sazón, alzará el vuelo. En sus padres no quiere ni pensar, por no entristecerse. Como el Dante, sigue amando a una casada, porque La ñata ya es de Emiro.

No descuida sus solaces musicales y declamatorios: echa comedia y discursos cuando tira del azadón o está en andanzas. Se ha hecho un caramillo de diez cañutos, un verdadero silbato, de los que usaran antaño los cirujanos de cerdos y de donde le viene al instrumentillo un nombre tan groserote. Los sábados no falta a los conciertos, ante Eustaquia, señá Francisca y ño Chalarcones, en el corredor de la ca-

sa, a la vera del camino, junto al puente de "La Trinitacita".

Aquel sábado ha sido lluvioso, pero a la tarde, el sol se deja ver en cielo limpio. El chico, recostado en un poste del puente, la vihuela bajo el brazo izquierdo, ensaya, en el caramillo magno, un número del concierto, mientras salen sus oyentes.

Está adobado y peripuesto; de panceburro nuevo, vestido blanco, en postura teatral y trovadoresca. La serenata de "La Castañera" le va saliendo tan límpida tan precisa, que él se encanta oyéndose sus modulaciones.

Simeón, que ha ido a ver sus mulas y a codiciar las reses vedadas, viene del lado de abajo, con una sogá. Al llegar al puente, oye al Zarco y le acomete el despecho.

Siempre verán a este botao, sin vergüenza, molestando con su pito—le gita vesánico, y, de una manotada, le tumba silbato y vihuela.

—¿Yo qué le estoy haciendo, para que venga a provocarme, tío Simeón?

—¿Tío? ¿Quién te dijo, so asqueroso, que yo era tío tuyo? (Tira de la sogá, le da un lapo, y sigue).

—¡Viejo abusivo!,—vocea El Zarco, llorando de coraje.—Me pegás porque no soy grande. Dejá que crezca a ver si lo volvés a hacer, viejo ladrón de vacas, ladrón de papeles.

Simeón se devuelve. De un empuellón lo avienta boca abajo y lo azota frenético.

—¡Vea que lo mata!,—plane Eustaquia, desde la puerta, y se lanza al camino y, tras ella, la señá Francisca, señó Chalarcones, y Patimocho. Entre los

cuatro se lo quitan. El agresor huye y la señá grita: ¡¡Asesino, maldito, hasta los chiquitos matás, bandido del demonio!

El Zarco yace en brazos de Eustaquia. En la caída se ha reventado las narices y se ha descompuesto la mano derecha. Con el golpe y la luxación le viene el vértigo. Por muerto lo toman las mujeres. Una taifa de chicuelos que juegan ahí cerca se les une. Casimira alcanza a oír; corre y mira. A sus chillidos sale Rumalda. La fámula se dispara hacia el pueblo enloquecida: "Ataron a Uanito! ¡Ataron a Uanito"! repite entre desgarradores aullidos. La gente acude en un instante. Dos hacen silla, con los brazos, y entre todos suben y sostienen al Zarco. "A casa nó—ordena Rumalda desencajada— al Sitio, a pedir justicia, con todos los testigos". Y, sin pensar que deja la casa sola y abierta, toma, la primera, camino del lugar. La procesión le sigue. Patimochito lleva, como pruebas del delito, la vihuela hendida y el caramillo despegado. El Zarco abre los ojos y recuerda. Al sentirse azotado, cubierto de fango, torna a cerrarlos: quisiera morir de vergüenza. Mas la sangre que le macula, le alienta. Intenta desprenderse de aquel vehículo de brazos: no se lo permiten. "¡Dito sea Dios!—gime Rumalda—con que alcance la aisolución!" Y del dolor que seca la fuente del llanto, pasa al que la abre a raudales. Es para conmover las piedras del camino el sollozar de aquella vieja, que tiene fama de valerosa. La gente baja del pueblo en busca del suceso. Todos indagan. Los testigos narran. Cuando desembocan en Calle-caliente, la cola es enorme. Antes de llegar a la pla-

za, surge el padre Isaías, seguido de Casimira. Se aproxima al grupo. Examina, palpa al discípulo que juzgara expirante.

— ¡Juan de la Rosa—llama al cabo.

— ¡Mi padre!—murmura El Zarco, abriendo aquellas pupilas azules, que más expresan piedad que encono. ¡Diga que me bajen! Ya se me pasó la moridera. Ya puedo andar.

Tal se hace. Baja renco, maltrecho, como trapo y al revés la mano dislocada; vacila, pero anda. Rumalda se postra en una acera, en un Tedeum a La Carmela. El Padre Isaías saca pañuelo y le arregla cabestrillo. Abrazado le entra a una tienda y le da pócima.

—Eso no es nada, discípulo—le chiquea tierno, mientras le limpia la sangre. Me estaban alarmando y temía algún golpe en la cabeza; pero veo que no tiene nada. Ya sabe: perdonar las injurias, manda el Divino Maestro.

—Sí, mi padre, yo perdono. Yo le obedezco en todo lo que usted me mande.

—Aguante el dolor con paciencia.

—No es mucho; la mano me duele aliguito y.... lo otro me arde.

Se llama al punto a don Francisco Aguilar, famoso componedor de huesos rotos o zafados. Mientras tanto, mana Rumalda pone el denuncia; y en la puerta de la Alcaldía se agolpa el gentío. Se abre la instrucción, se reconoce al agredido y se cita al agresor. La denunciante sale. Eustaquia es llamada; los otros testigos esperan su turno; un vasallo ad-hoc vigila la puerta. La vieja idaga: ya don Francis-

co ha compuesto a Juan de la Rosa y el cura se lo ha llevado a su casa. Como es sábado, hay animación en el pueblo, con los que han salido de las fincas. Nadie quiere perder esta función gratis. De pronto suben los tres Caliches, entre los dos comisarios. Vienen descoloridos, pero haciéndose los tranquilos. Al acercarse a la suegra, la apostrofa Restituto:

—¡Valiente ocurrencia, comadre: ponerse a hacer tanto escándalo por una bobada!

—Por tres lapos,—interviene Simeón;—y se los metí, porque me insultó. Pa un grosero cualquiera es su padre. De caliente se revolcó en el suelo. D'ái pendería la descompostura. Es que ese mocoso es más ardiloso y más falsario...

—¡El ardiloso y el falsario sos tí, so bandido!—salta la vieja fuera de sí.—¡Me lo quisites matar, me lo aventates contra el suelo, como si fuera un tercio e leña, me le echates rejoy, como quien mata culebra, y, agora, venís e echarle a él tua la culpa! ¡Vergüenza te debía dar de haber aporriao a un chiquito! ¡Pero vos qué? ¡Si vos a más de tan perverso y tan criminal sos tan cobarde y tan mentiroso! ¡Me lo aborrecés tí y tu mujer y tus hijos y tus nuerras, porque es blanco y bonito y sabido y religioso; porque no es de la ralea de ladrones y asesinos, como sos tí y toda tu parentela! ¡Por milagro de La Carmela, no me lo matates de una vez, porque pa tí y pa tus hijos, matar un cristiano es como bebese un vaso de agua! ¡Ya se ve: si nunca les han hecho nada! ¡Cuando volvites de la guerra, trujites bestias robadas; y nadie te dijo esta boca es mía! ¡Mandates paviar al difunto Bohórquez; te apandillates

con tus hijos pa tirarlo a ahogar, y tampoco! ¡Nos robates a yo y al difunto Higinio tres reses; nos robates el papel de la constancia de Juan de la Rosa; nos hicites con tus hijos y tu mujer y tus nueras, muchos daños en la casa, y nadie les tomó cuenta! ¡Pa tí y pa tu ralea no hay castigo de ninguna laya!

De cenceña que ha sido, está ahora enjuta. Parece una raíz envuelta en trapos. La greña canosa se le desgaja del pañuelo. Con el arretrato le bailan los ojos, le baila la quijada, baila toda ella, y una contracción sibilina le desfigura la cara. Su voz cascada, de boca sin dientes, se desata en gañidos, tan pronto ahogados, tan pronto silbadores. Engarabata las manos; las abre como garras: parece que va a lanzarse contra los yernos y a arrancarles los seis ojos. Quisieran ellos que la tierra se los tragara. En su espanto se quedan como estafermos. Por puertas y balcones saborean aquel néctar de acusación y de escándalo. El auditorio crece al rededor de la acusadora.

—Cálmese, mana Rumalda,—le suplica don Justo, acercándosele amistoso.—No se ponga así que hasta daño le puede hacer.

¡No me calmo, ñor don Justo, y vusté dispense!—repone, y, volviendo la espalda a sus yernos, rompe por el grupo y avanza hacia la plaza. ¡Si no echo ajuera too lo que tengo aentro, hasta me reviento! ¡Es que en el Sitio no saben las infamias y las puer-cadas de esos malditos y de sus mujeres! Atormen-taron al difunto Higinio y l'hicieron maleficio, porque no les dio una plata que él no tenía, hasta ha-celo enloquecer, hasta hacelo que se quitara la vi-

da! En después que él falleció, tuvieron medio aplacados, porque estaba aquí el señor cura; pero, no más se lo llevaron pa la Villa, largaron la tupia contra yo. ¡Las maldades y afrentas que me han hecho a yo y al ánima del difunto Higinio son tantas que ni ellos mismos pueden contalas! ¡Qué él era un padre desnaturalizao que les robó a sus hijos la herencia pa enterrala; que vivía en pecao y en sacrilegio, y que por eso se mató; que yo soy otra ladrona, que también vivo en pecao mortal y comulgando en sacrilegio porque no quiero confesales onde tengo el entierro, pa dejáselo íntegro a Juan de la Rosa! ¡Tanté entierro! ¡Entierro de maldades tendrán estos demonios en sus malas conciencias!

¡Todas estas infamias se las han inculcao a mis otros hijos que viven en Volcanes; y todos nueve se han apandillado contra yo! ¡Yo soy pa ellos una tigra y la culpante de su pobreza! He mandao tomar la pluma, a Eustaquia pa jurales que no existe el dichoso entierro: y eso mismo les he jurao a los de aquí; y a todos me les he güelto más pecadora y más perversa, porque creen que les juró en vano. Pa que no acosaran a Juan de la Rosa ni le dijeran palabras afrentosas les prometí, contra mi conciencia, nu hacer nada e testamento y no dale a este muchachito ni un tabaco. Pues ¡quién les dijo!: pior se han puesto: qu'esto quizque es la preba más patente de que voy a dejale el entierro, go a dáselo dende en vida. Agora lo que quieren es que yo lo heche de la casa, que lo rumbe como a un perro. ¡Echar yo a Juan de la Rosa! ¡Si yo no tengo en la vida más consuelo que este muchachito y esa pobre bo-

quineta! Mis nueve hijos son pa yo nueve perros cazadores, que me persiguen que ni a una fiera del monte. ¡Con ellos no hay redencia: soy perdida! (se deshace en llanto). ¡Ay, Dios mío! ¡Por qué salieron tan malos los hijos de un hombre tan güeno? ¡La malvada seré yo cuando de mis entrañas han salido estas sierpes! ¡Con yo van a acabar en esto! ¡Mejor juera que me paviaran de una vez; que me tiraran al río, a tener que padecer esta muerte a traguitos! ¡Qué hagan con yo lo que le dite su maldá! ¡Pa muerta estoy buena! Pero, ¡ese pobrecito! ¡Ahora siguen persiguiéndolo hasta que me lo maten, go hasta que me le hagan algún maleficio bien horrible! (Llora a gritos). ¡Vusté, ñor don Justo, vusté que es el cabecilla más buena del pueblo, ayúdele a la autoridá y al Padre Isaías a salvame este muchachito! ¡Conciértemelo en alguna casa onde me lo guarden, porque en la mía no está seguro; me lo atisban en el camino, me lo atisban en el puente y salen de él de algún modo! ¡Lléveselo vusté pa su casa y no me lo deje salir del marco de la plaza! Yo le pago la posada, yo le mando la cama, yo lo asisto mientras té postrao; y, en después, yo vengo a traele el bocao y la ropita. ¡Hágame esa caridá, por los clavos de Cristo!

—Lo que quiera, mana Rumalda. Si le da miedo de que sus yernos le hagan algo, de que sus hijas lo ofendan con palabras, yo lo recibo en casa, y no por caridad, sino por gusto. Usted sabe que Josefita y todos los de casa lo queremos mucho. Pero no hay necesidad de que se separe del Zarco: nada le sucede, ni nada le dicen. Yo le respondo. Ahora

mismo voy a ofrecérmele a Blas, como fiador de sus yernos, para que ni ellos ni sus hijos se metan con el Zarco para nada; váyase tranquila.

—¿Asina será ñor don Justo?

—Asímismo. Es que usted está impresionada con lo de ahora. Eso no vale la pena. Vaya vea al Zarco para que se persuada.

—¡Mi Dios y La Carmela se lo paguen!

La vieja sale de entre el grupo. Anselma asoma por una esquina y se le acerca apresurada.

—¡Madre, por Dios,—clama llorosa.— Camine pa casa, pa que se beba su cacao. Vusté no ha tomao la media tarde y la fatiga la tiene asina.

—¡Quitate de mi presencia, perra sofística,—gruñe la anciana, tornando de un golpe a la indignación.—¡A tu casa iré a deshacer los pasos! ¡Por ai andás diciendo, grandísima convesona, que yo quiz-que les he echao maldición a tí y a tus hermanas! ¡No me creas tan pendeja: yo no voy a poneme a echar maldiciones que no se necesitan; malditos de Dios están todos vustedes, por haceles tantos males a sus padres, por levantaes falsos testimonios; malditos hasta la quinta generación!

—¡Madre!—plañe Fidelina, entrando en escena.

—¡Agora sí!—gruñe Rumalda, llegó la pitorá y va a quitame la vida en medio plaza!

Y dejándolas plantadas, huye, a cuanta carrera le permiten sus años.

Ocho días después la llama don Justo y le dice:

—Sin consultar con usted, le escribí al señor cura y vea lo que me contesta: (leyendo). “En la vena del gusto me ha dado con la propuesta sobre El Zar-

co. Desde hace tiempos me hubiera alzado con él; pero ni siquiera lo propuse porque me parecía hasta injusticia quitárselo a esos pobres viejos. Si las cosas están como usted me dice, me parece que deben sacarlo de allá; y que en ninguna parte estará mejor que conmigo. Lo recibo con alma, vida y corazón, desde que mana Rumalda y el Profeta Isaías lo consientan voluntariamente. Si no, que lo dejen allá. Yo le doy cuanto necesite para sus estudios, sea porque viva o porque me muera. Si resulta lo que todos pensamos; si no se daña, le puedo dejar en mi testamento lo que quiera. Ya usted sabe, Justico, que no tengo herederos que merezcan herencia mía. Aquí tendré tiempo de estudiar bien el testamento; pues, según el médico, todavía dizque voy a comer arepa por mucho tiempo, así tan embromado y a fuerza de atormentarme con sus anatomías e indormias. Con la esperanza de que traiga al Zarco me he sentido hasta aliviado. Consulte, pues, con mana Rumalda y con Isaías, y, si resuelven mandármelo, melo trae en su próximo viaje los gastos del viaje y lo más que desde allá necesiten, corren por mi cuenta". Conque ¿qué dice, mana Rumalda? El Padre Isaías consiente; pero, usted, según llora, será porque no lo consiente.

La anciana sigue gimiendo, más de pronto se enjuga.

—¡Por eso mismo lloro, ñor don Justo, porque tengo que consentir! ¡Imposible que no consintiera! Ya yo pensaba que este muchachito m'iba a cerrar los ojos, porque mis hijos, todos nueve, son mis enemigos. Pero una criatura tan buena y tan querida

no es pa que yo la goce hasta mi muerte. Mi Dios y La Carmela quieren que yo compurgue mis pecados ende esta vida: se llevaron al difunto Higinio; y, agora, me quitan a Juan de la Rosa. No me queda, en la vida, a quién volver los ojos más que a la triste Casimira. Semos dos viejas que pa nada nos valemos. Pero nada li hace. Que se lo lleve el señor Cura. Con él tiene que ser dichoso y en la Villa nai-de le hace males. No lo golvemos a ver. Pero ¡que se vaya, aunque a yo y a esa pobrecita nos mate la güerfandá!

F I N



BIBLIOTECA
Universidad Eafit



6200000191093

